

QUINTA ENTREGA DE LA SERIE ALCATRAZ

# ALCATRAZ

• *contra los* •

## BIBLIOTECARIOS MALVADOS

EL TALENTO OSCURO

BRANDON  
SANDERSON





# EL TALENTO OSCURO

BRANDON SANDERSON

Ilustraciones de  
HAYLEY LAZO

Traducción de Manuel Viciano



Barcelona • Madrid • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • México D.F.  
Miami • Montevideo • Santiago de Chile



Título original: *Alcatraz versus the Dark Talent*

Traducción: Manuel Viciano

1.<sup>a</sup> edición: abril 2017

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-704-7

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Dedicatoria

Prólogo del autor

Prólogo del autor (continuación)

Alcatraz 5

Capítulo Doug

Capítulo Lilly

Capítulo Norton

Capítulo Feta

Capítulo Lilliana

Capítulo Mary

Capítulo Trillian

Capítulo Deckard

Capítulo Sapo

Capítulo Alice

Capítulo Marco

Capítulo Melissa

Capítulo 13

Capítulo Shu Wei

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 19 (continuación)

Capítulo 20

Capítulo 21

Epílogo del autor

SOBRE EL AUTOR

SOBRE LA ILUSTRADORA

AGRADECIMIENTOS

NO ABRIR HASTA QUE TERMINÉIS DE LEER EL LIBRO

Para Barb Sanderson,  
que conoce al auténtico Alcatraz

Prólogo del autor

Soy un cobarde.

Ah, ¿es que esperabais un prólogo más largo? ¿Esperabais encontrar algo ingenioso, entretenido o como mínimo informativo? Bueno, ya que soy un cobarde, supongo que cederé a vuestras expectativas.

Esta suele ser la parte de la historia en la que me río de vosotros por olvidar lo que ha pasado hasta ahora. Pero me da demasiado miedo cómo podáis reaccionar si me pongo en plan condescendiente, así que, en vez de eso, os ofrezco este resumen rápido:

1. Soy de la familia Smedry, y mis antepasados atraparon un poder oscuro en nuestro linaje para evitar que destruyera el mundo. Se manifiesta en forma de Talentos concedidos a todos los Smedry, y aunque al principio todos los Talentos parecen ser unas desventajas enormes, pueden usarse de formas bastante guapas. O al menos, así era antes. Por desgracia, liberé un poder conocido como el Talento Oscuro, que está relacionado de algún modo con mi Talento para romper cosas. Liberarlo acabó con los poderes de mi familia y condenó al mundo. Ups.
2. Mi padre, Attica Smedry, está dedicado en cuerpo y alma a conceder a cada persona del planeta un Talento Smedry, cosa que los demás creemos que desatará el caos a gran escala. Yo saqué a mi padre de la cárcel, le proporcioné las herramientas que necesitaba para su enloquecida misión y, sin duda, condené al mundo. Ups.
3. Los Bibliotecarios son una fuerza dedicada a restringir la información e impedir que la gente de las Tierras Silenciadas (las zonas controladas por ellos, como Europa, Asia y las Américas) aprenda cosas estupendas como la magia y las bolsas de gusanitos que no te pongan los dedos de color naranja. Atacaron el Reino Libre de Mokia y, durante ese conflicto, acabé siendo su rey. (No preguntéis.) Mientras poníamos en práctica mi temerario plan para expulsar a los Bibliotecarios, mi amiga (y caballero protectora jurada) Bastille recibió un disparo y ahora está en coma. La única forma de salvarla es infiltrarme en la Sumoteca, un centro de poder bibliotecario en las Tierras Silenciadas, y la única forma de lograr eso es confiar en mi madre, Shasta Smedry, que es Bibliotecaria malvada hasta la médula. No hay duda de que acabará traicionándonos de alguna manera y buscará la forma de... en efecto, condenar al mundo. Ups.

4. Por fin he descubierto cómo se usan las notas a pie de página.<sup>1</sup>

Lo triste es que, después de todo esto, la cosa va a peor. Algunos de vosotros lleváis años esperando leer este texto, el último volumen de mi autobiografía. Me habéis escrito preguntando si los Bibliotecarios se las habían ingeniado para impedir su publicación. Ojalá fuese eso. Ojalá pudiera deciros que un poder externo me impedía terminar la historia.



No es lo que ocurrió.

Este último volumen ha tardado tanto porque soy un cobarde. De verdad que no me apetecía nada escribirlo. El final de esta historia narra la parte más dolorosa de mi juventud, incluidos mis fracasos más graves, tanto hacia mi familia como hacia el mundo en general.

Aquí es donde la historia deja de ser divertida.

Quedáis advertidos.

1. Y, por supuesto, el mundo está condenado en consecuencia. Ups.



## Capítulo

Doug



Así que allí estaba yo, de pie en mis aposentos en la víspera del fin del mundo, enfrentándome a mi peor adversaria hasta la fecha.

La coordinadora real de vestuario.

Janie era una alegre nalhalliana que vestía con ropa de los Reinos Libres. En teoría, su atuendo podría clasificarse como una túnica, pero en la práctica solo se parecía a una túnica igual que un deportivo de alta gama se parece a una camioneta destartalada. Era más bien un vestido con cinturón, con un enorme lazo a un lado y elegantes bordados en las mangas.

Era un vestido muy bonito, sobre todo en contraste con la monstruosidad que estaba sosteniendo en alto para que me la pusiera yo.

—Eso —le dije— es un disfraz de payaso.

—¿Cómo? —respondió Janie—. ¡Pues claro que no!

—Es un mono blanco —insistí—, con borlas de color rosa encima de los botones.

—El blanco simboliza la pureza del trono, vuestra exalteza —dijo Janie—, y el rosa representa vuestra generosa decisión de renunciar a él sin conflicto.

—Tiene zapatones blanduchos.

—En homenaje a la grandiosa huella que habéis dejado en el reino, vuestra exalteza.

—¿Y la flor falsa que tira chorritos de agua?

—Para que podáis bañar a todo aquel que se os acerque con las simbólicas aguas de la vida.

La miré con una escéptica ceja arqueada y fui hacia la cama para coger la ridícula peluca de payaso, con pelos de todos los colores del arcoíris, que Janie había sacado para que me pusiera.

—Y por supuesto —dijo Janie—, eso representa la diversidad de culturas y pueblos a los que servisteis durante vuestro reinado. —Y sonrió.

—A ver si lo adivino —repuse, tirando otra vez la peluca en la cama—. Los Bibliotecarios cogieron esta vestimenta «regia» que se ponían los reyes mokianos después de jubilarse y, en el sitio de donde vengo, se la dieron a los payasos. Así la convirtieron en una cosa ridícula en las Tierras Silenciadas, igual que ponían a las cárceles los nombres de personajes famosos de los Reinos Libres.

—Eh... sí —dijo Janie—. Exacto. Ummm, es... es justo lo que pasó.

Fruncí el ceño al escuchar sus evasivas. De momento, solo llevaba puesto un albornoz. Mis viejas prendas, la chaqueta verde, la camiseta y los vaqueros, habían desaparecido. Mi chaqueta la habían hecho jirones y el resto de mi ropa había quedado vaporizada en un desafortunado incidente que incluyó muchísima más desnudez alcatraciana de la necesaria.

Fuera de mis aposentos, Tuki Tuki, la capital de Mokia, estaba sumida en un silencio absoluto. Los tambores de celebración habían dejado de

sonar, igual que las canciones gozosas. Después de su día festivo, los mokianos guardaban un enmudecido luto en homenaje a las voces del país que habían quedado silenciadas.

O mucho me equivocaba o el silencio iba a hacerse bastante peor. Si necesitáis más pruebas, consultad la nota a pie de página.<sup>2</sup>

—¿Qué más tienes? —pregunté a Janie.

—Bueno, vamos a ver —dijo, a todas luces decepcionada porque no quisiera ponerme el traje de payaso. Quizá fuese un exmonarca de Mokia, aunque solo hubiera estado un día en el cargo, pero si ese era el traje tradicional que correspondía al puesto, prefería no llevarlo.

Metió la mano en su gran baúl y sacó lo que parecía ser un disfraz de perro, con patas peludas, cola y una cabeza con orejas de peluche.

—No —dije al instante.

—Pero es la vestimenta oficial de un príncipe retirado de...

—Que no.

Janie suspiró, lo dejó en la cama y buscó más al fondo del baúl.

—¿Qué pasa con estos trajes «tradicionales»? —pregunté, dando unos golpecitos con el dedo al disfraz de perro—. O sea, aunque no hubieran metido baza los Bibliotecarios, tienes que reconocer que son un poquito...

—¿Regios?

—Ridículos —dije yo—. Es casi como si quisierais que vuestros antiguos reyes parezcan tontos.

Janie cambió de postura.

—Eh... ¿Por qué íbamos a querer algo así? ¿Por qué iba a interesarnos que la gente vea ridículos a los anteriores monarcas para que, si un gobernante renuncia a su cargo, ya nunca pueda cambiar de opinión, tramar un golpe de Estado y recuperar el reino? —dijo, y soltó una risita forzada.

—Eres una mentirosa terrible.

—¡Muchas gracias! ¿Y qué tal este precioso disfraz de gato? Simboliza la forma en que maniobrasteis con elegancia en la política del trono.

—Nada de disfraces de animales, por favor.

Janie suspiró y siguió hurgando en su baúl. Al poco tiempo, renegó entre dientes. Las luces que había a los lados del baúl se habían apagado.

Me acerqué con curiosidad. ¿Para qué necesitaba tener luces? Pero al momento reparé en que el interior del baúl era mucho más grande de lo que sugería el exterior. Era un buen truco, pero tampoco nada que no hubiera visto antes: en los Reinos Libres, la gente usa distintos tipos de cristal para conseguir cosas bastante alucinantes.<sup>3</sup>

Las luces de los lados del baúl estaban hechas de un tipo de cristal especial que proporcionaba iluminación, y ese cristal usaba la energía de un tipo de arena especial llamada arena brillante. Funcionaba más o menos como una batería para el cristal, igual que los náufragos funcionan como baterías para los tiburones.<sup>4</sup>

La arena brillante que Janie usaba para las luces parecía haberse descargado. Por suerte, conocía otra cosa que funcionaba como batería tanto para la arena como para los tiburones: yo.

Estiré el brazo y toqué el cristal de las luces. Quizá, de algún modo, hubiera roto los Talentos de los Smedry, pero seguía siendo un oculantista. Y, por tanto, podía alimentar algunos tipos especiales de cristal.

Arranqué algo de mi interior y lo obligué a salir. Se parecía un poco a intentar vomitar sin tener náuseas. Las luces del baúl de Janie se iluminaron con un fogonazo, brillantes como el sol. Di un gañido, alarmado por la repentina explosión de poder. Solía notar una sensación de resistencia cuando intentaba aquello, pero ese día la energía salió sin trabas.

Retrocedí a trompicones mientras las placas de cristal se fundían.

—¡Hala! —dijo Janie—. Estooo, odiáis esta ropa de verdad, ¿eh?

—Yo...

Dejadme que pare aquí un momento y os explique una cosa importante. Cuando eres un cobarde como yo, siempre tienes que atribuirte el mérito de cosas que no pretendías hacer. Veréis, una parte importante de la cobardía es tener demasiado miedo de que no te vean como una persona genial como para reconocer que no eres una persona genial, aunque hay que tener cuidado de no dejar que se note que el hecho de tener demasiado miedo de no ser una persona genial como para reconocer que eres una persona genial no indique a quienes quieren que alguien sea una persona genial que no eres tan genial como tu genialidad indicaría de otro modo.

—Soy una persona genial —dije.

Huy, perdón. Ese último párrafo me ha salido un poco confuso. Esto de la escritura a veces puede quedar tan regio como un exmonarca mokiano.

Janie me miró.

—Ah, ejem —dije—, he visto un uniforme militar. ¿Qué te parece?

Solo había podido atisbarlo un momento con el brillo. Era un traje de diseño nalhalliano, con grandes charreteras<sup>5</sup> en los hombros y todo tipo de cordeles y cintas y botones y cosas, pensadas para que los oficiales destaquen en el campo de batalla, les disparen primero y mantener a salvo a los soldados que luchan de verdad.

—Supongo —dijo Janie— que podría buscarlo, pero antes voy a tener que instalar unas luces nuevas. —Miró los pegotes burbujeantes en que se habían transformado los cristales de su baúl.

—Eh... gracias —repuse.

—¿Estáis seguro de que no queréis un disfraz de serpiente? En teoría es para un rey retirado que haya estado al menos siete días en el cargo, pero siempre podéis decir que no lo sabíais.

—No, gracias. —Titubeé, pero tenía demasiada curiosidad como para no preguntarlo—. A ver si lo adivino. ¿El traje de serpiente simboliza la forma en que un monarca culebrea para esquivar un contratiempo tras otro en su labor como líder?

—Qué va. Simboliza la forma en que vos sobrevivisteis a vuestro reinado sin estirar la pata.

Claro, cómo no.

Janie sacó otro fardo y empezó buscar luces por todas partes. Como me daba vergüenza haberle roto los cristales, puse la excusa de que tenía que ir al servicio y me escaqueé. En realidad, lo único que quería era estar a solas un ratito.

El pasillo de fuera de mi dormitorio estaba decorado con una estera y tenía las paredes hechas de largos juncos y el techo de paja. No se veía ni un alma. Había un silencio pasmoso y caí en la cuenta de que estaba andando de puntillas, un gesto habitual en los cobardes como yo.

Me dio la sensación de que, después de todo lo que había pasado en los últimos días, debería estar haciendo algo mucho más importante que decidir qué ropa me ponía. Tuki Tuki estaba a salvo, pero no había ganado la guerra. No mientras Bastille y tantos mokianos siguieran en coma, mientras los Bibliotecarios siguieran gobernando las Tierras

Silenciadas y mientras aún quedaran notas al pie por ahí tiradas sin usar.<sup>6</sup>

Teníamos que perseguir a mi padre y evitar que pusiera en marcha su plan demencial. Aunque... quizá su plan ya no pudiera dar resultado. Al fin y al cabo, yo había roto los Talentos. Tal vez eso le impidiera conceder Talentos a todos los demás.

«No —pensé—. Estamos hablando de mi padre.» Un hombre que había derrotado a los Bibliotecarios muertos vivientes de Alejandría y descubierto el secreto de las Arenas de Rashid también sería capaz de hacer aquello. Si no se lo impedíamos.

Llegaron voces al pasillo, así que las seguí hasta una sala espaciosa con lentos ventiladores en el techo. Dentro, mi abuelo estaba de pie ante una gran pared de cristal brillante que mostraba los rostros de mucha gente con diversos trajes étnicos. Los reconocí como los monarcas de los Reinos Libres. Una vez les había salvado la vida. O puede que dos. Al final, pierdes la cuenta.

Mi abuelo tenía la coronilla calva, un poblado bigote y un igualmente poblado mechón de pelo blanco que le rodeaba la parte de atrás de la cabeza, como si hubiera participado en una pelea de almohadas épica y un jirón de relleno se le hubiera pegado al cuero cabelludo. Como de costumbre, lucía un elegante esmoquin.

—Veréis, no quiero ser desagradecido —estaba diciendo mi abuelo a los monarcas—, pero... por el acaloñado Abercrombie, ¿no creéis que llegáis un poco tarde?

—Mokia ha pedido ayuda —dijo la reina Kamiko, una mujer de cincuenta y tantos años con aspecto asiático.

—Sí —convino un hombre que llevaba una corona con pinta de ser europea. No sabía cómo se llamaba—. Queríais ejércitos y os los estamos enviando, junto con la Guardia Aérea, para ayudaros a los Smedry. ¿De qué te quejas?

—¿Que de qué me quejo? —balbució el abuelo Smedry—. ¡La guerra ha terminado! ¡La ganó mi nieto!

—Ya, bueno —dijo un monarca de piel oscura con un sombrero de colores—. Pero sin duda aún queda trabajo por hacer. Limpieza, reconstrucción, esas cosas.

—¡Seréis cobardes! —exclamé, entrando en la sala.

Creedme, a los cobardes sé reconocerlos.

Mi abuelo me miró y todos los monarcas de la pantalla lo imitaron. Los habitantes de los Reinos Libres afirman que no se parecen en nada a los



de las Tierras Silenciadas, pero cosas como aquella pared de cristal — que era cristal de comunicador, diseñado para hablar a grandes distancias— son muy similares a la tecnología que tienen allí. Podrían ser las dos caras de la misma moneda.

Y lo mismo podía decirse de esos monarcas y los líderes de los Bibliotecarios. Por lo visto, los políticos tenían más en común unos con otros que con las personas a las que representaban.

—Chaval... —empezó a decir el abuelo Smedry.

—Yo hablaré con ellos —interrumpí, mientras me ponía a su lado.

—Pero... —dijo el abuelo.

—¡No permitiré que me hagan callar!

—No iba a hacerte callar —dijo el abuelo—. Iba a señalar que pretendes dirigirte a todos los monarcas del mundo vestido con un albornoz.

Esto...o...

Vale.

—¡Es un símbolo de mi desdén por su cruel indiferencia ante la pérdida de vidas mokianas! —proclamé, alzando una mano y apuntando al cielo con el dedo índice.

Gracias, Janie.

—Joven Smedry —dijo Kamiko—, te agradecemos lo que hiciste, ¡pero no tienes ningún derecho a hablarnos de ese modo!

—¡Tengo todo el derecho del mundo! —repliqué—. He sido rey de Mokia.

—Fuiste rey durante un día —matizó un dinosaurio diminuto. A ese lo conocía: era Supremus Rex, líder de los dinosaurios.

—Con un día bastó para que se me pegara un poco el tufo —respondí—, pero no tanto como para que me invadiera del todo. ¿Ahora enviáis tropas? ¿Después de ganar la batalla y de que comprendáis que una alianza con los Bibliotecarios es imposible? No puedo creer que...

—No tengo por qué escuchar esto —me interrumpió Kamiko, y apagó su sección del cristal.

Los demás siguieron su ejemplo y desconectaron sus pantallas hasta que solo quedó uno, un hombre de cabello y barba rojos que tenía una expresión afligida. Era Brig, el rey supremo, el padre de Bastille.

Sentí que mi rabia se disipaba y miré avergonzado a mi abuelo. Había entrado como un vendaval y le había echado a perder la reunión.

—¡Has estado muy enérgico! —exclamó el abuelo Smedry—. Así me gusta.

—No sé yo —dijo otra voz desde el fondo de la sala.

Mi tío Kaz estaba allí, sentado y dando sorbitos a una bebida de frutas, con su sombrero de aventurero en la mesa junto a él. Medía poco más de metro veinte —pero por favor, no le llaméis hada ni enano— e iba vestido con chaqueta de cuero y unas botas robustas. Llevaba unas lentes de guerrero colgando del bolsillo; no era oculantista, pero convenía mucho tenerlo de tu parte en una pelea.

Kaz levantó el vaso hacia mí.

—Has hecho bien en llamarlos cobardes, Al, pero creo que podrías haber colado un par de insultos más antes de que apagaran sus cristales. Y la despedida... no, no ha sido pero que nada teatral.

—Cierto, cierto —dijo el abuelo—. El efecto dramático de tu intromisión podría haber sido mucho mayor, y también podrías haber estado bastante más irritante.

Y supongo que esa es la mejor presentación que puedo haceros de mi familia. En los últimos seis meses de mi vida, había chinchado a Bibliotecarios fantasma muertos vivientes, usado mi Talento de forma temeraria para destrozar ejércitos, corrido de cabeza hacia el peligro una docena de veces y sacado de quicio a varios de los Bibliotecarios más poderosos que han vivido jamás... pero comparado con el resto del clan Smedry, yo soy el responsable, el que mantiene la calma.

—Dudo de que insultar a los monarcas vaya a servir de nada, Leavenworth —dijo el rey supremo a mi abuelo, a través de su brillante panel de cristal—. Están asustados. Hasta hace unos días, el mundo tenía sentido para ellos. Pero ahora todo ha cambiado.

—¿Por qué, porque expulsamos a los Bibliotecarios? —pregunté. El padre de Bastille parecía muy, muy agotado, con los ojos rojos y los rasgos flácidos.

—Sí —me dijo el rey supremo—. Porque los expulsó una persona, y un poder que no sabían que poseyera, un poder que no pueden imaginar ni comprender. Tienen miedo de que lo que has hecho enfurezca a los Bibliotecarios.

—Mokia era su sacrificio —dijo el abuelo Smedry, enfadado—. Tenían la necia esperanza de que bastase para complacer a los Bibliotecarios. Y

ahora están convencidos de que los Bibliotecarios regresarán con más fuerza, esta vez decididos a aplastar los Reinos Libres en su totalidad.

Política.

Cómo odio la política. Cuando me enteré de que existían los Reinos Libres, imaginé lo estupendos e increíbles que serían. Me costó dos libros enteros llegar allí, solo para descubrir que, pese a sus muchas maravillas, la gente que los habitaba era... bueno, gente.<sup>7</sup> Tenía los mismos defectos que la gente de las Tierras Silenciadas, solo que con ropa más estrafalaria.

Pensé en Bastille, inconsciente. Qué vergüenza le daría que la vieran así. Esos monarcas la habían abandonado, a ella y a Mokia, por sus jueguecitos rastreros. Me cabreaba. Estaba cabreado con los monarcas, cabreado con los Bibliotecarios, cabreado con el mismísimo mundo. Hice una mueca, avancé con paso firme y planté las palmas de las manos contra el cristal de comunicador de la pared.

—¿Chaval? —dijo el abuelo Smedry.

El cristal empezó a brillar bajo mis dedos.

Quizá debería haber sido precavido, teniendo en cuenta lo que acababa de pasar con las luces de Janie. Pero quería hacer algo, lo que fuera. Alimenté el cristal de la pared. Lancé todo lo que tenía a esos paneles, haciendo que refulgieran.

—No puedes volver a llamarlos —dijo Kaz—, a menos que ellos permitan que...

Empujé algo al interior de ese cristal, algo poderoso. Al haberme criado en las Tierras Silenciadas, contaba con ciertas ventajas. En los Reinos Libres, la gente tenía sus expectativas sobre lo que era posible y lo que no.

Yo era demasiado tonto para saber lo que sabían ellos, y demasiado Smedry para permitir que me importara.

Lo que hice acto seguido va más allá de toda explicación. Pero como mi trabajo es transmitir conceptos difíciles, voy a intentarlo de todas formas. Imaginad que saltáis de un edificio alto hacia un mar de malvaviscos y que entonces extendéis un millón de brazos para tocar el mundo entero, mientras os dais cuenta de que toda emoción que podáis haber tenido está conectada a todas las demás emociones, y que en realidad son una sola emoción inmensa, como una ballena-emoción que no puedes ver del todo porque estás demasiado cerca para ver más que un cachito de piel correosa de ballena-emoción.

Exhalé un largo suspiro.

«Caramba.»

En ese instante, todos los cuadrados de cristal de comunicador volvieron a activarse. Mostraron los aposentos de los monarcas, muchos de los cuales seguían allí, aunque se habían levantado de las sillas para hablar con sus asistentes. A uno le habían llevado un bocadillo. Otro estaba jugando al solitario.<sup>8</sup>

Me miraron y, de algún modo, supe que mi cara había aparecido en todos sus paneles de cristal, enorme y dominante.

—Voy a ir a la Sumoteca —les dije. ¿Esa voz era la mía?—. Os preocupa que haya puesto en marcha algo peligroso. Pero os equivocáis. Lo que voy a hacer es acabar con ello. Los Bibliotecarios llevan demasiado tiempo aterrorizándonos. Pretendo asegurarme de que sean ellos los que se asustan y los que, por una vez, tengan que preocuparse por lo que van a perder.

»Algunos de vosotros estáis asustados. Otros sois egoístas. Los demás sois unos ignorantes de tomo y lomo. Pues bueno, vais a tener que dejar de lado todo esto, porque no podéis pasar por alto lo que viene. Yo sé algo que los Bibliotecarios no. El final está aquí. No podéis impedir que esta guerra siga adelante. Así que es el momento de que os alcéis, dejéis de lloriquear y o bien me ayudéis o bien al menos os quitéis de en medio.

Solté el cristal. Las imágenes parpadearon y desaparecieron, dejando oscura la pared.

—¿Lo ves? —dijo Kaz desde detrás—. ¡Así es como se termina una conversación con estilo!

2. Quienes usan notas al pie en los libros son gente muy lista y podéis confiar en todo lo que digan.

3. Como poner notas a pie de página en los libros.

4. Es cierto. Pensadlo un poco.

5. Las charreteras son esas cosas que llevan los soldados en los hombros para hacerse los importantes. No hay nada que proclame «Mira qué machote soy» mejor que unas buenas charreteras. Bueno, supongo que aparte de un cartel bien grande que diga: «Mira qué machote soy», tampoco hay que dejar tan claras según qué cosas, ¿verdad?

6. ¿Veis? Mucho mejor así.

7. ¿Qué había esperado, titíes?

8. Sí, al solitario. ¿Qué os creíais, que los reyes y las reinas se pasan el día haciendo cosas importantes como cortar cabezas o invadir reinos vecinos?

## Capítulo

Lilly



Érase una vez un chico.

No debería sorprender a nadie, ya que aproximadamente la mitad de los habitantes del planeta son, o una vez fueron, chicos.

Este chico se metía mucho en líos, lo que tampoco debería sorprender a nadie. Todo el mundo se mete mucho en líos cuando es joven... o al

menos, todos menos el chaval ese, Reginald, el que vive calle abajo, pero da igual porque tampoco cae bien a nadie.

Había algo distinto en este chico. Muchas de las veces en que se metía en líos no era por su culpa. Pero de verdad no era culpa suya, no como cuando dices: «Ha sido mi hermano pequeño» o «Te juro que no tengo ni idea de qué hace ese paquete de galletas vacío debajo de mi cama» o «De verdad que no tenía intención de invadir Polonia». No, este chico de verdad no hacía nada malo.

Era solo que las cosas se rompían a su alrededor.

Y claro, pasarse la vida cargando con las culpas de cosas que no había hecho machacó bastante a este chico. Más o menos había renunciado a la vida, hasta que un día algo cambió.<sup>9</sup> Pasó a formar parte de una familia. Descubrió que era famoso. Le dijeron que era especial.

A partir de ese momento, comenzó una racha asombrosa. Empezó a triunfar. Las cosas empezaron a irle bien. La racha tendría que haberlo preocupado, porque si algo había aprendido de la vida era que, cuando las cosas se rompían en torno a él, se rompían a base de bien.

Empezó a vivir como si pudiera hacerlo todo, por arriesgado y estrafalario que fuera. Se embarcó en una última aventura, pasó dificultades y vivió algunos malos tiempos, pero al final todo salió bien. Mola.

Lo que tenéis más arriba es lo que se conoce como cuento de hadas, y es un ejemplo moderno, no del pasado. ¿Sabéis cómo se distinguen?

Porque en este, el final es mentira.

—Conque infiltrarnos en la Sumoteca, ¿eh? —dijo Kaz desde el fondo de la sala—. En la Biblioteca del Congreso.

—Ummm... sí —respondí.

—Y se lo has dicho a todo el mundo —siguió diciendo Kaz—, incluidos los simpatizantes de los Bibliotecarios que hay en el Consejo de los Reyes, que sin duda avisarán a sus aliados de que vamos para allá.

—Estooo, exacto.

—Atrevido —dijo Kaz—. Bordeando la estupidez.

—¿Al estilo de los Smedry? —sugerí.

Kaz se levantó y se puso el sombrero.

—Si no, por poco.

—Míralo de esta manera, hijo —dijo el abuelo a Kaz—. Attica también va de camino hacia la Sumoteca. Lo que ha hecho el joven Alcatraz complicará mucho el acceso a su padre y nos dará más tiempo.

—Además —añadí yo, mientras intentaba descubrir por qué había dicho lo que dije—, si existe un antídoto para el coma en que han caído Bastille y los mokianos, lo normal sería que pudiéramos encontrarlo en la Sumoteca.

—Casi suena racional, si lo planteáis así —comentó Kaz—. Bueno, tranquilos. Tampoco tiene tanta importancia si los Bibliotecarios nos esperan, porque siempre puedo usar mi Talento para colarnos en... —Y dejó la frase en el aire. Saltaba a la vista que, por un momento, se le había ido de la cabeza que yo había roto los Talentos. Puso una cara muy larga—. Vale, se me había olvidado. Entonces, ¿cómo vamos a entrar?

—Bueno —dijo el abuelo—, primero pondremos en marcha una larga campaña política de distracción. Presentaré una moción en la cámara política nahhalliana para que la aborde el Consejo de los Reyes, con objeto de imponer sanciones más graves a los simpatizantes de los Bibliotecarios.

—¡Hala, sanciones económicas! —exclamó Kaz—. ¡Qué divertido!

—Después organizaremos una prolongada pero decidida campaña de propaganda política en las Tierras Silenciadas, para generar descontento entre la población general hasta que estemos en condiciones de reclutar a algunos guardias de los que vigilan las defensas alrededor de Washington, D.C.

—¡Caramba, propaganda política! Es justo la emoción que la gente espera de un relato de acción y aventuras.

—Exacto —asintió el abuelo—. Luego, tras muchos años de esfuerzo y adversidades, convenceremos a algún insatisfecho de las Tierras Silenciadas para que clave una nota en la puerta del Bibliotecario jefe, denunciándolo y creando un incidente internacional. Durante la confusión resultante, podremos lograr que nos asignen como embajadores y entrar en la ciudad, con lo que... ¡habremos completado el primer paso del proceso de diecisiete para entrar en la Sumoteca sin que se enteren!

—¡Fantástico! —dijo Kaz.

Nos quedamos los tres un momento mirándonos entre nosotros. En la ciudad reinaba un silencio penetrante, al menos hasta que hubo una detonación fortísima muy cerca, que arrojó cascotes contra las paredes exteriores y nos sacudió a todos.



—Huy —dijo el abuelo—. Bueno, otra forma de hacerlo sería huir de esa enigmática explosión, robar una nave y entrar en las Tierras Silenciadas volando y a tiros.

—¡Uf, menos mal! —exclamé—. Un día voy a escribir mi autobiografía, y todas esas cosas que decías tenían una pinta aburridísima de escribir.

Salimos a toda prisa de la sala hacia el pasillo, que de pronto bullía de actividad. Por lo visto, la explosión había dado vidilla a la gente.<sup>10</sup> Nos abrimos paso entre los apresurados mokianos hasta que nos lo cortó un círculo de guardias con lanzas y las caras pintadas. En el centro estaba la reina Kamali, una mujer mokiana bastante alta, de casi veinte años.

—¡No hemos sido nosotros! —dijo Kaz al instante.

—No suponía que hubiera sido usted, señor Kazan —replicó la reina—. Esto es un ataque con misiles de los Bibliotecarios. Tuvimos que sufrirlos a intervalos regulares durante los años previos a la invasión propiamente dicha. —Me lanzó una mirada—. Por supuesto, cabe la posibilidad de que algo los haya incitado a lanzar este ataque concreto.

—Estooo... —dije—, ¿cómo sabes de....?

—¿De vuestro ultimátum? Se ha visto en todos los cristales de palacio, señor Alcatraz.

¿Ah, sí? Por lo visto, me había pasado un poco al alimentar aquel cristal de comunicador.

—En el pasado —dijo la reina—, esos ataques eran poco más que molestias, ya que teníamos nuestra cúpula protectora. Pero sin ella, el ataque podría ser devastador. Voy a ordenar que todos vayan a los refugios. —Titubeó un momento—. Supongo que no querrán venir...

—¿Hay aperitivos? —preguntó Kaz.

Otra explosión hizo temblar la ciudad. Aluki, de la guardia real, asió a la reina por el hombro.

—Debemos irnos. Dejad que los Smedry hagan lo que mejor hacen.

—¿Salvar el mundo? —preguntó el abuelo.

—¿Meternos en líos? —preguntó Kaz.

—¿Correr de un lado para otro dando gritos? —pregunté yo.

—Atraer el fuego —dijo Aluki mientras se llevaba a la reina, seguidos por los demás guardias.

El abuelo sonrió y abrió la marcha, con un dedo alzado hacia delante mientras corría por el pasillo. Fuimos tras él, Kaz a más velocidad que el resto después de ponerse sus lentes de guerrero. Todas las mías estaban en posesión del abuelo, por el momento. Como me había pasado el día anterior descansando después de mi calvario, se las había llevado para que las pulieran y comprobaran que no tenían muescas.

Cruzamos un pasillo a la carga, luego otro y al fin salimos por un gran portón a un terreno abarrotado de inmensos animales de cristal. Vehículos, pero al estilo de los Reinos Libres. Había un taimado cuervo, un orgulloso grifo, una majestuosa águila y... un pingüino.

—Vas a escoger el pingüino, ¿verdad? —dije suspirando, mientras el abuelo echaba a correr por el terreno.

—¡Pues claro, chaval! Es la opción más elegante.

Claro. En fin, a mí me apetecía volar hacia las Tierras Silenciadas, pero tendría que conformarme con llegar en barco.

Del cielo llovieron cohetes hacia las cabañas de estilo retro y las estructuras de madera que conformaban Tuki Tuki. Cada cohete dejaba atrás una nube de humo mientras caía rugiente entre los restos quebrados de la cúpula que había protegido la ciudad. Una explosión cercana sacudió el suelo y di un traspié, furioso. Primero el asedio y ahora aquello. Los Bibliotecarios no habían tenido ni la decencia de dejar que el pueblo de Tuki Tuki llorara a sus parientes y amigos caídos. Lo que habían hecho era lanzar un ataque aéreo el día después de que se rompiera el asedio, claramente en plan: «Si no nos la podemos quedar, la volaremos y listos.»

—¡Espera, abuelo! —grité—. ¡Mi madre! Tenemos que llevárnosla.

—¡No estoy nada convencido de eso! —respondió el abuelo con otro grito.

—Nos la llevamos —afirmé.

Sí, mi madre era Bibliotecaria, y sí, el abuelo hacía bien en no confiar en ella. Pero era quien había adivinado dónde iba a ir mi padre, porque lo conocía incluso mejor que el abuelo.

Mis lentes de buscaverdades habían confirmado que no mentía sobre mi padre. Llevaba años trabajando para detener a Attica. Mis instintos me decían que íbamos a necesitarla antes de que terminara aquella infiltración. Como nota al margen,<sup>11</sup> mi vida incluye algunas de las líneas de diálogo más raras que leeréis jamás. Por ejemplo:

—De acuerdo —aceptó el abuelo—. ¡Tú ve a buscar a tu madre, la Bibliotecaria malvada, y yo iré calentando el pingüino gigante!

—Voy contigo, Al —dijo Kaz mientras echábamos a correr por la ciudad hacia la celda, o mejor dicho hacia la jaula que habían improvisado para retener a mi madre.

Tuki Tuki había sido un lugar idílico, lleno de flores, verde hierba y caras sonrientes. Pero se había transformado en tierra levantada, fragmentos de cristal roto y flores pisoteadas. Los misiles añadían cráteres humeantes al conjunto, para darle variedad.

La evacuación hacia los refugios parecía estar yendo bastante bien, a juzgar por las grandes masas de gente que desaparecían hacia la seguridad de los búnkeres subterráneos. Al poco tiempo, ya corríamos por una ciudad casi vacía. Bueno, vacía salvo por los mortíferos misiles que nos caían del cielo. Me alegró descubrir que había pasado por tantas situaciones enloquecidas como aquella que ya casi no me daba ni pánico.

—Bueno —dijo Kaz, que me mantenía el ritmo sin problemas gracias a sus anteojos oscuros—, ¿cuándo crees que podrás... ya sabes, devolver los Talentos?

Negué con la cabeza.

—¿Seguro?

—Es...

Me interrumpí al ver que caía un misil hacia nosotros. Nos refugiamos delante de un muro y el misil cayó por detrás de nosotros, rebotó contra el suelo y se detuvo. Esperamos con los músculos tensos, pero no llegó ninguna explosión.

—Defectuoso —dijo Kaz—. Vamos.

Lo seguí, aunque pasamos demasiado cerca del misil para mi gusto. Reparé en que tenía algo raro.

—Toda la parte de atrás está hecha de cristal —dije—. Para que luego digan que los Bibliotecarios evitan usar tecnología de los Reinos Libres.

12

—Y muchos de ellos lo evitan —respondió Kaz—, pero otros muchos creen que solo ellos deberían poder usar estas cosas. Recuerda que para un Bibliotecario de Biblioden, todo consiste en el control. No quieren que los indignos tengan acceso a cosas como el cristal. Esos misiles tienen más alcance y son más ligeros porque usan arena brillante para alimentar los motores, pero seguro que los explosivos son TNT de las Tierras Silenciadas o algo por el estilo, que es mucho más barato que su equivalente silimático.

—Serán hipócritas.

—Sí. Lo único que los Bibliotecarios no han podido robarnos nunca son los Talentos. —Vaciló y se notó que no podía resistirse a presionar un poquito más—. Pero exactamente, ¿qué hiciste? A lo mejor podemos encontrar la forma de arreglarlos viendo cómo los rompiste.

Hice una mueca.

—Es que no sé lo que hice, Kaz. Fue como que... me harté de intentar controlar el Talento y lo dejé suelto. Dejé que hiciera lo que quería hacer.

—Hablas como si estuviera vivo —dijo Kaz, doblando una esquina hacia otra calle desierta.

—Es la sensación que me daba.

Kaz meneó la cabeza hacia los lados.

—Los Talentos no están vivos, no más que tu conciencia o tu rabia. Te puede parecer que esas cosas tienen vida propia, pero es una idea peligrosa porque las vuelve externas, Al, te quita responsabilidad sobre ellas. Tu Talento forma parte de ti. Tengo la sensación de que, si queremos que los Talentos vuelvan a funcionar, te va a tocar entenderlo.

—Supongo —repuse.

—Bien. Ah, y misil.

Salté a una zanja para refugiarme mientras un misil caía en espiral hacia nosotros. Ese no estaba defectuoso: voló una cabaña cercana y el sonido de la explosión casi me dejó sordo. Levanté la mirada, aturdido, y vi que Kaz estaba a mi lado. Un cacho de metal bastante grande había saltado con la explosión y se había clavado en la pared de la zanja, a menos de un centímetro por encima de su cabeza. Kaz lo miró sin moverse, estimó la minúscula distancia y enarcó una ceja desde detrás de sus gafas oscuras hacia mí.

—¿Vas a decirme que los bajitos sois más extraordinarios que los altos? —pregunté, sacudiéndome el polvo y levantándome.

—Eso es un malentendido —dijo Kaz mientras abría la marcha de nuevo—. La gente bajita no es, por término medio, más extraordinaria que la alta. Es más, diría que mi extraordinariedad viene a ser equivalente a tu extraordinariedad.

—Te honra reconocerlo.

—Claro que... mi extraordinariedad está recogida en un contenedor más pequeño, por lo que es más concentrada. Es como la diferencia entre el zumo de limón y el ácido cítrico. De modo que, verás, mi extraordinariedad es más efectiva.

Di un bufido.

—Estás pirado.

—Sí, y por suerte mi piradez también está más concentrada, como...

Levanté una mano para hacerlo callar. Acabábamos de doblar una esquina y habíamos llegado a la celda, que en realidad era una cabañita de vacaciones con las ventanas tapiadas y las puertas atrancadas desde fuera. Los mokianos no eran muy de construir instituciones penitenciarias.

Había caído un misil al lado de la estructura que había volado la pared. Mi madre, si seguía viva, estaba suelta.

9. Bueno, para ser más precisos, todo cambió.

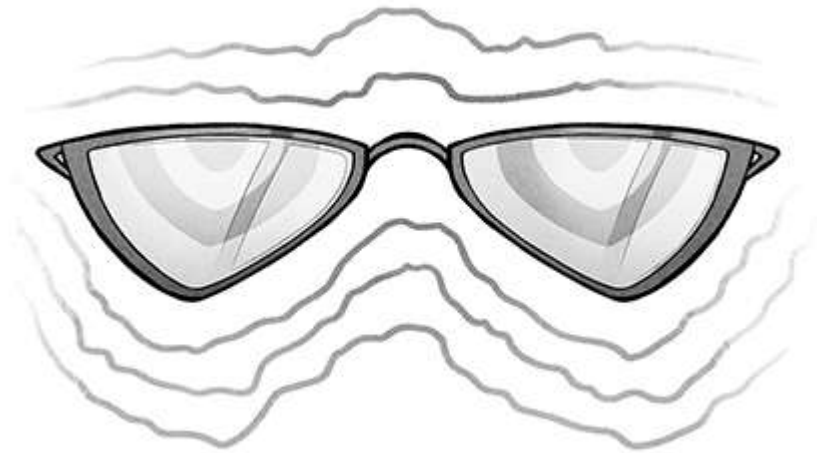
10. O al menos, a los que no les había quitado vidilla.

11. Que son muy distintas de las notas al pie.

12. Que, por algún motivo, siempre parece relacionada con el cristal. A mí no me preguntéis, yo también lo veo raro.

Capítulo

Norton



No sé por qué sigo escribiendo estas introducciones para los capítulos. Dedico mucho tiempo de estas historias a no escribir las historias en sí. Seguro que es por algo. Por algo que no quiero reconocer.

Estas introducciones son otra forma de retrasarme, de posponer el momento en que tendré que escribir lo inevitable. Todo el tiempo que dedique a hablar de rocambolescos conejitos y bazucas es tiempo en el que no tengo que avanzar hacia el final.

No quiero llegar allí. A pesar de que afirmo escribir estas autobiografías para poner los puntos sobre las íes, en realidad no quiero hacerlo. En el fondo, preferiría considerarme un héroe.

Por supuesto, supongo que soy demasiado cobarde para incluir estos últimos párrafos en el libro.

Respiré hondo, me acerqué a la celda improvisada y eché un vistazo por la pared destrozada. Mi madre, Shasta Smedry, estaba dentro, sentada en un taburete y leyendo un libro. Llevaba una falda a cuadros y un chaleco ceñido sobre una blusa blanca, típica ropa de Bibliotecaria, y su cabello rubio estaba recogido en un moño. Tenía puestas unas gafas de montura de carey y no parecía preocuparla lo más mínimo que un misil acabara de partir aquella estancia en dos.



—Ah, aquí estás —dijo al verme—. Ya era hora. Espero que no estés adoptando algunas de las inclinaciones de tu abuelo, Alcatraz.

—¿Qué haces aquí sentada? —pregunté.

—¿Dónde querías que fuese?

—Podrías haber escapado.

—No quiero escapar. En estos momentos, eres mi mejor forma de llegar hasta Attica antes de que haga alguna estupidez.

Se levantó y tiró el libro a un lado, un acto desalmado en una Bibliotecaria. Pero, en fin, no era más que una novela de fantasía, así que tampoco pasaba nada grave.

Mirarla era como encajar un puñetazo en la boca del estómago. Yo aún la veía como la señora Fletcher, la trabajadora social que se había ocupado de mí cuando era niño. Había estado conmigo casi toda mi vida, y en ese tiempo no había dejado pasar ni una oportunidad de regañarme, criticarme y socavar todos mis éxitos.

Me había pasado la vida entera sintiéndome abandonado, solo y despreciable... y durante todo ese tiempo, mi madre había estado conmigo, sin decirme nunca quién era, sin ofrecerme ni un momento de consuelo. Todo podría haber sido muy distinto si esa mujer hubiera estado dispuesta a mostrarme un ápice de amabilidad.

—Ah, y el hermano —dijo Shasta, mirando de soslayo a Kaz—. Espero que no tengas pensado llevarlo contigo, Alcatraz. Teníamos que ser solo nosotros tres. Tú, Leavenworth y yo.

—Y cualquier otra persona que apruebes.

—Pues no apruebo a Kazan.

—Muy bien —dije, fijando la mirada en mi madre—. Kaz, dile al abuelo que apague el pingüino. No vamos a ninguna parte.

Shasta me sostuvo la mirada, cruzada de brazos.

—Has cambiado —dijo al cabo de un poco—. Eres más duro. Eso lo aplaudo. De acuerdo, Kazan puede acompañarnos. Vámonos.

Estuviera en la situación que estuviese mi madre, siempre aparentaba ser capaz de controlarla. Incluso hacía que la cárcel pareciera una opción deliberada. Aunque... quizá tuviera sentido. Si lo pensáis, en la cárcel hay comida gratis, tienes una habitación para ti solo (siempre que insistas en procurártela) y estás con un puñado de personas que piensan más o menos como tú y de las que puedes hacerte amigo. Y por



si fuera poco, todos los delincuentes chungos de verdad son demasiado hábiles como para dejarse atrapar, así que dentro de la cárcel estás a salvo de ellos.

Claro que, si habéis estado haciendo todo lo que os digo que hagáis en estos libros, lo más probable es que ya estéis en la cárcel.

Para seros sincero, lo raro es que yo mismo no haya pasado casi todos estos libros encerrado.<sup>13</sup>

Seguidos por mi madre, Kaz y yo regresamos al aeródromo. Seguían cayendo misiles, y de hecho uno estalló muy por encima de nuestras cabezas, dejándome confuso. ¿Otro fallo técnico? Pues no, porque este dejó caer pequeños paracaídas que sostenían unas maquinillas parecidas a arañas pero del tamaño de pelotas de baloncesto. Las arañas aterrizaron y se pusieron a destrozar edificios, atacándolos con rayos láser que disparaban con las patas delanteras. Los Bibliotecarios sabían que se evacuaría a todo el mundo. Planeaban arrasar la ciudad con robots mientras la gente estaba escondida.

—De esto formas parte —espeté a mi madre—. Esto es lo que apoyas.

—No seas pelmazo, Alcatraz. Yo no apoyo todo lo que hacen los Bibliotecarios, igual que tú no apoyas todo lo que hacen los Reinos Libres y sus monarcas.

Nos detuvimos junto a una cabaña destrozada cuando Kaz nos indicó por señas que esperáramos. Mi tío asomó la cabeza y vio pasar correteando a un grupo de arañas robot.

—¿Ah, sí? —susurré a mi madre mientras aguardábamos—. Vas vestida como una Bibliotecaria y hablas como ellos. Trabajas con ellos y no los criticas nunca. Eres una de ellos. Y esto que está pasando también es responsabilidad tuya.

—¿Y crees que podría abandonar las Tierras Silenciadas y punto? ¿Unirme a los Reinos Libres?

—Es lo que he hecho yo.

—Ah, ¿conque ahora eres de los Reinos Libres? —preguntó mi madre—. ¿Piensas igual que ellos? ¿Te comportas como ellos? ¿Acaso no echas de menos cosas como las hamburguesas y los pantalones vaqueros?

—Eh...

—No eres uno de ellos, Alcatraz. Unos meses de jueguecitos irresponsables con tu abuelo no pueden borrar una década y media de vida en las Tierras Silenciadas. Eres...

No podía hablar con ella. Me moví en el mismo instante en que Kaz nos hizo una señal con la cabeza y me adelanté a los dos, furioso. Imagino que las palabras de mi madre no me habrían hecho tanto daño si no tuvieran una brizna de verdad.

Incluso en aquellos momentos, no sabía cuál era mi lugar. Me sentía como un forastero en los Reinos Libres: pocas veces entendía lo que estaba pasando o por qué la gente hacía las cosas que hacía. Y, sin embargo, desde luego no echaba tan de menos las Tierras Silenciadas como quería afirmar mi madre. Las hamburguesas y los vaqueros estaban muy bien, y tal, pero ya nunca habría podido vivir allí en paz, sabiendo lo que había pasado a saber del mundo.

¿Estaba destinado a pasar lo que me quedaba de vida sin un hogar de verdad? ¿Había cambiado todo desde los días en que pasaba de familia en familia, como una flatulencia en una sala atestada de gente?

Odiaba que mi madre pudiera afectarme tanto. Odiaba que pudiera estar equivocada pero, aun así, tener la pizquita de razón suficiente para meterse en mi cabeza. También odiaba los espárragos, pero eso ahora no es demasiado relevante, así que no estoy muy seguro de por qué he sacado el tema.

Iba tan deprisa que no reparé en el grupo de trastos-araña que se estaba reuniendo por delante, haciéndose chasquidos entre ellos y gesticulando hacia nuestro grupito. Kaz dio una voz de aviso y desenfundó una pistola. Ya casi habíamos regresado al aeródromo; estábamos en el lugar donde el primer misil había caído pero no explotado.

—Encantador —dijo mi madre, poniéndose a mi lado y contemplando el puñado de robots—. Has cogido una rabieta y nos has traído derechos a esto. Sigues siendo un niño, Alcatraz. No lo olvides solo porque los nalhallianos estén dispuestos a enviar a chicos de trece años a zonas de guerra.

—Es mejor que intentar aplastar sus espíritus —repliqué— dejando que crean ser huérfanos. Sin revelarles nunca quién eres.

—Ah, ¿y tu padre lo hizo mejor? ¿O tu abuelo? Por lo menos, yo estaba pendiente de ti.

—Porque querías las Arenas de Rashid —contesté—, no porque yo te importara. Eres...

—Soy tu madre —interrumpió Shasta—. No me hables en ese tono.

—Estooo, ¿chicos? —dijo Kaz—. ¡Ejército letal de robots! ¿Chicos?

—Tú no eres mi madre —dije—. No eres más que la mujer que me dio a luz... ¡y me sorprende que no buscaras una sustituta para ese empeño! ¡Pareces bastante satisfecha de evitar todo el otro trabajo duro que implica criar a un hijo!

Shasta se cruzó de brazos.

—Y en cuanto a lo de ser joven —añadí, arrodillándome—, sí, soy consciente. Pero eso no significa que no haya aprendido unas cuantas cosas.

Apreté la mano contra el misil sin explotar que había en el suelo a nuestro lado y le envié una descarga de energía oculantista.

El cohete cobró vida y dio un fogonazo blanco al escupir un chorro de llamas por detrás. Salió disparado, se empotró contra la manada de robots que se acercaban y entonces explotó. Estaba lo bastante lejos para no hacernos daño a nosotros, pero los robots no tuvieron tanta suerte. Seguro que algunos trocitos llegaron volando hasta Mongolia.

Parpadeé, estupefacto. No había esperado que el trasto estallara: solo pretendía que cruzara entre los robots y nos abriera el paso. Entonces... ¿al final resulta que no estaba defectuoso? ¿Y yo me había arrodillado y lo había tocado?

Mi madre no se encogió ni un poco cuando cayeron trozos de robot a nuestro alrededor, y tampoco parecía nada impresionada por mi increíble habilidad destruyerrobots.

—Qué horror, eres igualito que tu padre —me dijo.

—¿Así que ahora soy como los habitantes de los Reinos Libres? —repuse, sobresaltado.

—Qué chorrada —dijo Shasta, alejándose a zancadas—. Tu padre tampoco encajó nunca aquí. Nunca encajó en ningún lado. Eso forma parte de lo que me gusta de él.

Inquieto, seguí a mi madre y a Kaz hasta llegar al aeródromo, que había acumulado unos cuantos agujeros humeantes en nuestra ausencia. El gigantesco pingüino de cristal se alzaba entre ellos como la última bandera que ondea en un campo de batalla, solo que con una pinta mucho más ridícula.

El torso de mi abuelo asomó por un ojo de buey que estaba más o menos donde habría estado el ombligo del pingüino, si hubiera sido un mamífero de cristal en vez de un ave de cristal.

—¡Por la colisionante Kowal! —bramó—. ¿Por qué habéis tardado tanto? ¡Subid, subid! ¡Ah, y por cierto, Shasta, te regalo este pingüino!

—¿Me lo regalas? —le gritó ella mientras llegábamos a la base del vehículo—. ¿Se puede saber por qué ibas a hacer algo así?

—¡Porque he prometido a mi nieto que robaríamos una nave para escapar! —vociferó el abuelo—. Y va a ser un poco difícil si el condenado trasto nos pertenece. Así que ahora es tuyo. Y por cierto, vamos a robarlo. ¡Venga, venga! —nos animó, mientras se retiraba al interior del pingüino.

Kaz nos llevó por una escalera que se adentraba en la base del pingüino. El interior del vehículo consistía en muchos escalones y pequeñas habitaciones a ambos lados. Habría estado de maravilla que tuviera ascensor, pero los habitantes de los Reinos Libres tienen la extraña idea de que las escaleras son más avanzadas que algo como un ascensor. No me pidáis que vuelva a explicarlo, porque en realidad no tiene mucho sentido.

Tras mucho subir, llegamos a la cabeza del pingüino, cuyos ojos hacían de parabrisas para que pudiéramos mirar hacia fuera.

—¡Bienvenidos a Pingüinator! —dijo el abuelo desde una butaca que había junto a un ojo de buey.

—¿Pingüinator? —repitió Shasta sin la menor entonación.

—¡Lo he bautizado yo! —exclamó el abuelo.

—Nunca lo habría adivinado.

Shasta se sentó en otra butaca y Kaz ocupó el asiento más cercano a los ojos-parabrisas. Iba a ser nuestro piloto. Accionó unos interruptores y la nave entera tembló mientras llegaba un zumbido desde abajo.

Yo me quedé en pie, apoyado en una pared de cristal. Había llegado a Mokia en un abrir y cerrar de ojos, durante una misión compuesta a partes iguales de decisión y desespero. Apenas había podido visitar el lugar, y eso que llevaba su corona, y ya me tocaba marcharme de nuevo.

Así era mi vida. Solo había estado unos meses en Nalhalla antes de partir hacia Mokia, y allí estaba, a punto de volver a las Tierras Silenciadas.

¿Cuál era mi lugar?

Pingüinator empezó a vibrar con más violencia. Al ser un vehículo de los Reinos Libres, estaba todo hecho de cristal, pero no era transparente del todo.

—¿Alcatraz? —dijo Kaz—. ¿Vas a sentarte?

—Creo que me quedaré de pie.

—Podría no ser seguro —dijo Kaz, tirando de una palanca.

El vehículo se sacudió por una explosión cercana. Seguían lloviendo misiles del cielo.

—¿Va a zarandearse mucho hasta el océano, con sus andares de pato?

—pregunté, ocupando un asiento de cristal.

—¿De pato? —dijo el abuelo—. No me digas que te crees la propaganda bibliotecaria sobre los pingüinos.

—¿Lo de que son aves marinas que no vuelan? —pregunté—. ¿Adorables y un poco tontorronas? He visto pingüinos en el zoo.

—Eso son ejemplares jóvenes —dijo el abuelo—, que no han alcanzado la madurez.

—Estooo, ¿y cómo son los adultos?

La estancia entera rotó de repente. La cabeza del pingüino estaba girando hacia el cielo.

Algo rugió por debajo de nosotros.

—Bueno —dijo el abuelo—, hemos intentado imitar sus propulsores a chorro biológicos. Por desgracia, nunca pudimos igualar su velocidad de vuelo natural. Pero creo que fueron lo que, en un principio, inspiró a los científicos bibliotecarios para crear sus primeros cohetes.

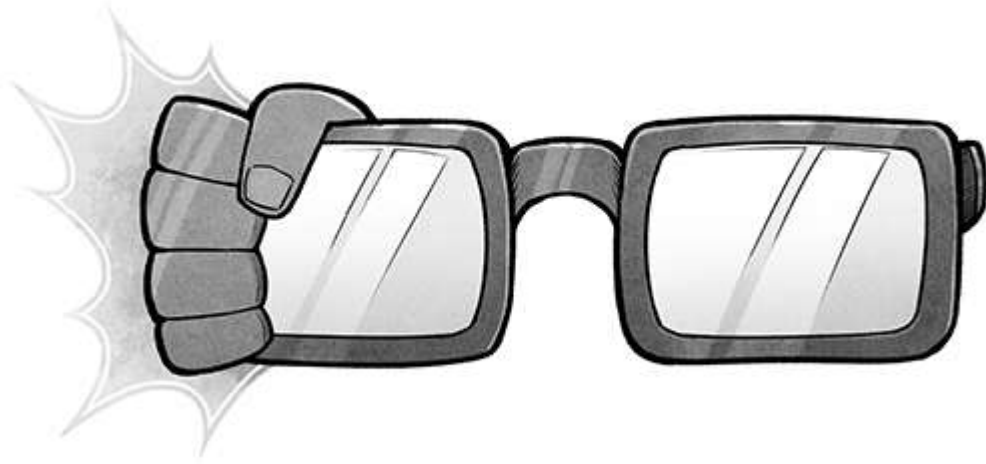
—Eso es...

El resto de lo que iba a decir se perdió cuando el gigantesco pingüino de cristal salió disparado de Mokia, surcando el aire.

13. Aunque pensándolo bien, la peor infracción legal que he cometido es emplear notas a pie de página superfluas, y en realidad acabo de empezar a hacerlo.

Capítulo

Feta



No pienso reconocer nada.

Podría decirse que, a veces, mi narrativa en estos libros suena demasiado heroica para ser real. «Alcatraz —me diréis—, la gente de verdad, y sobre todo los adolescentes, no dice cosas como: “No eres más que la mujer que me dio a luz... ¡y me sorprende que no buscaras una sustituta para ese empeño!”». A lo que yo os responderé: «Dejad de leer por encima de mi hombro mientras tecleo. Y de todas formas, ¿cómo habéis entrado en mi casa?»

Ya os había dicho, y supongo que tengo que repetiros, que todo lo que se afirma en estas biografías es verídico al cien por cien y no está alterado de ningún modo. De acuerdo, un chico adolescente de verdad podría haber dicho a su madre algo como: «Ummm, eres tonta. Y tal.» Pero por suerte, yo soy mucho más elocuente.

Y si no me creéis, en fin, ummm, sois tontos. Y tal.

El despegue de Pingüinator me impulsó contra el respaldo de mi asiento. Casi noté cómo la piel se apartaba de mi boca y mis ojos con el veloz ascenso. Caían misiles por todo nuestro alrededor, pero de algún modo, ya fuese por suerte o por un buen pilotaje, no nos estrellamos contra ninguno. Me alegré bastante. No me gusta nada explotar tan de mañana.<sup>14</sup>

Kaz soltó un vítor mientras nos alejábamos de Mokia a toda velocidad. Yo solté un gorgoteo que tenía por objeto ser el cruce entre una representación filosófica de mi repugnancia por todo lo que hacían los Bibliotecarios y el deseo de haber ido al servicio antes de subir a bordo.

Al final, la máquina se niveló en el cielo, poniéndose horizontal como un avión a reacción, un avión gigante con forma de pingüino de cuyo culo salía una gran llamarada. Este es justo el tipo de situaciones con estilo sobre las que los Bibliotecarios intentan impedir que leáis, chicos.

—¿Cuánto tiempo estaremos en el aire? —preguntó el abuelo después de que nos niveláramos.

—Así como una hora, tal vez —dijo Kaz.

Miré el reloj que había en el panel de mandos. Con esa estimación, sería más o menos sobre la una de la tarde cuando las defensas bibliotecarias en torno a Washington D.C. nos hicieran saltar por los aires. Mucho mejor así.

—¿Alguna idea sobre cómo vamos a entrar? —preguntó Kaz.

—Ya saldrá algo —afirmó el abuelo con alegría.

—Siempre suelta usted cosas como esa —dijo Draulin—. Yo soy más bien escéptica.

—¿Tú podrías colarnos? —pregunté a mi madre.

—Ni de casualidad —respondió ella—. No confían en mí. No han confiado desde hace años. No van a dejar que entre en la Sumoteca.

—Lentes de disfrazador, pues —dije—. Pueden darnos el aspecto de cualquier persona. Mi abuelo y yo nos las pondremos y encarnaremos a Bibliotecarios importantes.

—¿Crees que los Bibliotecarios no están preparados para un truco como ese? —preguntó mi madre—. La Sumoteca no es como cualquier delegación local del montón; está bien protegida. Defendida. Si algún oculantista usa sus lentes dentro de ella, se pone a brillar con fuerza. No podrás utilizarlas para disfrazarte.

—Tiene razón —convino Draulin—. Es lo que siempre nos ha impedido infiltrarnos.

—Bueno —dijo Kaz—, quizá podríamos estrellar a Pingüinator como distracción, cargado con unos maniqués realistas para reforzar la ilusión de que estamos todos muertos. Para uno de esos nos valdrías tú, Draulin. ¿Estás entregada por completo a la causa de los Smedry?

Draulin dedicó a mi tío una mirada muy adusta, de las que solo ella podría...

Un momento. ¿Draulin?

Sí, era ella. La madre de Bastille, envuelta en su armadura de placas y con la espada crística enfundada a su espalda. Llevaba un corte de pelo severo, lucía una cara más severa y tenía un carácter incluso más severo.

Draulin, igual que su hija, era una caballero que había jurado proteger a mi familia. Pero eso no explicaba su presencia allí, de pie junto a la entrada, cruzada de brazos.

—Estooo... —dije, mirando a los demás—. ¿Nadie más se sorprende de que haya aparecido aquí de pronto?

—Qué va —respondió el abuelo—. Draulin lleva años haciendo esto.

La caballero miró a mi abuelo con los ojos entornados.

—Cuando oí la proclamación del joven Smedry a los Bibliotecarios, comprendí que era probable que intentaran escabullirse.

¡Cristales rayados! ¿Es que la ciudad entera me había visto dar el espectáculo a los monarcas?

—No me costó mucho determinar que se llevarían esta aeronave —siguió diciendo Draulin—, ya que es la más rápida y elegante de toda la flota Smedry. ¿Tienen la menor idea de lo muchísimo que cuesta protegerlos cuando nunca nos dicen adónde van?

—Por supuesto —repuso mi abuelo a su modo animado—. ¡De lo contrario, no lo haríamos! —Y sonrió a Draulin.

—Alborotador irresponsable —dijo Draulin.



—Desaborida.

—Detestable amenaza para la paz.

—Tu'mi'kapi.

—Esa es nueva.

—Significa «cabra vieja» en mokiano.

—Ah.

—Tiene sentido cariñoso, por supuesto.

—Quizás entre las cabras —replicó Draulin, dejándose caer en un asiento con un tintineo.

Yo observaba el diálogo patidifuso. A pesar de sus palabras, los dos parecían tenerse un cariño auténtico, sensación que nunca me había dado. Porque vamos, era imposible que Draulin pudiera tener cariño a algo, ¿verdad?<sup>15</sup>

—No estoy segura de qué me ofende más, viejo Smedry —dijo Draulin, sentada en una postura que no podía ser nada cómoda—, si de que parta hacia una misión acompañado de una infame agente bibliotecaria sin decírmelo o de que vaya hacia el único sitio donde puede encontrarse la cura para la afección de mi hija y ni se le ocurra invitarme a ayudar.

—He pensado que te lo pasarías mejor colándote a bordo —dijo el abuelo—. ¡Como en los viejos tiempos!

—Los viejos tiempos fueron muy desgraciados.

—¡Justo las cosas de las que disfrutas, pues!

Por extraño que parezca, sus labios se doblaron hacia arriba en las comisuras, como si Draulin estuviera sonriendo. Y antes, en Nalhalla, casi había parecido mostrar afecto por su familia. Quizá tuviera una opinión exagerada sobre su severidad.

Draulin hizo un repentino movimiento lateral con el brazo y dio a mi madre un puñetazo en la cara con su mano enguantada.

Me quedé mirando, incrédulo, cómo Shasta salía despedida de su asiento por el golpe. Rodó en el suelo pero se levantó apoyando una rodilla, con el pelo revuelto y las gafas torcidas. A grandes rasgos, para haber encajado el puñetazo de un Caballero de Cristalia, parecía bastante... no muerta.

—¡Por el sibilante Silverberg! —exclamó el abuelo, poniéndose en pie de un salto—. Draulin, eso ha estado fuera de lugar.

—Tranquilo —dijo Draulin, levantándose y trabando la mirada con mi madre—. Es evidente que lleva algún tipo de cristal protector. Necesitaba medir su capacidad de absorción de daño.

—¡Pero aun así...! —El abuelo pasó la mirada de Draulin a Shasta.

Mi madre se levantó con parsimonia y se enderezó las gafas.

—¿Y se supone que yo soy la «malvada»? ¿Y si no hubiera tenido un campo protector, caballero?

—En ese caso, estarías inconsciente —dijo Draulin—, y nosotros más seguros. —Apartó la mirada de Shasta y se acercó a Kaz en el cristalino panel de control para meter la mano debajo y sacar un pequeño dispositivo con una lucecita intermitente. Lo sostuvo en alto y se volvió hacia Shasta—: ¿Alguno de ustedes ha visto cómo lo colocaba?

Me quedé boquiabierto, mirando a mi madre.

—¿Cómo te las has ingeniado para ponerlo?

—Está claro que no he sido yo —respondió Shasta mientras se cruzaba de brazos—. Es un dispositivo rastreador bibliotecario, pero no es mío. No sé cómo ha llegado hasta ahí.

Deseé poder interpretar a Shasta. Lo dijo todo con el mismo tono desapasionado. Para ella, recibir un puñetazo en la cara parecía ser tan interesante como que se le posara una mosca en la rodilla.<sup>16</sup>

Draulin pulverizó el aparato cerrando el puño.

—Como de costumbre, los Smedry no tienen ni idea de en qué se están metiendo.

—Ah, no, sí que lo sabemos —dije yo—. Es solo que nos da igual.

Draulin me dedicó una mirada que podría haber carbonizado tostadas.

—Yo no he puesto ese rastreador —insistió Shasta, sentándose de nuevo—. Y Leavenworth, si quieres mi ayuda para esta misión tuya, tendrás que atar más en corto a tu perra guardiana. —Metió la mano en un bolsillo y sacó un fino disco de cristal que tenía una grieta en el centro. No sabía lo potente que era su campo protector, pero Draulin le había hecho bastante daño.

—Draulin —dijo el abuelo—, nada de dar puñetazos a cosas a no ser que tengas mi visto bueno.

Ella lo contempló con una ceja arqueada.

—Y nada de darles patadas, atacarlas con espadas o cualquier otra arma, propinarles cabezazos o derribarlas a la carga.

—Muy bien.

—Y nada de morderlas —añadió el abuelo.

La expresión de Draulin se abatió a ojos vistas.

—Cuidado con esa —dijo la caballero, señalando a Shasta—. En esta misión tenemos que ser mucho más cautos. Está en juego la seguridad de mi hija. Quiero tener la cura en mis manos, tan pronto como sea posible, para poder revivirla y que nos ayude.

—¿Que nos ayude? —pregunté—. ¿Te has traído a Bastille?

—Pues claro que sí —contestó Draulin—. Necesitaré que me ayude a encargarme de tres... —Miró a mi madre—. Bueno, técnicamente de cuatro Smedry. Bastille está abajo, en la enfermería.

—Maravilloso —dijo Shasta—. Así no tendrás a nadie más a quien culpar cuando tu hija muera junto a todos los demás en esta misión.

Draulin se puso de pie entre el repicar de su armadura.

—Ejem —dijo el abuelo—, Draulin, ¿por qué no vas a buscar más dispositivos de rastreo en el resto de la aeronave?

Draulin fulminó con la mirada a Shasta antes de volverse hacia el abuelo y hacer una inclinación.

—Sí, señor Smedry —respondió antes de dar media vuelta y salir de la cabina. Me sorprendió un poco que obedeciera, más que nada porque Bastille le habría dicho que podía meterse la orden por el bigote.

No quería estar más tiempo cerca de mi madre, de modo que me levanté para seguir a Draulin. No tenía ningún destino concreto en mente, pero mi abuelo levantó la voz para decir:

—Tu camarote está en la cubierta tres, Alcatraz. En teoría esto forma parte de tu flota, o formaba hasta que se lo regalé a Shasta, así que deberías tener un ropero bien surtido. Te recomiendo que te cambies. El albornoz no es una vestimenta adecuada a no ser que lleves también toalla.

Cruzar el interior de Pingüinator resultó una experiencia extraña, con la nave en posición horizontal. Para cambiar de «piso», Draulin y yo teníamos que meternos en el hueco de la escalera y seguir el camino por

los laterales de los escalones. ¿Estarían todas las estancias construidas para poder andar tanto por el suelo como por la pared?

Pasamos junto a un ojo de buey y me quedé parado de sopetón. ¿Eran pingüinos aquello que surcaba el aire a nuestro lado? ¿Pingüinos reales, no hechos de cristal, y todos con grandes llamaradas saliéndoles de los traseros?

—¿Pingüinos? —pregunté, señalando.

—Pingüinos gigantes —dijo Draulin con tono distraído.

—¿De verdad pueden volar?

—Pues claro —confirmó Draulin—. ¿Por qué si no iban a tener forma de misil?

Negué con la cabeza. Cada vez que pensaba que ya entendía el mundo, algo parecido a aquello me caía encima como... bueno, como un pingüino gigante.<sup>17</sup> Seguí con paso vivo y, aunque vi en un letrero en la pared que habíamos llegado a la cubierta tres, fui tras Draulin otras dos cubiertas más, hasta que la caballero entró en una sala de cristal.

Bastille estaba sujeta a una cama. Parecía que aquella estancia estaba diseñada para rotar cuando el pingüino despegara, lo que cuadraba con otras muestras de la tecnología de los Reinos Libres que había visto, así que no me sorprendió. Draulin empezó a registrar la habitación en busca de micrófonos o dispositivos de rastreo, mirando debajo de las mesas y los estantes de cristal.

Yo me acerqué a Bastille. Parecía tan... indefensa. Su madre le había puesto un sencillo pijama, como los que llevamos en las Tierras Silenciadas, y su espada estaba sujeta a la mesa a su lado. Su cabello plateado formaba un halo en torno a su cabeza, y tenía los ojos cerrados. En otra persona, le habrían dado un aspecto pacífico, pero al mirarla solo podía pensar en lo furiosa que se pondría.



«No está bien —pensé—. Bastille no debería estar impedida.»

¿Había algo más que pudiera hacer, aparte de buscar la cura? ¿Qué habría querido Bastille que hiciera, si pudiera hablar?

La verdad, creo que habría querido que atizara un puñetazo a cualquiera que dijera que estaba indefensa.

—No podía dejarla atrás —dijo Draulín, poniéndose a mi lado—. Estaban cayendo los misiles y sabía que su abuelo intentaría escabullirse. He cargado con Bastille, pero no daba tiempo de llegar a ningún refugio. Lo único que podía hacer era traerla, ya ve. Lo...

—No pasa nada —dije.

—He sido demasiado dura con ella —reconoció Draulin. Se había quitado un guantelete y acarició con ternura la mejilla de Bastille—. Deseaba con toda mi alma que siguiera los pasos de su padre, no los míos. La vida de un caballero es muy solitaria.

Casi pareció que se le humedecían los ojos. Era como ver llorar a una piedra. La observé, desconcertado.

«Así que esto es importarles de verdad a tus padres —pensé—. Qué cosas.»

—Qué indefensa está —dijo Draulin.

Le aticé un puñetazo.

—¿Señor Smedry? —me preguntó, mirándome mientras yo sacudía la mano. Pegar a gente que lleva armadura de malla con placas = mala jugada.

—Era de parte de ella —expliqué—, porque la cabrearía mucho... Estooo, verás, he pensado que lo que querría...

—Ah —dijo Draulin—. Claro. Tiene sentido.

La caballero retomó su búsqueda de dispositivos de rastreo y yo terminé llegando de vuelta a la cubierta tres, donde un letrero con mi nombre señalaba mis aposentos. Las paredes se oscurecían con solo tocarlas y dar la orden, así que, si quería, podía echarme una siesta... o cambiarme de ropa sin preocuparme de que se reflejara algo innombrable<sup>18</sup> de cristal en cristal hasta la cabina.

Oscurecí las paredes y miré en el armario, donde había una buena selección de vestiduras. La mayoría de factura de los Reinos Libres: kimonos mokianos, túnicas nalhallianas y cosas por el estilo. Sin embargo, a un lado había ropa de las Tierras Silenciadas colgada en perchas. Había unas cuantas camisetas y hasta unos pantalones vaqueros, entre algunas vestiduras menos habituales. En los Reinos Libres tenían una idea rara de lo que se ponía la gente en las Tierras Silenciadas, porque sobre todo sabían de nosotros por las revistas de moda y las películas viejas que robaban.

Encontré una nota clavada con un alfiler a una camiseta.

He reunido ropajes de una amplia variedad, que resultarán útiles en una posible infiltración. Sin embargo, de verdad no me creo que en las Tierras Silenciadas lleven cosas tan insulsas como esta camisetita. Os

recomiendo que, en lugar de ella, os pongáis el disfraz de pollo que he colgado detrás de ella.

JANIE

¿De dónde había sacado el tiempo para aprovisionar el guardarropa? Negué con la cabeza y dejé la nota a un lado. Cogí una camiseta y los vaqueros y fui hacia la cama, que por suerte no era de cristal, para vestirme.

Pero me descubrí allí sentado sin más, con la ropa en la mano. A lo largo de todas mis aventuras, me había empeñado en seguir vestido como un habitante de las Tierras Silenciadas. Era familiar y cómodo, pero ya no iba del todo conmigo, ¿verdad?

Miré hacia el armario. ¿Debería ponerme una túnica, entonces?

«No eres uno de ellos, Alcatraz...»

Cómo odiaba que mi madre tuviera razón. Me quedé indeciso demasiado tiempo. Luego me llamó la atención algo que había en el armario,<sup>19</sup> y no pude reprimir una sonrisa.

Al poco tiempo, me aproximaba a la cabina de Pingüinator cuando oí resonar por el pasillo una conversación entre mi abuelo y Kaz.

—No podemos llegar hasta Sing Sing —estaba diciendo Kaz—. No hay tiempo, y punto.

—Necesitamos a un experto, hijo —replicó el abuelo—. Yo no conozco las Tierras Silenciadas lo bastante bien, y el joven Alcatraz se crio en un pueblo pequeño. Te digo que nuestro equipo no está completo. Necesitamos a alguien más.

—Pero ¿Dif? —preguntó Kaz—. Ya sabes lo mal que me cae.

—Venga, no está tan mal.

—Es raro —dijo Kaz.

Llegué al umbral.

—Sí que tiene que ser un tipo particular —dije—, si es raro en comparación con nosotros.

Los dos se volvieron hacia mí. Mi madre seguía en su asiento, leyendo un libro que había sacado del bolsillo. Me echó una mirada al oírme y vi cómo se le abría la boca.

Me había puesto un esmoquin, completo con pajarita roja, a juego con el de mi abuelo. Era ridículo. Él llevaba esa ropa porque creía que servía para camuflarse en las Tierras Silenciadas, pero en realidad lo hacía destacar.

Para mí, esa ropa tenía un significado. Saqué unas lentes de oculantista con cristales rojizos y me las puse. Quizá no pudiera encajar en las Tierras Silenciadas ni con el típico habitante de los Reinos Libres, pero había un lugar en el que sí encajaba.

Era un Smedry.





14. Que te hagan estallar es más adecuado por la tarde, sin duda.
15. Aparte de... bueno, a comer ladrillos, a mirar mal a la gente al pasar y a ganar concursos de gruñidos.
16. Por mi parte, yo considero recibir un puñetazo en la cara tan molesto como que alguien te obligue a estar todo el rato leyendo notas a pie de página que no aportan nada a la narración.
17. ¡Dichosos pingüinos gigantes!
18. Mi culete.
19. No, no el disfraz de pollo. Seréis sádicos.

Capítulo

Lilliana



Qué teatral, ¿verdad? Hablemos de Esopo.

Ah, perdón. ¿Esperabais que el libro continuara con mi atrevida infiltración en la Sumoteca? Perfecto. Así os quedáis con ganas para más adelante.

Esopo era un curioso hombrecillo griego, conocido por su amor a los cachorritos, su afición a caer por acantilados<sup>20</sup> sin paracaídas y quizá por no haber existido nunca. (Igual que Sócrates, este hombre tendría que haber pensado en apuntar cosas.)

Esopo era un narrador que no ponía el menor reparo a usar personajes ficticios y giros inteligentes para insultar y reírse de la gente que escuchaba sus historias. Así que, en esencia, fue la persona más

maravillosa que ha existido. Si siguiera vivo, le habría pedido que escribiera él mi autobiografía. Por desgracia, ver la frase sobre acantilados de más arriba.

En todo caso, todas las historias que contaba Esopo tenían una característica común: si salías en ellas, lo más seguro es que estuvieras condenado. Ya podías ser una rana (devorada por una garza), un saltamontes (muerto de inanición en invierno), una serpiente (apuñalada hasta morir por su mejor amigo, el cangrejo), un ciervo (corazón comido por un león) o un ratón (ahogado dentro de una ostra, de verdad de la buena): la vida de sus personajes siempre era corta y sus muertes se describían como brutales y a menudo humillantes.

Me he fijado en que a esas historias les pasa una cosa a medida que se siguen contando: van volviéndose más agradables. En las versiones modernas, el saltamontes no muere, sino que lo adoptan las hormigas. (Igual que en los cuentos de hadas modernos salen menos chicas transformadas en espuma de mar y más cangrejos cantarines.)

¿Que qué importancia tiene todo esto? Bueno, os lo diré.<sup>21</sup>

En algún momento.

—¿Y quién es ese tal Dif? —pregunté, apoyándome en la pared y cruzando los brazos. Me sentía elegante con mi esmoquin. Si no lo habéis probado nunca, de verdad que deberíais. Así podré reírme de vosotros por estar tan ridículos, porque no hay forma de que os quede tan bien como a mí.

—Dif es un primo Smedry —explicó el abuelo—. Ha llamado hace unos minutos, y se me ha ocurrido que necesitaba a alguien más para el equipo. Lleva casi toda la vida infiltrado a mucha profundidad en las Tierras Silenciadas y es uno de nuestros mayores expertos en cultura bibliotecaria.

—Es un botarate —dijo Kaz.

—Es de la familia.

—Como Shasta, papá.

Mi madre dio un bufido desde el fondo de la cabina, pasando la página de otro libro que había sacado de alguna parte.

—¿Qué parentesco tiene? —pregunté. Aún no tenía claro del todo nuestro árbol genealógico.

—Es hijo de mi tío —dijo el abuelo—. Su familia llevaba décadas formando parte de una infiltración profunda en las Tierras Silenciadas. Al final los Bibliotecarios los encontraron, pero él pudo escapar. Tiene un Talento poderoso... o más bien lo tenía, antes de tu intervención.

Escucha, Kaz, Dif se ha pasado toda la vida en las Tierras Silenciadas. Y está cerca, en la Aguja del Mundo, investigando.

—Lo sé —rezongó Kaz—. Tiene la molesta costumbre de llamarme para explicarme con pelos y señales lo que ha desayunado.

—¡Excelente! —zanjó el abuelo—. Nos pasaremos a recogerlo.

¿La Aguja del Mundo? Ocupé el asiento de mi abuelo mientras él salía a buscar el excusado.<sup>22</sup> La Aguja del Mundo era donde los caballeros crístines, como Bastille y Draulin, obtenían las gemas que les otorgaban poderes sobrehumanos. Las llevaban incrustadas en las nuca y hacían algunas otras cosas raras, conectándolos a todos entre ellos. No estoy muy seguro de lo que significa; el tercer libro me dejó algo confuso respecto a eso.

Kaz, entre murmullos, usó el cuadro de mandos para hacer una llamada al tal Dif. La voz que llegó era enérgica y aguda. Kaz tenía el volumen muy bajo, así que no pude oír gran cosa, pero parecía que Dif estaba muy emocionado porque lo invitaran a unirse a la misión.

A regañadientes, Kaz ajustó los controles e hizo virar a Pingüinator unos grados respecto al rumbo que llevaban. El abuelo, que para entonces ya había vuelto, le dio unas palmaditas en el hombro.

—Voy a preparar nuestras lentes —me dijo a continuación—. Traigo un arsenal bastante considerable. Baja a mi camarote cuando hayas conocido al primo Dif y te enseño lo que tenemos.

No pasó mucho tiempo antes de que avistáramos la Aguja del Mundo alzándose sobre el océano por delante de nosotros. Cuando la vi por primera vez unos meses antes, fue de muy de lejos. Entonces me pareció una torre, y casi acerté... pero se trata, más bien, de un cristal enorme. Me recordó a la espada de Bastille, solo que con la forma de una montaña muy fina.

No esperaba que estuviera habitada, pero, a medida que nos acercábamos, vi una ciudad levantada en su base y andamios de madera que ascendían y ascendían, envolviendo toda la Aguja.

—¿Son para estudiarla? —pregunté, señalando.

Kaz asintió con la cabeza.

—La Aguja del Mundo es uno de los mayores misterios del planeta. Aunque los crístines no hablan mucho de sus gemas, sus poderes proceden en última instancia de un cacho de esa aguja. ¿Sabes ese pitido raro que a veces se tiene en los oídos?

—Sí.

—Pues ocurre cuando alguien da un golpecito en la punta de la Aguja del Mundo. Si le das con la uña, a una cantidad aleatoria de gente por todo el mundo le pitan los oídos.

—Anda.

—Y no es lo único —siguió diciendo Kaz—. ¿Los escalofríos? Son porque sopla viento contra la Aguja del Mundo. ¿Los dolores de cabeza inexplicables? Porque alguien ha dado un golpe en la Aguja. Lo que sucede a la Aguja se traslada a un número aleatorio de personas, distintas cada vez.

—Es... así como perturbador.

—Bueno, raro desde luego sí es. Estamos todos conectados de algún modo, y ese cristal está en el centro de todo.

A ver, si habéis prestado atención a lo que he escrito en estos libros hasta ahora, quizás hayáis identificado la conversación anterior como un presagio. ¡Así me gusta! Solo que os equivocáis.

Desde luego, sería un presagio si mi biografía fuese a extenderse más allá de este último libro. Pero no es así.<sup>23</sup> Además, no hace falta que os explique yo lo que ocurrió allí. Incluso en las Tierras Silenciadas, los acontecimientos relacionados con la Aguja del Mundo tuvieron que ser difíciles de pasar por alto. Preguntad a vuestros padres, que los vivieron.

Si, al preguntárselo, vuestros padres se comportan como si no supieran de qué habláis, está pasando una de las siguientes tres cosas:

1. Vuestros padres son espías bibliotecarios. (En cuyo caso deberíais comeros unas cuantas de sus galletas en señal de rebeldía contra la opresión bibliotecaria.)
2. A vuestros padres les ha limpiado la mente un sapo borramemorias de los Bibliotecarios. (Es la respuesta más probable. A veces, la persona se vuelve un poco despistada como efecto secundario, así que deberíais poder manganles una galleta sin que se enteren.)
3. Vuestros padres son tontos, sin más. (Si es el caso, comeos una galleta para consolaros. Seguro que no es hereditario ni nada parecido. Y, por cierto, dejad de masticar esa funda para móvil. No es una galleta.)

Pingüinator se aproximó a la Aguja del Mundo. Y no redujo la velocidad.

—Estooo... —dije. No me había dado cuenta de lo deprisa que íbamos—. ¿No deberíamos...?

—Tenemos demasiada prisa para parar —dijo Kaz, tirando de una palanca de cristal—. ¿Ves esa jaula de ahí?

Había una enorme jaula de cristal colgada de un poste que sobresalía de unos andamios que rodeaban la Aguja del Mundo. Casi no tuve ni tiempo de divisarla antes de que pasáramos zumbando junto a ella. Pingüinator se sacudió. Al segundo siguiente, la Aguja del Mundo ya era una gran sombra que se alejaba por detrás de nosotros, visible como reflejo a través de las paredes de cristal.

—He extendido un garfio en una soga —explicó Kaz, volviendo a accionar la palanca—. Ha atrapado la jaula y nos la hemos llevado. Quizá.

—Ni siquiera voy a preguntar por cosas como la aceleración repentina, el efecto látigo o las leyes de conservación del impulso.

—Bien —dijo Kaz—, vas aprendiendo.

En los Reinos Libres tenían la costumbre de fingir que las leyes físicas no existían. En su mayor parte, la actitud funcionaba, como demostró la llegada de Dif. Irrumpió en la cabina, enseñando unos prominentes incisivos al sonreír. Era un hombre en la cincuentena, que llevaba tirantes, pajarita y tela a cuadros suficiente para vestir a un clan escocés al completo.<sup>24</sup>

—¡Una infiltración! —exclamó Dif—. ¡Y con Kaz y Leavenworth, dos de mis personas favoritas! —Dio un gritito animado y se acercó corriendo para abrazar a Kaz, pasando los brazos alrededor de su respaldo.

Kaz dio un leve gemido; ponía cara de haberse comido un palito de pescado.

—¡Y el primo Alcatraz en persona! —añadió Dif, irguiendo la espalda y volviéndose hacia mí. Levanté las manos para impedir un abrazo.

Me lo llevé de todos modos.

—Ummm, hola —dije desde el interior del abrazo—. ¿Cuál es tu Talento, primo Dif?

Había aprendido que era la frase correcta con la que presentarse a un miembro de la familia.

Esperaba algo relacionado con poner incómoda a la gente, como la tía Pattywagon. Pero Dif dio un paso atrás y, con una sonrisa de oreja a oreja, dijo:

—¡Soy de lo más olvidadizo!

—¿Sapo borramemorias de los Bibliotecarios? —pregunté.

—¡No, no, para nada! —repuso Dif—. En mí, es natural.

—Es un Talento bastante poderoso —reconoció Kaz, contrariado—. Puede afectar a las personas que tiene alrededor. En toda la historia de los Smedry, solo lo han tenido tres personas.

—Mola —dije, sonriendo mientras Dif asentía con la cabeza. No pude comprender por qué Kaz estaba tan envarado en presencia del primo Dif. Sí, era... entusiasta, pero no más que la mayoría de los Smedry—. ¿Puedes hacer que la gente olvide que te ha visto y cosas por el estilo?

—No tengo ni idea —respondió Dif, con una amplia sonrisa.

—Cada vez que usa su Talento, todo el mundo lo olvida al instante —explicó Kaz.

—Suenan engorroso.

Dif se encogió de hombros.

—¿Como romper cosas por accidente? ¿O perderte cuando no pretendes hacerlo?

Asentí. No sería un Talento Smedry si no tuviera efectos secundarios estrafalarios.

—Pero... ¿Cómo sabes lo que hace tu Talento si no te acuerdas de haberlo usado?

—Me viene cuando lo necesito. Como esta mañana. ¡No recuerdo nada de lo que me ha pasado justo después de desayunar! Significa que mi Talento ha entrado en acción.

—¿Esta mañana? —preguntó Kaz—. ¿Tu Talento ha funcionado?

—Claro que sí —dijo Dif. Pasó la mirada de Kaz a mí—. ¿Es... es un problema?

—No es un problema —dijo Kaz, rascándose la barbilla—, pero quizá sí una pista, ¿eh, Al?

Asentí despacio. Podría significar que los Talentos seguían funcionando aquí y allá... o quizá que Dif había estado lo bastante lejos para que su Talento no se rompiera. O quizá simplemente fuera olvidadizo por naturaleza y su Talento no tuviera nada que ver con lo ocurrido aquella

mañana. No había forma de saberlo; tendría que observarlo y ver si ocurría de nuevo.

—Debería ir a ver qué lentes tiene el abuelo para mí —dije.

—¡Genial! —exclamó Dif—. ¡Eso será marabullástico!

—¿Cómo dices? —pregunté.

—¡Marabullástico! —repitió Dif—. Es una palabra que me acabo de inventar. ¡Significa exactamente igual de maravilloso que somos todos nosotros! —Me pasó un brazo por detrás como en un abrazo lateral entre colegas—. Así somos los Smedry, ¿eh?

—Vale, claro —dije mientras me liberaba.

—Date prisa si puedes, Al —me pidió Kaz, que estaba leyendo unas cifras de su panel de control cristalino—. Nos queda menos de media hora antes de llegar a las defensas bibliotecarias del exterior de Washington D.C.

—Y supongo que esta nave no tiene armas —dije con un suspiro—. Nunca parecen...

—¡Mirad mi terrario de hormigas! —me interrumpió Dif, levantando una caja fina con los lados de cristal y colocándola en el cuadro de mandos entre nosotros.

—Esto... —dije yo.

Sí. Un terrario de hormigas. ¿Dónde podía haber llevado escondido ese trasto?





—Es una metáfora —dijo Dif, inclinándose para mirar las hormigas—. Acabo de darles armas automáticas pequeñas.

—¿Qué tiene eso que ver con lo que estábamos diciendo? —pregunté.

—¡Nada! —respondió Dif—. Eso es lo bonito. Las interrupciones van que ni pintadas para llamar la atención. ¡Cuanto más alocadas y estrafalarias, mejor! ¡Porque somos Smedry! ¡Y somos marabullásticos! ¿Verdad, chicos? ¿Verdad?

Agitó el terrario para que las hormigas se movieran más deprisa. Por suerte, no parecían hacer el menor caso a las minúsculas armas automáticas que Dif había dejado caer al interior.

Me quedé mirando a Dif un largo momento. Cerca, mi madre parecía estar conteniendo la risa mientras pasaba la página de su libro.

Y de pronto, me descubrí odiando a Dif con una pasión cruda y traicionera. Era una sensación injusta del todo, nada caritativa y muy ruin para mí.<sup>25</sup> Pero la sentí de todos modos.

Sofiqué la emoción, avergonzado. ¿Por qué tendría que odiar a Dif? Era un poco excéntrico, pero también lo éramos los demás. Éramos... Smedry... y...

¿Los demás éramos igual de espantosos?

Incómodo, dejé a Dif explicando su enrevesada metáfora del terrario con hormigas armadas a Kaz.

Con un poco de suerte, iba a armarme yo también.

20. Bueno, por un acantilado, al menos.

21. Como si lo dudarais.

22. También conocido como cagadero. ¿A que os alegráis de leer estas notas a pie de página?

23. Y por una vez, ni siquiera estoy mintiendo.

24. De verdad. Llevaba pantalones a cuadros con un diseño, camisa a cuadros con un segundo y la pajarita con un tercero. Le quedaba tan horrible que, al principio, di por hecho que sería un monarca retirado, ya que nadie podía vestir tan mal a propósito.

25. Como casi cualquier otra cosa en aquellos momentos, dado que iba volando y tal.

## Capítulo

Mary



Ahora que estamos todos molestos con mi molesto primo, dejad que os recuerde que esto no es una fábula. Esta historia no la escribió Esopo, sino la vida misma, y la vida no siempre tiene sentido. A veces simplemente ocurre. Mis experiencias no son un paquetito ordenado con una moraleja concisa al final.

Dicho eso, llevo una temporada con bastante fijación por las fábulas y los cuentos de hadas. Los antiguos son oscuros, pero muy oscuros... y, sin embargo, los que nos contamos a nosotros mismos en tiempos más recientes siempre parecen necesitar un final feliz. Id a echar un vistazo en la librería. ¿Cuántas de las historias que tienen allí terminan con el protagonista devorado por un zorro? Seguro que ninguna. En vez de eso, en los finales suele haber bodas, fiestas o besos. A menudo, las tres cosas.

¿Por qué hemos cambiado? ¿Es porque los Bibliotecarios ahora nos protegen de las historias con finales tristes? ¿O es algo de cómo somos, de cómo hemos evolucionado como sociedad, lo que nos provoca la necesidad de ver que los buenos ganan?

Parecemos anhelar pruebas de que es posible que ocurra.

Busqué el camarote de mi abuelo en la nave. Había marcado la puerta con una pajarita. Chiflado e individualista, como buen Smedry, ¿verdad?

Dentro, mi abuelo estaba sentado frente a una mesa de cristal, limpiando sus lentes. Las había extendido delante de él en dos filas dobles.

—¿Has conocido al primo Dif? —me preguntó mientras llegaba a su lado.

—Sí.

Dejó las últimas lentes y guardó la gamuza.

—No seas muy duro con el chaval, Alcatraz —me pidió el abuelo—. Quiere adaptarse a nosotros y a lo mejor lo intenta un poco demasiado. Ha llevado una vida difícil. Es bueno ser amable con él, y de verdad que tiene muchos conocimientos.

No respondí, pero tuve la sensación de que mi abuelo no estaba dando en el clavo. No era que Dif no encajara. Era... bueno, como si Dif encajara demasiado bien. Igual que un dedo en una fosa nasal.

El abuelo separó unas lentes con el dedo y me las acercó por encima de la mesa. Eran mis lentes de buscaverdades. Las siguientes tenían un solo cristal tintado de verde y morado: era la única lente de otorgador que quedaba de las que me había prestado mi abuelo. Tenía una buena grieta que bajaba por el mismo centro. Cuando había caído inconsciente al final del asedio de Tuki Tuki, por lo visto se me había caído y se había roto.

—Lo siento —dije.

—Bueno, es lo que tienen los cristales —repuso el abuelo—. Podemos fundirla y rehacerla, no te preocupes.

Titubeé un momento y luego me pasó una lente distinta. Era de un color granate oscuro y tenía una pinta bastante chula. O al menos, no era de color rosa, azul claro ni nada por el estilo.

La recogí y la levanté.

—Déjame adivinarlo —pedí—. Esta me muestra algo importante del mundo, ayudándome a apreciar mejor la vida y a los que me rodean.

—De eso nada —respondió el abuelo—. Esa hace explotar cosas.

Di un respingo.

—¿En serio?

—Así es.

—Pero... o sea...

Había tenido lentes ofensivas antes, pero mi abuelo no tenía muy buen concepto de ellas. Prefería las lentes relacionadas con la información, ya que afirmaba que el conocimiento era el auténtico poder.

—Vamos a entrar en la Sumoteca —dijo el abuelo, con un tono apagado muy poco propio de él—. Tendrás que ser capaz de defenderte. La lente de llenavergüenza es tosca, pero a veces las soluciones toscas son las más efectivas. Es un monóculo porque no tengo dos, pero ya vas teniendo la habilidad suficiente para usar bien las lentes de un solo ojo.

Sonreí mientras guardaba la lente en el bolsillo de la chaqueta de mi esmoquin.

—¿Por qué se llama lente de llenavergüenza?

—Bueno, porque avergüenza de lo lindo a su objetivo antes de hacerlo explotar.

Solté una risita y entonces miré a mi abuelo. Hablaba en serio.<sup>26</sup>

—Entonces, solo funcionará con las personas —aventuré.

—¿Cómo? —se extrañó el abuelo—. Pues claro que no. Ha sido un comentario muy sapientista por tu parte, Alcatraz. ¡Esperaba más de mi nieto, ya lo creo que sí!

—Es que... —Fruncí el ceño, mirándolo—. Esa palabra te la has inventado, ¿verdad?

—Tú prueba la lente sobre algo y verás. Algo que esté lejos, ojo, y que no sea muy valioso a menos que pertenezca a alguien insoportable. —Dio unos golpecitos en la mesa—. He estado dudando mucho tiempo de si darte esta o no, por lo peligrosa que es.

—Tendré cuidado con ella —le aseguré, dando una palmadita sobre mi bolsillo.

—¿Qué? No, no digo esa. Esa es divertida y ya está. Me refiero a la próxima lente que voy a darte, la peligrosa de verdad.

Eligió una lente de la mesa. Estaba moteada de copos plateados, casi blancos, como las estrellas de una galaxia. La sostuvo en alto, admirándola.

—¿Qué es? —pregunté.

—Una lente de formador —respondió él—. Te permite ver el corazón, el alma y los deseos más íntimos de alguien.

Enarqué una ceja. Esa sí que se parecía más al tipo de lentes que había esperado.

—Pues tiene un nombre raro.

—Sospecho que fue deliberado —dijo el abuelo, mientras su rostro se reflejaba en las lentes—. Aunque las lentes de formador pueden ser impredecibles, el oculantista que las emplee tiene un gran poder sobre los demás. Debemos usar sus capacidades para inspirar, para construir, para crear. No para destruir.

El abuelo me tendió la lente.

La cogí con cautela, contagiado de parte de la reverencia de mi abuelo, aunque (todavía) no me parecía una lente tan poderosa como la que hacía bonitas explosiones.

—Esto te da una ventaja sobre los demás —siguió diciendo el abuelo— que quizá nunca deberías tener. Te otorga acceso a los corazones y los sueños de quienes te rodean, Alcatraz. No abuses de ese conocimiento, ni siquiera contra los Bibliotecarios.

—Lo intentaré.

—Imposible nada es.

—¿Cómo dices?

—Imposible —dijo el abuelo—. La ciudad. Los condenados Bibliotecarios la tomaron y le cambiaron el nombre por Basuropia. Bueno, el caso es que confío en ti, chaval. ¡Por eso te he dado las lentes! Pero... ten cuidado, ¿vale? En realidad, mejor que tengas cuidado con todas las lentes.

—Siempre tengo cuidado —afirmé, guardándome las lentes.

—Ten más cuidado del normal. Las lentes están haciendo cosas raras. Hace un momento he cargado unas y han liberado mucha más energía de la que esperaba.

—¿Ah, sí? —dije—. Entonces no solo me pasa a mí. Tú también estás cargando el cristal con más fuerza.

—Sí —dijo, entregándome unas últimas lentes, lentes de mensajero que nos permitirían hablar a distancia—. Lo que fuese que ocurrió contigo y los Talentos en Mokia tuvo más... consecuencias de las que habíamos creído.

Me quedé sentado, sin nada más en mi interior que los pensamientos. (Bueno, en realidad, sobre todo, lo que había en mi interior era sangre. Pero también había unos pensamientos, además del burrito mokiano que había tomado para desayunar.) Al poco tiempo, oí un tintineo que llegaba desde fuera. Draulin llamó con educación a la puerta, aunque estaba abierta, y entró cuando el abuelo le dio permiso.



—¿Has terminado de...? —empezó a preguntar el abuelo.

Draulin se puso a hacer aspavientos y luego se llevó un dedo a los labios. Al parecer, temía que hubiera algún tipo de dispositivo de espionaje de los Bibliotecarios en el camarote.

—¿... aprender danza del vientre? —terminó el abuelo.

«¿Danza del vientre?», vocalicé hacia él sin hablar.

«Tenía que improvisar», vocalizó él.

—Eh... —Draulin dedicó a mi abuelo una mirada atribulada—. Sí.

—¡Excelente! —exclamó el abuelo—. ¿Y ya has hecho la danza del vientre en todas las estancias de la nave?

—En todas menos en esta —respondió Draulin.

—¡Pues ya tardas! —dijo el abuelo.

Draulin campanilleó por todo el camarote, buscando en armarios de cristal y bajo repisas de cristal, comprobando que no hubiera micrófonos. Yo me recliné en mi butaca mientras el abuelo recogía las lentes que le quedaban para guardarlas.

—Debo decir —comentó el abuelo— que pocas veces he visto a alguien hacer tan mal la danza del vientre.

—Cuesta un poco, llevando armadura completa —dijo Draulin mientras se arrodillaba junto a nuestra mesa.

Levantó la mirada hacia nosotros y señaló la parte inferior de la superficie. Y, en efecto, cuando me agaché para mirar, descubrí que había un pequeño dispositivo de los Bibliotecarios clavado allí. Draulin cogió un papel de la mesa y escribió en él.

«¿Debo destruirlo como he hecho con los demás?»

«Sería un desperdicio —escribió debajo el abuelo—. ¿No podríamos utilizarlo?»

«¿Qué tipo de tecnología es? —escribí yo—. ¿Está relacionada con el cristal?»

El abuelo miró a Draulin.

«Los otros tenían un trocito de cristal —escribió ella—. Debe de ser cristal de comunicador, configurado para transmitir en un solo sentido.»



Mi abuelo me miró, levantando una ceja.<sup>27</sup> Yo había utilizado el cristal del palacio para mirar a los monarcas sin su permiso. ¿Podría hacer lo mismo allí?

Me encogí de hombros. Tal vez.

—¡Pero bueno, Draulin! —casi gritó el abuelo, con una voz que sonaba bastante falsa—. Qué danza tan vigorosa estás haciendo. Deberías ir con cuidado, no vayas a desmayarte.<sup>28</sup>

Draulin le lanzó una mirada que podría haber cocido un poco de brócoli para acompañar mis tostadas. Luego se puso a dar saltitos para hacer sonar su armadura antes de dejarse caer al suelo con estrépito.

—¡Madre mía! —exclamó el abuelo—. Mira que se lo he advertido.

—Sí que es verdad.

—Bueno, bajemos al suelo, a ver si al menos podemos ponerla en una postura cómoda.

El sentido de todo aquello, al parecer, era darnos una excusa para meternos bajo la mesa y hacer ruido allí. Al fin y al cabo, lo más probable era que los Bibliotecarios estuvieran escuchando. El abuelo se frotó el mentón, mirando el diminuto dispositivo que había enganchado debajo de la mesa.

Draulin sacó un cuchillo y, con mucho cuidado, lo usó para hacer palanca y sacar la cubierta metálica del micrófono. En su interior había un pequeño batiburrillo de cables y un trozo de cristal bien visible. Otro dispositivo de los Bibliotecarios que mezclaba la tecnología de las Tierras Silenciadas con el cristal.

Los demás me miraron, así que extendí el brazo y toqué el cristal. Para lo que ocurrió a continuación, os remitiré a la descripción de hace unos pocos capítulos, la de las ballenas-emoción y todo eso. No creo que pueda superarla, aunque lo cierto es que en la aeronave sentí una emoción parecida a la que tendría un trozo de cheddar al convertirse en sándwich de queso.

Parpadeé sin mover el dedo del sitio y abrí los ojos mientras llegaban voces a través del aparato. Eran muy tenues, pero audibles.

—¿Cómo voy a saber a qué viene tanto empeño en hacer bailar a la pobre mujer? —dijo una voz—. ¡No veo el sentido a nada de lo que hace esta gente!

—Parece algún tipo de castigo —dijo otra voz.

—Siempre están quejándose de sus guardaespaldas. Esto debe de ser algún tipo de venganza mezquina.

—Registrad todo lo que hacen, hasta el último detalle —ordenó una nueva voz de mujer—. El Escriba podrá comprender mejor sus motivos que vosotros.

Reconocí esa última voz. Era La Que No Puede Ser Nombrada,<sup>29</sup> una Bibliotecaria de alto nivel a la que nos habíamos enfrentado en Nalhalla.

Identificar la voz ya fue toda una sorpresa. Pero la segunda frase me dejó de piedra.

¿El Escriba?

Me quedé helado al instante. El Escriba era Biblioden, ¿verdad? El tío a quien se le había ocurrido todo el asunto de los «Bibliotecarios Malvados» en un principio. Estaba muerto.

¿O no?

—Se han quedado callados —dijo un Bibliotecario—. ¿Por qué se ha puesto a brillar tanto el cristal? Es...

El cristal de nuestro lado empezó a humear. Di un gañido mientras apartaba la mano a toda prisa y el cristal se fundió en un pegote que cayó plano al suelo.

—Menudo desaguisado —dijo Draulin, como si hubiera fundido el cristal a propósito o algo así.

—¿Han dicho... el Escriba? —pregunté.

—Sí —contestó el abuelo, frotándose la barbilla.

—Tengo una pregunta —dijo Draulin.

—Entonces, a lo mejor han elegido a un nuevo líder —me apresuré a decir, sin hacerle caso—. Y ese Bibliotecario se ha asignado el título de Escriba.

—Ningún otro Bibliotecario se ha atrevido jamás a usar ese título —dijo mi abuelo—, aunque han pasado siglos desde que Biblioden desapareció. Los que más cerca han estado son la orden de Los Huesos del Escriba, que afirman seguir con más rigor que nadie sus enseñanzas.

—Sigo teniendo una pregunta —insistió Draulin.

—Cuando dices que desapareció —dije al abuelo—, te refieres a que murió, ¿verdad?

—Claro, sí —respondió él—. Murió. —Soltó una carcajada.

—¿A que lo adivino? —dije—. Nadie sabe dónde está enterrado.

—No.

—Genial.

—Mi pregunta...

—Que sí, que sí, Draulin.

—¿Podemos levantarnos del suelo?

—Si quieres ser aburrida, supongo que sí.

—A mí lo que de verdad me gustaría es saber escupir bien.

Los demás me miraron mientras nos levantábamos, porque en efecto, habíamos tenido toda esa conversación bajo la mesa, ¿qué pasa? El abuelo me miró frunciendo el ceño.

—¿Qué has dicho?

—Lo siento —respondí—. Solo quería hacer una frase que saliera un poco más larga que las vuestras, para que esta conversación quede bonita en la página cuando la transcriba.

—Ah, vale, tiene sentido.

—Estooo, ¿chicos? —La cara de Kaz apareció en la pared del abuelo—. Más vale que subáis aquí arriba. Porque hemos llegado y hay una cantidad alucinante de gente a punto de intentar matarnos.

26. En ese momento, no como norma general.

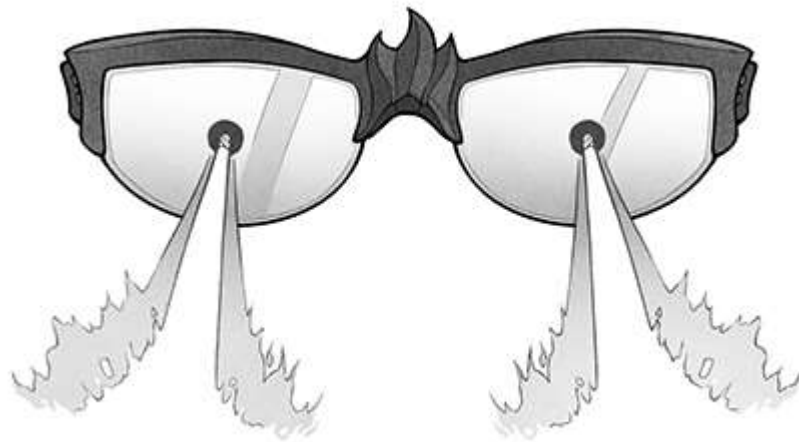
27. Una de las tuyas, por suerte.

28. Ah, el viejo doble sentido de perder el sentido.

29. No es que decir su nombre hiciera nada concreto, sino que era tan difícil de pronunciar que muy pocos lo lograban. Y... vaya, ¿acabo de poner información útil en una nota al pie? Tengo que ir con cuidado, no vaya a convertirse en costumbre. Estooo... Colinabo.

Capítulo

Trillian



Necesito que hagáis una cosa por mí. ¿Os parece bien? ¿Estáis dispuestos a hacer un favor a vuestro escritor favorito?

Vale, pues id a la nevera. Buscad hasta que encontréis un poco de fiambre, queso, pepinillos, lechuga, más fiambre y mayonesa. Abrid la panera y sacad una baguette. (Por cierto, ¿a quién se le ocurrió la forma de escribir esa palabra?<sup>30</sup> Debe de ser una treta de los Bibliotecarios para que tenga que depender del corrector ortográfico.)

Ahora abrid la baguette y untadla de mayonesa por los dos lados. Echadle con ganas. ¿Estáis untando a base de bien? A mí no me lo parece. Deberíais estar mayonesizando estas páginas al intentar leer las instrucciones mientras preparáis la comida. Bien, ahora elegid las

rodajas de pepinillo que maximizan la piel exterior, porque son las más crujientes. Los centros podéis tirarlos. ¿Estamos? Vale, ahora no os olvidéis de salar el queso.<sup>31</sup>

¿Lo tenéis? Espero un poco. ¿Ya? Bien. No ha sido tan difícil, ¿verdad?

Ahora viajad hacia atrás en el tiempo, teletransportaos a mi casa en los Reinos Libres y dadme el bocadillo mientras escribo esto. Tengo un pelín de hambre.

—Guau —dije en voz baja, mirando por los parabrisas de la cabina de Pingüinator.

—Ya puedes repetirlo —dijo el abuelo—. Sobre todo porque no te he oído la primera vez. Habla más alto.

—¡Guau!

—Mucho mejor.

Ya había estado una vez en Washington D.C., con una excursión escolar, pero no se parecía nada a lo que tenía delante. Pingüinator acababa de cruzar la bahía de Chesapeake, volando justo por debajo de la densa capa de nubes. Desde tanta altura, tenía una vista muy buena de la enorme cúpula morada que cubría la ciudad por completo. Brillaba con una luz violeta, como el vapor de una sartén caliente. Levanté mis lentes de oculantista y, en efecto, sin ellas la cúpula no se veía... salvo por una distorsión en el aire.

—¿Y esa distorsión? —pregunté, señalando.

—La provocan los ojos de cristal de Pingüinator —explicó Kaz—. La gente normal no puede ver el escudo, pero los parabrisas de cristal que llevamos están diseñados para avisar a los pilotos de las ilusiones de los Bibliotecarios.

Asentí, volviendo a bajar las lentes sobre mis ojos. Kaz y mi madre estaban sentados frente al cuadro de mandos, aunque ella leía distraída, mientras el abuelo, Draulin y yo nos habíamos quedado detrás de sus asientos para ver el paisaje. El primo Dif se colocó entre mi abuelo y yo y nos pasó los brazos por los hombros. No vi ni rastro de su terrario de hormigas.

Al acercarnos a Washington, vi una ciudad muy diferente a la que se presentaba al mundo. Aunque las afueras venían a ser bastante parecidas, el centro, lo que sale en todas las postales, era distinto del todo. El monumento a Lincoln tenía una torreta encima, con unas baterías antiaéreas de aspecto feroz apuntadas al cielo, y la larga franja verde de la explanada que partía de él parecía más una pista de aterrizaje que un parque. La Casa Blanca estaba rodeada por una verja roja de picos afilados, y muchos de los museos estaban como extendidos

hacia arriba, más puntiagudos, más diabólicos. Solo el monumento a Washington parecía inalterado: seguía siendo un obelisco solitario que se alzaba hacia el cielo, rodeado de oscuridad.

Distinguí la Sumoteca con facilidad. Lo que en las Tierras Silenciadas parecía un inocente, aunque regio, edificio de piedra —la Biblioteca del Congreso—, se presentó ante mí como una fortaleza negrísima, de seis pisos de altura, con afiladas agujas de piedra y bichos monstruosos volando a su alrededor. Diréis lo que queráis de los Bibliotecarios, pero si algo tienen, es estilo.

Por desgracia, no pude fijarme mucho tiempo en la Sumoteca, porque se aproximaba a nosotros un escuadrón de aviones a reacción. Tenían que ser centenares de elegantes cazas negros, que no se parecían en nada a los aviones que había visto en los museos de aviación.

—Eso tiene que ser la Fuerza Aérea Bibliotecaria al completo —dijo Kaz—. No aviones militares estadounidenses, sino la auténtica fuerza de defensa de los Bibliotecarios. No había visto nunca que llamaran a tantos.

—Los tenemos asustados —dijo el abuelo, ansioso.

—¡Esto es increíble! —exclamó Dif, apretándome el hombro.

—Qué tonta he sido —dijo mi madre, después de dejar por fin su libro y volver a la realidad— al suponer que, con vosotros, había alguna posibilidad de colarme en la Sumoteca.

—Colarse es divertido —replicó el abuelo—, pero esto es mucho más emocionante. —Calló un momento—. Podrás esquivarlos, ¿verdad, hijo?

—Tal vez —dijo Kaz—. Pero necesitaré a algunos de vosotros fuera, defendiéndonos. Ten.

Lanzó a mi abuelo un pequeño aparato que parecía una diadema con un auricular que tenía pinta de encajar muy bien en la oreja.

—¿Cristal de comunicador? —preguntó el abuelo, sosteniéndolo en alto.

—No. Bluetooth. —Kaz le entregó un teléfono móvil.

—Tecnología bibliotecaria —dijo Draulin con un bufido—. Mucho menos avanzada que un buen grito.

—Ya, bueno —dijo Kaz, pasándonos a Draulin y a mí sendos conjuntos de teléfono y auricular—. Funciona. Es lo único que me importa.

El abuelo se puso el auricular de mil amores, aunque necesitó un poco de ayuda porque creía que la correa de sujeción era un parche para el ojo. (Los habitantes de los Reinos Libres suelen tener una perspectiva...

inusual sobre la tecnología y las costumbres de las Tierras Silenciadas.) Iniciamos una llamada telefónica con los cuatro en la misma línea, para poder hablar entre nosotros.

Los tres dejamos en la cabina a Dif, Shasta y Kaz y nos dirigimos a la plataforma de salida, una estancia que tenía la pared retráctil. Allí nos equipamos con unas botas que tenían cristal de amarrador en las suelas, para adherirse a cualquier otro tipo de cristal. Metí un pie en una bota.<sup>32</sup> Tenerla puesta me dio cierta perspectiva. La última vez que había hecho algo parecido fue para escapar de las Tierras Silenciadas. Ahora estaba regresando, a toda velocidad.

Antes, los Bibliotecarios habían intentado impedir que escapara. Ahora parecían dispuestos a hacer prácticamente lo que fuera para evitar que volviera. Ya no era el perseguido. Había derrotado a los Bibliotecarios en Mokia y había pasado a ser el lobo, mientras ellos eran los corderos. Bueno, si los corderos tuvieran baterías antiaéreas, bazucas y cazas a reacción de alta tecnología.

Esto me recuerda a los avispones.

¿Cómo? ¿A vosotros no os recuerda a los avispones? Qué raros sois. Vamos, porque salta a la vista que este es el punto exacto de una historia donde cabría esperar una charla sobre entomología. Incluso se menciona en El gran libro de cómo escribir libros impresionantes.<sup>33</sup>

Veréis, los avispones y las abejas son enemigos naturales, como los perros y los gatos, la música disco y el rock o el puño de Bastille y vuestra cara. Luchaban siempre entre ellos hasta que, un día, el juego cambió. Y lo que hizo que cambiara fue el avispón gigante japonés. Esos monstruos se las ingeniaron para cruzar el océano (seguro que habían comprado una vivienda en multipropiedad y querían usarla) e invadir Norteamérica.

Eso trajo problemas a las abejas. Resulta que el avispón gigante japonés tiene la piel más dura que cualquier avispón norteamericano. Son más feroces, más grandes y casi imposibles de matar para la abeja melífera media. Unos pocos avispones gigantes japoneses pueden arrasar una colmena entera, con decenas de miles de abejas, ellos solos.

Entonces, ¿aquí yo soy el avispón o la abeja? Bueno, depende de si esta historia la está contando Esopo o no.

Draulin abrió el lateral de Pingüinator y nos expuso a un viento huracanado y a una visión que me revolvió el estómago. Mi abuelo se puso unos anteojos con cristales tintados de verde: lentes de soplaltormentas, que le permitirían controlar el viento y facilitarnos la salida al exterior de la nave pingüino con forma de misil. Desfilamos hacia fuera, primero adhiriendo nuestras botas al suelo y luego saliendo a una especie de tablón que se extendió más allá de la abertura. Desde él pudimos poner los pies en el exterior del casco de Pingüinator,

confiando en que las botas evitaran que nos precipitásemos a una muerte prematura contra el techo de un supermercado.

Cuando estuvimos fuera, mi abuelo nos indicó por señas que él ocuparía la posición central, sobre la cabeza del pingüino. Draulin, con su gigantesca espada de cristal apoyada en el hombro, fue hacia el lado izquierdo de la nave, y a mí me correspondió el derecho.

Se arremolinaron unos nubarrones negros por encima de nosotros. Quizás hubiera tormenta pronto.

—Bienvenidos a la ventanilla para automóviles —dijo la voz de Kaz en mi auricular—. ¿Quieren hacer su pedido?

—Estooo... —respondí—. ¿Qué?

—Es la forma de empezar una conversación por radio en las Tierras Silenciadas —dijo Kaz—. Lo he visto en las películas.

—No es...

—Tomaré un refresco grande y patatas —dijo el abuelo.

—Pero ¿sabes lo que es un refresco grande, siquiera? —le pregunté.

—Es una frase en código —respondió él—. Significa: «Recibido y, por cierto, dame unas patatas fritas, por favor.»

—No es... Mira, da lo mismo.

—A ver —dijo Kaz desde la cabina—, ¿alguien tiene alguna buena idea para entrar a hurtadillas en la Sumoteca?

—¿A hurtadillas? —dijo Draulin—. Creo que ya es un poco tarde para eso, señor Smedry.

—¡Chorradas! —exclamó el abuelo—. Tendremos una batalla emocionante y luego, cuando todo el mundo esté agotado, nos colaremos.

—Suponiendo que esa táctica pudiera funcionar de algún modo —dijo Draulin—, ¿cómo planea superar la cúpula?

—Ummm... —dijo el abuelo.

—¿Qué os parece esto? —casi gritó Shasta desde la línea de Kaz. ¿Había estado escuchando la conversación?—. Yo pienso en un plan y todos los demás os concentráis en evitar que nos hagan explotar.



Me pareció bastante buena idea, ya que teníamos a los cazas casi encima. De hecho, un par de ellos pasaron junto a nosotros con los motores chillando, convertidos en borrones negros. Di un traspié y saqué mi lente de llenavergüenza.

Se acercó otro avión, que lanzó un cohete. Di un gañido, extendí el brazo con la lente hacia delante y envié una oleada de poder a su interior. Un ancho rayo de color granate salió de mi mano y alcanzó al misil.

En mi cabeza apareció una voz.

«Vaya, hombre. ¿Te acuerdas de cómo zarandeeé a los demás misiles cuando me cargaban? ¿Sobre todo a aquel tan mono? ¿Cómo se puede ser así de torpe? Y antes, allá en la fábrica, aquel ruido tan inadecuado que hice cuando mi revestimiento raspó contra el suelo... Me miraron todos. Uf. Ojalá... ojalá pudiera desaparecer...»

¡Pum!

Mientras el misil se vaporizaba, bajé la lente, aturdido y bastante alterado. Desde la proa de la aeronave, el abuelo miró atrás y levantó el pulgar en mi dirección. Seguía usando sus lentes para evitar que el viento nos sacudiera, pero dejaba pasar el suficiente para que su cabello ralo ondeara en torno a su cabeza.

Me dieron náuseas. ¿Acababa de hacer sentir culpable a ese misil hasta que se autodestruyó? Había sonado muy lastimero.

«Era un objeto inanimado —pensé—. ¿Qué más dará?»

Apretando los dientes, enfoqué la lente hacia otra cosa que llegaba disparada hacia nosotros. El foco de luz granate atrapó a un caza enemigo entero en su brillo.

«Ay, madre —escuché en mi mente. Era la voz de la piloto del avión—. Aún no puedo creer lo que le dije a Jim hace dos años. Con lo bien que se lo estaba pasando todo el mundo, y voy yo y menciono a su madre. ¡Pero si sabía que había muerto! ¡Hasta había estado en su funeral! Pero se me escapó: “¿Qué tal tu madre?” ¿Por qué, por qué lo dije? Es que hasta podría explotar ahora mis...»

Aparté la lente, jadeando y sintiendo una oleada de temor. Me dio la impresión de que, si hubiera esperado un segundo más, la piloto de verdad habría explotado de vergüenza.

Pero ¿no era esa la idea?

El caza cabeceó y rodó, fuera de control, aunque mi lente estaba apagada. Creo que vi a alguien eyectándose. O fingí haberlo visto, al menos.

¿No había querido siempre unas lentes más destructivas? ¿No había protestado porque siempre me daban lentes «blandengues»? Pero aquello... aquello era dar golpes bajos. Oír aquellas voces hizo aflorar todas las estupideces que había cometido en mi vida, todos los pequeños errores que seguro que los demás ya habían olvidado. Eran la clase de cosas que te mantienen despierto en la cama, sintiéndote como un idiota. Deseando poder desaparecer sin más.

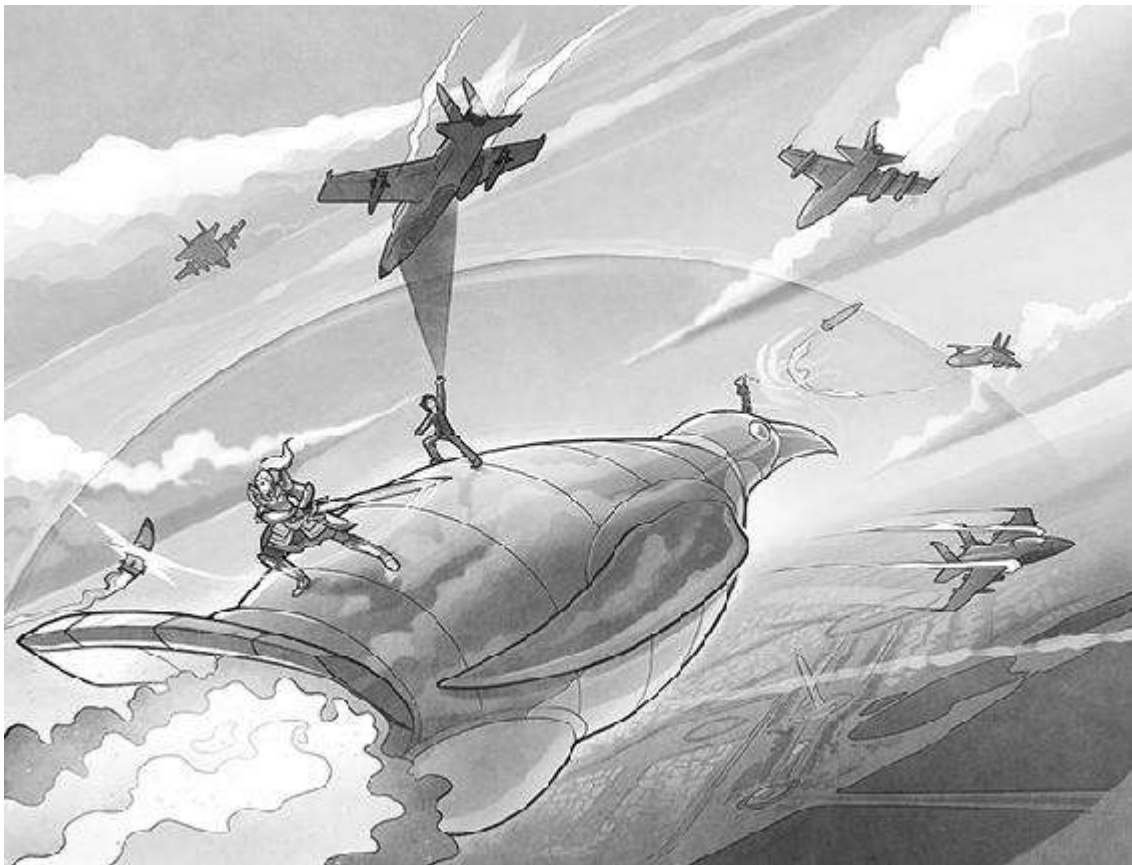
Era una lente muy, muy peligrosa. Y aun así, mi abuelo consideraba que la otra, la lente de formador, era incluso peor.

¿En qué me había metido?

El pingüino se lanzó de repente hacia abajo; Kaz estaba haciendo maniobras evasivas. Mientras rodábamos en picado, cambiando de dirección una y otra vez, me las vi y me las deseé para hacer estallar algún misil de vez en cuando... aunque evité atacar a los cazas.

Por suerte para nosotros, el abuelo y Draulin eran mucho más competentes que yo. Como ya me había demostrado en un viaje anterior, Draulin tenía la increíble habilidad de saltar delante de los misiles y apartarlos a espadazos, como si estuviera jugando un partido de tenis muy raro.<sup>34</sup> Y el abuelo...

Bueno, el abuelo Smedry era un maestro de las lentes. Me distraje mirando cómo controlaba el viento para alejar los misiles y hacer que los aviones chocaran entre ellos, o cómo apartaba a Pingüinator con sutileza de algún ataque. No se movía en absoluto: estaba allí plantado, con cara de intensa concentración mientras las lentes flotaban delante de él. Estaba usando seis o siete a la vez, lanzando rayos de fuego, controlando el viento e incrementando su conciencia de las posiciones enemigas.



A veces se mostraba como un hombrecillo ridículo, pero al mismo tiempo era —y de verdad que no uso la palabra a la ligera— imponente.

Pero no iba a ser suficiente. Nuestra aeronave era mejor que las de los Bibliotecarios, teníamos un piloto de primera y mi abuelo luchaba como una fiera, pero apenas lográbamos mantenernos por delante de los misiles, las armas automáticas y las torretas defensivas. Kaz no podía mantener un rumbo recto: se veía obligado a llevarnos de lado a lado para esquivar las descargas.

Al cabo de diez minutos de feroz batalla, no estábamos más cerca de abrirnos paso que al principio.

—No puedo evitar la sensación —dijo Draulin mientras partía un misil en dos— de que este asalto no estaba muy bien pensado.

—Menuda sorpresa —repuso la voz de mi madre en nuestros oídos.

—¿Tienes algún plan para nosotros? —le pregunté, antes de girarme hacia un misil y enfocarlo con mi lente. El pobre recordó que su número de serie tenía una errata y estalló. La metralla rebotó contra Pingüinator a mi alrededor.

—Sí —dijo Shasta—, pero requiere que dejemos de ser el centro de atención durante un momento.

—Por tanto, es inviable —respondí—. Porque a ver, somos Smedry.

—No me había fijado —dijo Shasta—. Por una vez, estaría bien que dejarais de acaparar todas las miradas.

—Querida —dijo el abuelo por el canal de comunicación, jadeando y con voz de estar exhausto—, creo que no has prestado atención. Verás, esto es lo que mejor hacemos los Smedry.

—¿Oler raro? —preguntó Kaz.

—¿Complicarme la vida? —preguntó Draulin.

—¿Comernos tus patatas fritas cuando no miras? —pregunté yo.

—No —dijo el abuelo—. Atraer el fuego.

Hubo un momento de silencio.

—¡Canastos! —renegó Kaz—. Alguien nos llama por el cristal de comunicador de la nave.

—Responde, y diles que vas a sostener el teléfono contra el cristal, por favor —pidió el abuelo.

Kaz obedeció y por los auriculares llegó entre chasquidos una voz desconocida.

—Bienvenidos a la ventanilla para automóviles. ¿Quieren hacer su pedido?

—Un refresco grande y tal y cual —respondí—. ¿Quién llama?

—¡Señor Smedry! ¡Hemos visto su llamada a las armas! ¡Ha aparecido en todas las ventanas!

—Ah, qué bien —dije. Cristales rayados, ¿hasta dónde había llegado mi pequeño espectáculo?—. Pero ¿quiénes sois?

En las nubes que teníamos encima aparecieron unas sombras, y entonces al menos cincuenta aeronaves de distintas formas descendieron a través de ellas.

—Guardia Aérea Unificada de los Reinos Libres —respondió la voz—. Nos habían destinado a ayudar a despejar Tuki Tuki, pero... bueno, allí no pudimos hacer mucha cosa. Así que se nos ha ocurrido ver si

necesitaba usted apoyo aéreo. A no ser que prefiera destruirlos a todos usted solo, mi señor.

—No, no —dije yo—. Estoy dispuesto a compartir la destrucción. Esta vez. Hay que aprender a ser desprendido.

—Muy bien, mi señor.

Y entonces empezó la auténtica batalla.

30. Y no digáis: «A los franceses», porque todo el mundo sabe que no existen de verdad.

31. Que sí, que saléis el queso.

32. Nota.

33. Por Alcatraz Smedry. Primera edición. Pero todavía no está publicado, así que solo puede encontrarse en mi estantería.

34. ¿Verdad que el tenis sería mucho más interesante si las pelotas explotaran?

Capítulo

Deckard



Ah, el perezoso marino lanudo, con su lustroso pelaje y su cuerpo hecho de aluminio de alta gama. Es una criatura majestuosa cuya existencia corre peligro: en el momento de redactar este texto, queda exactamente una cantidad negativa de cuatro de ellos en estado salvaje, cuando hace un siglo no había ninguno alimentándose en la costa de Terranova.

El perezoso marino lanudo es conocido por su alimentación regular a base de presentadores de debates televisivos conservadores y barritas Twix con todo el chocolate lamido. Este animal pacífico no supone un peligro para nadie, ya que no existe ni ha existido jamás ningún

ejemplar, y sin embargo su hábitat se ve amenazado por su único depredador natural: Wikipedia.

Impidamos el salvajismo de Wikipedia y colaboremos con el proyecto de repoblación del perezoso marino lanudo, impulsado por seis expresidentes de Estados Unidos (uno de ellos zombi) y ningún presentador de debate televisivo conservador.<sup>35</sup>

—Sabías que iban a venir esas naves —dije, llegando con esfuerzo junto a mi abuelo, que seguía encima de Pingüinator.

—Confiaba en ello —replicó, mientras iba desactivando las lentes que flotaban ante él y las guardaba—. Cuando los monarcas dijeron que enviarían la Guardia Aérea y luego tu discurso se emitió por toda la ciudad... en fin, supuse que esos soldados tendrían remordimientos por haber abandonado Mokia.

—Están desobedeciendo órdenes —dijo Draulin, dando zancadas hacia nosotros.

—¡Y menos mal! —exclamó el abuelo.

Draulin le dedicó una mirada que podría haber bañado a un hipopótamo.

—No es una transgresión absoluta, Draulin —argumentó mi abuelo—. Los monarcas enviaron a la Guardia Aérea para «ayudaros a los Smedry». Sobre el papel, mi nieto es jerárquicamente superior a casi cualquiera en los Reinos Libres. Si no mediaba contraorden, ¡su invitación a unirse al asalto venía a ser una orden ejecutiva!

—No está bien. Se están saltando el protocolo.

—¿No puedes alegrarte de que no estemos muertos, por favor? —dije—. Aunque sea por una vez. A la próxima, podemos morir, te lo prometo.

—Bien —gruñó ella—, siempre que lo hagamos al pie de la letra.

—¿Qué letra? —preguntó el abuelo mientras recorriamos el lomo de Pingüinator.

Draulin titubeó.

—La verdad es que no estoy muy segura.

—Ya escribiré yo unas cuantas algún día —dije—. Así podréis ceñiros a lo que digo que se haga en ellas.

—Ah, estupendo.

Mi abuelo fue el primero en regresar al interior del vehículo, seguido de Draulin. Yo remoloneé en el techo.

A mi alrededor detonaban los misiles. Los cazas pasaban zumbando. Explosiones, humo, fuego. Por debajo, ardían inocentes barrios residenciales con el enfrentamiento entre las fuerzas bibliotecarias y las máquinas voladoras de los Reinos Libres. Llegó un estruendo de fuegos artificiales desde todas las direcciones mientras cruzábamos la columna de humo que dejaba atrás una nave derribada al caer en espiral.

Yo lo había provocado. Yo los había traído. Me alegraba de no tener que luchar solo contra los Bibliotecarios, pero en ese momento fue demasiado para asumirlo de golpe. Saldría herida mucha gente por mis actos, y muchos de ellos no lo merecían.

Había regañado a los monarcas por su reticencia a comprometerse con la guerra, pero cuando había tenido ocasión de destruir cazas a reacción de los Bibliotecarios, me había resistido, con miedo a los daños que podría provocar.

Era un cobarde de la peor calaña. De los que dejan morir a otros para no tener que involucrarse.

Bajé al interior pisando fuerte y dejé que el abuelo cerrara la puerta. Los dos regresamos hacia la cabina, aunque me dejé puestas las botas de cristal de amarrador. Kaz estaba dando muchos bandazos y, sin las botas, no habría dejado de darme golpetazos contra las paredes.

En la cabina, el primo Dif soltó un aullido emocionado.

—¡Ha sido increíble! Vosotros dos sois los mejores. ¡No hay nada tan Smedry como un rescate en el último momento!

—Así es —dijo el abuelo.

—Porque vamos, no te habría costado nada avisarnos —siguió diciendo Dif— para que nos preparáramos mejor y no creyéramos que íbamos a morir todos. Pero en vez de eso, ¡nos has tenido a oscuras para que hubiera una revelación dramática! Ha sido perfecto.

—Sí —dijo el abuelo, perdiendo fuelle—. Supongo. Je. Bueno.

Dif siguió hablando:

—Cualquier otro habría pensado que, al no contar a nadie su dramático plan, podría provocar que alguien lo echara a perder por accidente, por ejemplo que Kaz maniobrara hacia arriba cruzando las nubes y llevara a los cazas bibliotecarios derechos hacia las desprevenidas naves de los Reinos Libres, pero tú sabías que la auténtica forma Smedry de actuar es...



—Ejem —dijo mi abuelo—. Shasta, ¿no habías mencionado un plan?

—Sí —respondió ella, rodando en su asiento—. Tenemos que llegar a tierra sin que los Bibliotecarios sepan que hemos aterrizado. Así que Kaz puede lanzarse contra una torreta antiaérea de los Bibliotecarios y luego virar hacia tierra cuando empiece a dispararnos. Rodeados del humo que produzcan las detonaciones, puede dejarnos en tierra.

Esperamos a que nos contara más.

—Estooo —dije yo—, ¿y ya está?

—No he tenido mucho tiempo para pensar —respondió ella, y dio un bufido—. Pero sí que hay algo más. Grabaremos a tu abuelo diciendo cuatro idioteces de las tuyas y las reproduciremos en abierto. Los Bibliotecarios interceptarán nuestros canales y creerán que sigue en la nave, y así no nos estarán buscando cuando entremos.

—Hala —dijo Kaz—, ¿así que vamos a usar el intento de entrada como tapadera para nuestro intento de entrada?

—Algo parecido.

—¡Me gusta! —afirmó el abuelo, señalando hacia el aire.

—Porras —dijo Shasta—. Se suponía que ibas a considerarlo demasiado aburrido.

—¿Qué tiene de aburrido? —objetó el abuelo—. Al fin y al cabo, ¡tendremos que lanzarnos desde un pingüino a máxima velocidad!

—¿En movimiento? —dijo Shasta—. Yo creía que íbamos a aterrizar.

—No nos da tiempo —zanjó el abuelo—. ¡Qué divertido va a ser! Kazan, vamos a grabar un vídeo de mí provocando a los Bibliotecarios. ¡Y luego saltaremos!

—Claro, papá —dijo Kaz—. Pero te das cuenta de que yo tendré que quedarme pilotando la nave, ¿verdad?

—Oh —dijo el abuelo—. ¿Dif no podría...?

—¡Yo no sé volar! —interrumpió Dif con tono alegre—. Además, ¿no me traíais para que os fuera comentando la cultura de las Tierras Silenciadas?

—Supongo que sí. —El abuelo Smedry respiró hondo—. Así es como debe ser. Tú serás nuestro plan de huida, hijo.

Kaz asintió con la cabeza.

—¡Decidido, pues! —exclamó Dif—. Voy a recoger mis cosas.

—¿Recoger? —pregunté—. ¿Qué tienes que recoger? Si acabamos de recogerte a ti.

—¡Tengo que buscar unas pocas cosas absurdas que llevarme! —explicó Dif—. Un calcetín o dos, cordel, un bicho... ¡Cualquier chifladura que nadie vaya a esperarse! ¡Luego las usaremos para resolver la situación por sorpresa! ¿Verdad, chicos? ¿Eh?

Se escabulló de la cabina.

—Cómo odio a ese tío —dijo Kaz entre dientes.

—¡Kaz! —le regañó el abuelo—. Solo intenta encajar.

—Yo creo que se ríe de nosotros —dijo Kaz.

Negué con la cabeza. Lo veía demasiado esforzado como para que fuera eso. De verdad quería ser como los demás Smedry. Pero cuando señalaba cosas como acababa de hacer... bueno, hacía que sonaran estúpidas. Igual que cuando te toca explicar un chiste y pierde toda la gracia.

Mientras mi abuelo iba a su camarote para usar el cristal de comunicador que tenía allí en la grabación de unos cuantos mensajes muy propios de un Smedry, me interpose entre Kaz y mi madre y miré por los ojos-parabrisas. Avanzábamos haciendo zigzag en plena batalla, tan deprisa que costaba seguir lo que ocurría. Kaz hizo un picado y el estómago me dio un vuelco. A la izquierda, un murciélago gigante de cristal había agarrado un caza con sus zarpas. A la derecha, un búho cornudo tenía un agujero enorme e irregular en un costado.

—Va a haber que hacer algo con esa cúpula —dijo Shasta—. ¿Cómo vamos a cruzarla?

Metí la mano en el bolsillo y cogí la lente de llenavergüenza.

—¿Podrías abrir esos parabrisas?

—Claro —dijo Kaz—, pero entonces aquí dentro puede hacer un poquito de viento.

—Vamos a probar.

Kaz asintió mientras esquivaba el fuego de una torreta antiaérea y luego pulsó un botón de su tablero de cristal. Uno de los ojos-parabrisas del pingüino se retrajo.

Se me taponaron los oídos y una ráfaga de viento me dio en la cara. Es sorprendente lo mucho que cuesta respirar cuando llega tanto aire y a tanta velocidad. Es como intentar comer palomitas disparadas con bazuca. Aun así, fui capaz de alzar mi lente de llenavergüenza y apuntar con ella a la cúpula. Con el pelo agitado alrededor de la cabeza y mi pajarita ondeando, enfoqué un rayo de energía a la lente y liberé un flujo concentrado de humillación hacia la cúpula.

«No puedo creer que detuviera a esos tres Bibliotecarios en el perímetro —dijo una voz atronadora y profunda en mi cabeza—, y total, porque llevaban encima trozos de cristal confiscados. ¡El ejército entero se puso en alerta, y todos creyeron que eran agentes dobles! Es que podría haberme derribado sobre mí misma de la vergüenza. Tendría que haberme dado cuenta, no debería haberlos detenido.»

Esperé, escuchando, pero no ocurría nada.

—¡La cúpula es demasiado fuerte! —gritó Kaz—. ¿Nos aparto? ¡Vamos directos hacia ella!

—¡Mantén el rumbo! —ordené, mientras dirigía más energía a la lente, que empezó a calentarse entre mis dedos.

«¡Y qué vergüenza no poder proteger a la gente de la lluvia! Soy una cúpula. Debería ser capaz de mantener secas las cosas. O de dar sombra, al menos. ¡Pero nadie puede ni verme! Lo único que hago es detectar lentes que casi nunca vienen por aquí. ¿Para qué sirvo, en realidad? Y luego, estuvo aquella vez con el Escriba...»

¿Cómo?

—¿Alcatraz? —me apremió Kaz.

—¡Sigue adelante! —vociferé, insuflando más energía. La lente se estaba calentando bastante, como el cristal que había fundido antes. Parecía muy peligroso.

«Como no hay gente en el mundo, tuve que detenerlo a él —dijo la voz de la cúpula—, solo porque llevaba una lente encima. Lo vio todo el mundo. No puedo creer...»

La lente me quemó los dedos. Grité de dolor mientras una sección de la cúpula explotaba, dejando abierto un agujero del tamaño de un edificio grande.

Solté la lente y moví los dedos. Me los había quemado bastante, pero por suerte la lente no se había fundido. Cayó al suelo con un tintineo y rodó a un lado. Kaz dio un gritito triunfal y nos llevó a través del agujero antes de cerrar el parabrisas pulsando un botón. Muchas de las otras naves de los Reinos Libres nos siguieron de inmediato al otro lado.

Me chupé los dedos.

—Buen trabajo —dijo Kaz.

Señalé con el mentón, distraído. La cúpula había mencionado al Escriba. Tenía que suponer que un objeto inanimado no iba a mentir en sus propios pensamientos.<sup>36</sup> Había alguien de verdad que se hacía llamar el Escriba. Un título de mal agüero.

Kaz miró hacia donde había señalado. Cerca del centro de Washington, a poca distancia del imponente monumento a Washington y la Explanada Nacional, se alzaba una columna de humo entre unos edificios.

—¿Una nave derribada? —sugirió Kaz—. ¿O quizás un misil desviado?

—Podría ser —repuso Shasta—, pero la cúpula debería haber detenido a la mayoría de los misiles y muchos escombros.

—Creo que alguien más está plantando cara —dije—. El humo sale de tres o cuatro edificios distintos, todos en llamas. Y... ¿eso de ahí no es una barricada?

Lo sobrevolamos demasiado deprisa para distinguir nada más.

—Tendríais que prepararos para saltar —dijo Kaz, maniobrando sobre el centro de la ciudad.

—Intenta mantenerlo nivelado, si puedes —pidió Shasta.

—Un objetivo alto —dijo Kaz—, que por definición no se me dan demasiado bien. Haré lo que pueda.

Shasta se levantó para marcharse, pero Kaz sacó una mano y la cogió por el brazo.

—¿Qué vas a hacer cuando le encuentres? —le preguntó—. ¿Has pensado en eso?

—Claro que lo he pensado —repuso ella—. Voy a detenerle.

—¿Lo matarás? —preguntó Kaz, mirándola a los ojos.

—Le amo, Kaz —dijo mi madre.

—No respondes a mi pregunta.

Ella apartó el brazo.

—Haré lo que tenga que hacer. Si significa apretar el gatillo, que así sea.

Se fue. Yo recuperé mi lente de llenavergüenza, que ya se había enfriado lo suficiente para cogerla, y la seguí. La conversación que acababan de tener me había dejado la sensación de estar un poco fuera de lugar en mi propia historia, cosa que jamás debería ocurrir. De modo que hablemos un poco más de mí.

Alcatraz era un chaval un poco tonto que acostumbraba a detener un relato en los momentos menos adecuados para dar paso a un segundo relato. A veces, Alcatraz usaba palabras como «cocker» en sus novelas. Esa palabra en concreto le supuso una gran vergüenza dos veces. La pena fue que su jefe no captó tales palabras, pues ambos «cockers» estaban ocultos en un largo párrafo sobre los mejores rasgos de Alcatraz, dándose el hecho de que las personas coherentes no suelen leer esas cosas. Alcatraz es culpable de saltarse las normas temporales para obtener un bocata, culpable de hacerse pasar por peces a veces, culpable de que no le gusten los gatetes. Además, redactar un párrafo entero pero no haber tecleado una sola vez la letra «I» es toda una gesta.

—¿De verdad lo matarías? —pregunté a mi madre cuando la alcancé en el pasillo de cristal.

—Sí. ¿Y tú? Si el destino del mundo dependiera de cómo actúes, ¿podrías matar a tu padre, Alcatraz?

—Yo... —Tragué saliva.

—Más vale que seas capaz —dijo ella—. He dedicado toda tu vida a convertirme en un hombre duro. Si llega el momento, hijo, tienes que detenerlo. Cueste lo que cueste.

Qué respuesta más fría. No quería pensar en lo que mi madre acababa de decirme. Habría otra manera de detener a mi padre. Podríamos convencerlo aunque fuese un poco, ¿verdad?

Shasta parecía opinar que no. Siempre se había comportado así, con esa convicción, esa certeza, esa petulancia. Ni siquiera perdió el equilibrio cuando Kaz hizo dar un bandazo a Pingüinator. Se limitó a apoyar una mano contra la pared para mantenerse erguido.

Me dieron ganas de hacer algo que le perturbara la calma.

—¿El Escriba está vivo de verdad? —pregunté.

Shasta se volvió hacia mí.

—¿Dónde has oído eso?

—He invertido un micrófono de los Bibliotecarios que hemos encontrado —dije—. Hemos oído a La Que No Puede Ser Nombrada hablando sobre el Escriba. Biblioden. Es imposible que siga con vida.

Shasta analizó mis rasgos.

—Hay... rumores. Nunca les he dado mucho crédito, pero últimamente se habla más del tema. Algunos afirman haber hablado con él, haber recibido sus órdenes. Si Kangchenjunga se ha unido a los creyentes... bueno, no es de las que se dejan llevar al redil con facilidad. O les está siguiendo el juego por algún motivo o algo la ha convencido.

Shasta parecía preocupada. Era un cambio agradable respecto a la petulancia, pero no había conseguido provocar en ella la reacción que buscaba. Me planteé hacer algo perturbador de verdad, como decirle que había decidido dedicarme a escribir novelas de fantasía, pero tampoco había que llegar a esos extremos. Hasta yo tenía que respetar ciertos valores.

Llegamos de nuevo a la estancia con la plataforma de salida, y una vez allí me quité las botas de cristal de amarrador y las guardé en su sitio. Por debajo, a través del suelo de cristal, vi pasar la ciudad emborronada. Volábamos más bajos que antes, pero aun así teníamos demasiada altura como para sobrevivir a un salto.

—Entonces... —dije a mi madre—, ¿cómo crees que vamos a...?

El primo Dif irrumpió en la sala, con una mochila a la espalda y zapatillas de conejito en los pies. Por extraño que resultara, iban a juego con su camisa a cuadros y su pajarita, y se había cambiado los pantalones por otros cortos y de un color muy rosa.

—¡Disfraz de las Tierras Silenciadas puesto! —proclamó.

—Creía que decían que habías vivido aquí —dije yo.

—¡Y así es! Fui becario mucho tiempo en San Francisco.

—¿Con qué clase de beca? —pregunté, incrédulo.

—En una reserva natural —dijo Dif—. Con tiendas de lona, entrenadores de animales y mucha gente sentada en las gradas.

—¿Era un... circo?

—¡Sí! ¡Así era como lo llamaban! Pasé años trabajando entre ellos, fijándome en cómo vestirme y comportarme entre los habitantes de las Tierras Silenciadas para perfeccionar mis habilidades de infiltración. —Calló un momento—. ¡Ah, casi se me olvida! No me extraña que no las tuvieras todas contigo. —Metió la mano en su mochila, sacó un

sombrero de copa y se lo puso en la cabeza—. ¡Ahora sí! ¡El disfraz perfecto para las Tierras Silenciadas!



Me quedé sin habla. A veces me pasa cuando tengo delante una estupidez monumental.<sup>37</sup> Antes de poder recuperarme, Draulin se unió a nosotros.

Llevaba un elegante vestido de noche azul, con lentejuelas y un lado abierto, el pelo recogido como si fuese a ir al baile de graduación y los

labios de color rojo brillante. Tenía los brazos cubiertos por largos guantes, casi hasta los hombros.

Los ojos estuvieron a punto de salirse de las órbitas.

¿Draulin era una mujer?





Vale, a lo mejor no debería estar haciendo bromitas sobre la estupidez monumental de los demás. En fin, yo sabía que Draulin era la madre de Bastille y la esposa del rey de Nalhalla, pero... ya sabéis, siempre había imaginado que dormía con la armadura puesta.

—Qué buen disfraz —dijo Dif.

—Gracias, señor Dif —respondió Draulin, hurgando en su bolso... que, si era como el de Bastille, contenía su espada en una burbuja de espaciotiempo levemente imposible—. Señor Kazan, ¿su línea sigue abierta?

—Ajá.

—¿Estos dispositivos transmisores de las Tierras Silenciadas funcionarán dentro de la Sumoteca?

—Deberían.

—Excelente. Seguiremos en contacto. Tenga cuidado aquí arriba, señor Kazan. No olvide que lleva a mi hija en esta nave.

—Intentaré que no nos hagan explotar en mil pedazos —dijo Kaz.

Como era de esperar, pasaron unos minutos más antes de que mi abuelo decidiera presentarse. Llegar tarde no era solo su Talento Smedry, sino también una forma de vida. Por fin llegó al trote, con un rollo de tela en las manos, y sonrió a Draulin.

—¡De verdad es como en los viejos tiempos!

—¿También va a hundir esta ciudad? —le preguntó Draulin.

—Eso pasó solo una vez —replicó el abuelo—. Y pudieron salir todos. O casi.

Empezó a distribuir trozos de tela. Yo cogí el mío con el ceño fruncido. Tenía el tamaño aproximado de una toalla y era fino y blanco. ¿Qué podría ser?

El abuelo abrió la ancha compuerta en el casco de Pingüinator. El viento nos azotó, con tanto estruendo que apenas logré oír a Kaz diciendo:

—Voy a atravesar ese humo que ha visto Alcatraz antes. Debería ser buen sitio para saltar, ya que estaréis ocultos de cualquiera que nos mire.

—Sí —empecé a responder—, pero...

—¿Buen sitio para saltar? —dijo Dif—. ¡Pues vamos para fuera!

Y me sacó de un empujón.

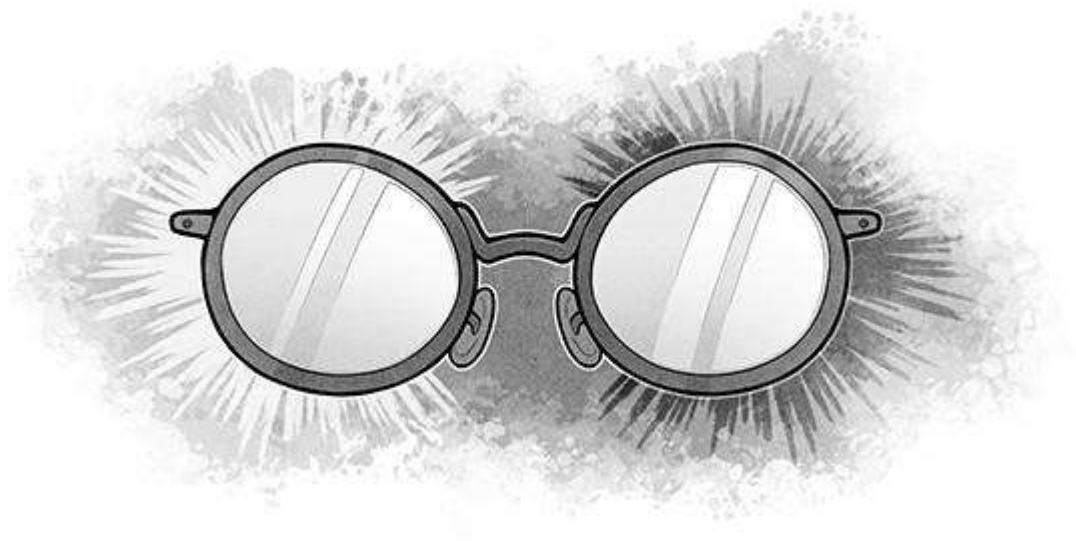
35. Esta sección va incluida en el libro para que, cuando pase un Bibliotecario, podáis pasar a esta página deprisa. Cuando lean por encima de vuestro hombro —como hacen siempre, porque son un incordio—, pareceréis estar leyendo un manual de ciencia sobre el noble perezoso marino lanudo. En consecuencia, acabo de salvaros la vida, así que de verdad deberíais plantearos lo de hacerme ese bocadillo.

36. En realidad, no sé por qué di por sentado que los objetos inanimados no mienten, si este libro ya os ha mentado a vosotros varias veces.

37. Lo que quizás explique por qué no dije nada aquella vez que visité vuestra casa.

Capítulo

Sapo



Quizás hayáis reparado en la extraña numeración que tienen los capítulos de este libro. Pero, claro, también es posible que no os hayáis fijado. Más que nada, porque todos sabemos que no acabáis de ser de los que pillan las espadas al vuelo. Si fueseis listos, estaríais dedicando el tiempo a algo más productivo que leer este libro. Como, por ejemplo, a nadar entre caimanes hambrientos o a comer chinchetas.

Pero, de momento, finjamos que habíais visto los nombres de los capítulos. Así me gusta. Tomad, una galletita.

No, no es una galletita para perros. ¿Qué os hace pensar que os daría una galletita para perros? ¿Solo porque estaban de oferta?

Mientras me precipitaba hacia mi muerte, por lo menos pude tachar «Saltar de un pingüino volador gigante de cristal sin paracaídas» de mi lista de cosas que lograr en la vida.<sup>38</sup>

Por supuesto, todavía no quería tachar «Morir» de mi lista, lo que me dejaba en un punto complicado. Y luego en otro. Y luego en otro. (Porque, como estaba en movimiento, iba pasando de un punto al siguiente, que es lo que ocurre cuando caes a gran velocidad por el aire.)

Por suerte, tuve el tiempo justo para envolverme en la especie de toalla que me había dado mi abuelo. A continuación, me estrellé contra el suelo.

Y reboté.

Veréis, el tejido cristalino puede venir muy bien para no morir. Había salvado a Bastille en numerosas ocasiones, y esa vez me salvó a mí. Me quedé con una tela muy rota, agrietada como el cristal, pero sobreviví. Dif cayó abriendo un surco en el suelo junto a mí, y luego mi abuelo, mi madre y, por último, Draulin. Somos Smedry (bueno, casi todos), por lo que arrojarlos de cabeza al peligro es al mismo tiempo nuestro método primario de ataque y nuestro plan de reserva.

Por encima, Pingüinator se alejó a toda máquina, perseguido por unos cuantos cazas bibliotecarios. Deseé que los pilotos no nos hubieran visto lanzándonos, aunque sabía que era una esperanza muy remota. Habíamos saltado demasiado pronto por culpa de la intromisión de Dif, y la columna de humo que había visto antes nos quedaba aún a varias calles de distancia.

—Bueno, ha sido divertido —dijo el abuelo mientras se levantaba—. ¿Hay algún muerto?

—¿Mi orgullo cuenta? —preguntó Draulin, sacudiéndose el polvo de la ropa.

—No creo —respondió el abuelo—. Eso ya me lo cargué hace años. Dif, te alabo el entusiasmo, pero empujar a mi nieto desde aviones suele ser cosa mía, así que la próxima vez haz el favor de reprimirte hasta que yo dé la orden.

—Lo siento, señor —dijo Dif, con aspecto abatido.

—Muy bien —dijo el abuelo—, ¿alguna sugerencia sobre qué hacemos ahora?

—¿Correr? —propuso Shasta.

—Bueno, ahora mismo no me hace mucha falta el ejercicio porque...

El edificio que teníamos al lado explotó. Unos soldados con pajaritas y chalecos de punto llegaron a la carga por una esquina calle abajo, armados con pistolas.

—Ah —dijo el abuelo—. Así que han visto nuestro aterrizaje precipitado, ¿eh? Qué decepción. Creo que...

—¡Corred! —vociferé, tirando de él mientras todos doblábamos una esquina. Varios Bibliotecarios abrieron fuego, pero logramos salir de su línea de visión.

—Por aquí se va a la Sumoteca —dijo Shasta, dirigiéndose hacia una calle.

—No —dije yo, volviéndome en la dirección opuesta—. Por aquí.

Eché a correr y por suerte los demás me siguieron, aunque Shasta protestando a voces.

Cruzamos un jardincito que había entre dos edificios grandes con mampostería de aspecto antiguo. Las calles de la zona eran amplias, pero estaban desiertas. No vi ni un alma, aparte de los Bibliotecarios que nos perseguían, hasta que topé con un grupo de personas aterrorizadas que se apiñaban en una pequeña tienda para turistas.

Me impresionó ver a gente con ropa normal. Fue un choque entre mi vieja vida y la nueva. De verdad había regresado a las Tierras Silenciadas. A Estados Unidos. Por allí cerca, una puerta rota me dejaba ver el interior de una tienda de alimentación, donde un grupo de gente preocupada miraba el televisor del mostrador. Ralentiqué la marcha.

Dentro, el televisor mostraba a un reportero que sostenía unos papeles, con una imagen borrosa de la zona de Washington en la pantalla que tenía detrás.

—... y nadie conoce la naturaleza de estos invasores, aunque algunos testigos oculares afirman haber visto una tecnología extraña y desconcertante...

Eché a correr de nuevo cuando Draulin pasó junto a mí y me agarró. Cristales rayados, ¿qué debía de pensar de todo aquello la gente normal? ¿Un asalto demencial salido de la nada? ¿Un ejército defensor que nadie reconocía? Los Bibliotecarios gobernaban en secreto.

O habían gobernado. Porque limpiar todo ese embrollo iba a requerir un buen montón de sapos borramemorias. Pensarlo me llevó una sonrisa a

los labios... sonrisa que casi me arrancó de cuajo la explosión de un proyectil de mortero bibliotecario en la calle.

Caí despedido al suelo pero, mientras llegaba una ráfaga de balas de nuestros perseguidores, vi a Draulin acucillada entre los Bibliotecarios y yo, protegiéndose la cara con un brazo y bloqueando el fuego con su vestido y sus guantes de tejido cristalino.

Lo curioso de los Caballeros de Cristalia es que se pasan el día entero quejándose de que los Smedry nos metamos en líos, pero parecen tan atraídos por el peligro como un novelista por los chistes malos.<sup>39</sup>

—¡Tira para allá! —me ordenó Draulin.

Tiré para allá.

—¡Qué emocionante! —exclamó el primo Dif, mirando por encima del hombro mientras lo adelantaba para ponerme de nuevo en cabeza. No parecía tener el menor remordimiento, y eso que si nos habían descubierto era porque nos había obligado a saltar antes de tiempo.

—¿Dónde vamos? —exigió saber Shasta mientras doblábamos una esquina a la carrera, dejando atrás un carrito abandonado lleno de camisetas y banderas en miniatura.

Señalé hacia delante, confiando en acertar con mi corazonada. Había visto algo allí abajo, ¿verdad? ¿Alguien que plantaba cara? Porque si me equivocaba, lo más probable era que estuviéramos todos muertos.

Pero no, sí que había una barricada hecha de muebles de madera, sobre todo escritorios con muchos cajones pequeñitos. Había personas parapetadas a los lados y sobre la barricada, aunque no pude distinguir más detalles.

No importaba. Si combatían, era que estaban de nuestra parte. Guie a los otros hacia la barricada, seguidos por los Bibliotecarios. Solo un poco más y...

Un hombre se puso de pie encima de la barricada. Llevaba pajarita, chaleco de punto y gafas de montura de carey.

Un Bibliotecario.

Trastabillé hasta detenerme.

Un Bibliotecario.



Quienquiera que estuviera plantando cara, si es que en realidad lo había hecho alguien, había caído ante los Bibliotecarios. Por tanto, acababa de situar a mi familia justo entre dos fuerzas enemigas. No había lugar al que huir: la calle estaba bloqueada por la barricada y edificios en llamas a ambos lados.

Todos se detuvieron a mi alrededor, mi abuelo con las lentes preparadas y Draulin empuñando su espada, con su lujoso vestido de noche salpicado de marcas agrietadas de balazos.

Los Bibliotecarios que nos perseguían estaban a punto de alcanzarnos.

—Este —dijo el abuelo con la voz tensa— sería un momento excelente para que volvieran los Talentos, ¿no te parece, Alcatraz? Quedaría muy espectacular.

—No... no sé cómo...

—Inténtalo —dijo el abuelo—. Tú eres el foco de nuestro linaje, chaval. Tienes el Talento en su forma más pura. Por eso fuiste capaz de romperlo.

—Yo no arreglo cosas, abuelo —susurré—. Solo las rompo.

—Inténtalo —repitió.

No sabía ni por dónde empezar. ¿Desromper los Talentos? Habría valido lo mismo que el abuelo me pidiera respirar bajo el agua, contar desde uno hasta yeti o escribir un libro sin reírme de nadie. ¿Cómo había manipulado los Talentos?

Probé a hacer estiramientos y luego a pensar con mucha intensidad. No pasó nada, claro, aunque durante un instante me pareció ver algo. Reflejado en un cristal cercano, el de un escaparate. El cristal me devolvió un reflejo de mí mismo, solo que erróneo. Una versión ensombrecida, traslúcida, de mí.

«La maldición de los incarna —habían escrito en la tumba de Alcatraz I—. Lo que retuerce, lo que corrompe, lo que destruye.»

«El Talento Oscuro.»

Me quedé mirando ese extraño reflejo demasiado tiempo, y me pareció entrever algo más profundo tras él. ¿Una ciudad? ¿Con arquitectura antigua, columnas y mármol? ¿Ardiendo?

Los Bibliotecarios que venían por detrás llegaron a la calle y nos apuntaron con sus pistolas. Estábamos muertos.

De pronto, los Bibliotecarios de la barricada empezaron a disparar a los que nos habían perseguido.

En el tiroteo que siguió, una bala alcanzó el cristal que quedaba del escaparate y lo hizo añicos. Volví de sopetón al presente, lo que fue una pena, ya que si me hubieran disparado allí mismo, el libro podría haber terminado. ¡Así habría podido parar de escribir y salir a comer pizza! Pero al no dejarse matar, mi yo del pasado me obligó a seguir trabajando hoy. ¡Menudo desgraciado!

El abuelo tiró de mí hacia la barricada, y fue entonces cuando vi a una figura familiar alzada sobre ella, una mujer de piel oscura que llevaba una falda de cuero tachonado, un corsé blanco y una larga capa con



libritos abiertos bordados. Tenía puestas unas gafas de montura de carey con cadenita, y sostenía una enorme ametralladora con lanzagranadas incorporado.



Himalaya Smedry, Bibliotecaria buena.

Su marido, mi primo Folsom, nos ayudó a escalar la barricada. Era un hombre moreno y desgarrado, cuyo Talento Smedry era —¿había sido? — bailar pero que muy mal.

Himalaya y algunos otros abrieron fuego de contención.<sup>40</sup>

Apoyé la espalda en la barricada, fuera de peligro, mientras Draulin pasaba sobre ella en último lugar. Era increíble, pero todo nuestro equipo parecía estar a salvo. O al menos tan a salvo como uno podía sentirse rodeado de Bibliotecarios.

Era difícil de distinguir aquel grupo del que nos había perseguido. Ropa parecida y armamento parecido, variado entre el disponible en las Tierras Silenciadas. La única diferencia era el símbolo del libro abierto que algunos llevaban en brazaletes y otros en cintas que les cubrían la frente.

—No es que me queje del oportuno rescate —dijo el abuelo—, pero ¿quiénes sois exactamente?

—¡Bienhechores Bibliotecarios Bicarbonatos! —gritó uno de ellos.

—¿Bicarbonatos? —pregunté.

—¡Es por la aliteración! —exclamó Folsom.

—Pero el bicarbonato no tiene nada que ver con... Mirad, da lo mismo. —Di un abrazo a Folsom—. Me alegro de veros a los dos. Parece que no habéis perdido el tiempo.

La última vez que los había visto estaban decididos a viajar a las Tierras Silenciadas y distribuir folletos entre los Bibliotecarios para que dejaran de ser malvados.

Por lo visto, habían ido un poco más allá de los folletos.

—¡No podíamos dejar que libraras esta batalla tú solo! —exclamó Himalaya, mientras bajaba de la barricada y se apoyaba la ametralladora en el hombro—. Aunque la verdad es que empezaba a preocuparnos que no aparecieras. Te ha costado llegar hasta aquí.

—Te lo advertí, cariño —dijo Folsom—. El señor Leavenworth iba con ellos. Iban a retrasarse seguro.

—Pues tendríamos que haber llegado más tarde nosotros.

—Aun así, se habrían retrasado.

—Pero...

Folsom le dio unas palmaditas en el hombro. Himalaya era Smedry por vía matrimonial y tenía un Talento como resultado de la unión, pero no dejaba de ser una Bibliotecaria. Quería que las cosas tuvieran sentido. No podía reprochárselo.

—Pero ¿cómo habéis sabido que vendría a Washington D.C.? —pregunté—. ¿Tenéis espías en los Reinos Libres?

—¿Espías? —dijo Folsom—. Alcatraz, apareciste en nuestra ventana.

Parpadeé.

—¿Ah, sí?

—Ya lo creo —dijo Himalaya—. Tu cara estaba en todos los cristales del país, tanto mágicos como ordinarios.

Mi abuelo bufó; no le gustaba que se llamara mágico al cristal silimático. Era un motivo habitual de discordia entre los habitantes de los Reinos Libres y los de las Tierras Silenciadas. A mí no me preocupaba demasiado: estaba aturdido por completo.

¿Cómo había llegado tan lejos mi declaración? ¿A todos los cristales del país?

Pues claro que los Bibliotecarios se habían asustado. ¿Cómo iban a encubrir eso? ¿Y de dónde había sacado yo tanto poder? Nunca antes había hecho algo que estuviera a ese nivel.

—Estamos dispuestos a luchar —dijo otra Bibliotecaria—. Hemos superado un programa de seiscientos quince pasos. Ya no somos nada malvados en absoluto.

—Menos Frank —matizó otro Bibliotecario, señalando hacia un Bibliotecario musculoso con las gafas envueltas en cinta adhesiva y dos espadas inmensas amarradas a la espalda—. Él todavía es un poco malvado.

—Me gusta comerme todos los ositos de gominola rojos y verdes del paquete —confesó Frank con un marcado acento alemán—, y dejo todos los naranjas.

—Eres un monstruo —dije, horrorizado.

—Es una compulsión —respondió Frank—. No me juzgues.

El tiroteo cesó, lo que fue un alivio. Los Bibliotecarios que habían estado combatiendo sobre la barricada descendieron.

—Se han retirado —informó una—, pero estando aquí los Smedry, seguro que vuelven... o bombardean nuestra posición y ya está.

—En ese caso, no podemos quedarnos —dijo Himalaya—. Señor Smedry, ¿qué plan tiene?

Eché una mirada a mi abuelo.

—Esta es tu infiltración, chaval —me dijo—. Estás tú al mando.

—Tenemos que entrar en la Sumoteca —dije—, e impedir que mi padre llegue a los archivos secretos del idioma olvidado que hay en su interior.

—¿Y eso detendrá a los bibliodenitas? —preguntó Himalaya—. ¿Y salvará el mundo?

—Estooo... —dije, lanzando miradas a Shasta y a mi abuelo—. ¿Lo hará?

—¡Quién sabe! —exclamó el abuelo—. Pero dejar suelta a una manada entera de los Smedry en el baluarte bibliotecario más importante del planeta no puede convenir mucho a su organización, ¿no os parece?

Himalaya y Folsom se miraron y luego los dos se encogieron de hombros.

—A mí me basta con eso —afirmó Himalaya—. Tengo como unos cien efectivos equipados con armas y folletos.

—¿Folletos? —pregunté—. ¿No es demasiado tarde para eso?

—¡Qué va! —dijo Folsom—. Son Bibliotecarios. Tienen que leerse cualquier cosa que les eches.

—Es una compulsión —dijo el Bibliotecario alemán—. No nos juzgues.

—Puede que no crean lo que dice en los folletos —añadió Folsom—, pero la táctica a veces sirve para distraerlos. —Sonrió—. A mí me gusta envolver granadas con ellos.

—Mis tropas —dijo Himalaya— lanzarán un asalto y abrirán brecha en la Sumoteca. Podéis escabulliros al interior durante la batalla.

—¿Con un intento de entrada como tapadera para nuestro intento de entrada? —preguntó Draulin—. La vez anterior ha funcionado de maravilla.

—Es la mejor oportunidad que tendremos —dije yo—. Vamos a hacerlo, Himalaya. Pero ¿cómo vas a abrir brecha en la Sumoteca?

—Bueno —respondió Himalaya—, yo ya había estado en la Sumoteca, y es más grande de lo que cree la gente. Se extiende a lo largo de cavernas por todo el centro de la ciudad. —Señaló al suelo con su ametralladora—. Así que, si quieres entrar, lo único que tienes que hacer es ir hacia abajo.

—Muy buena noticia —dijo Shasta—, pero es imposible. Las cavernas estarán escudadas. No podemos ponernos a cavar hasta encontrar una entrada, ¿verdad? ¿Cómo pretendes que nos abramos paso?

—Supongo —dijo Himalaya, con una mirada fugaz a Folsom— que podríamos usar a los Smedry para lo que mejor hacen.

—¿Atraer el fuego? —pregunté.

—¿Atraer el fuego? —preguntó el abuelo.

—¿Atraer el fuego? —preguntó Dif.41

—¿Cómo lo habéis adivinado? —dijo Himalaya con una sonrisa—. Plantaos ahí fuera sin ninguna cobertura, por favor.

38. ¿Cómo es que en vuestra lista de cosas por hacer no aparece?

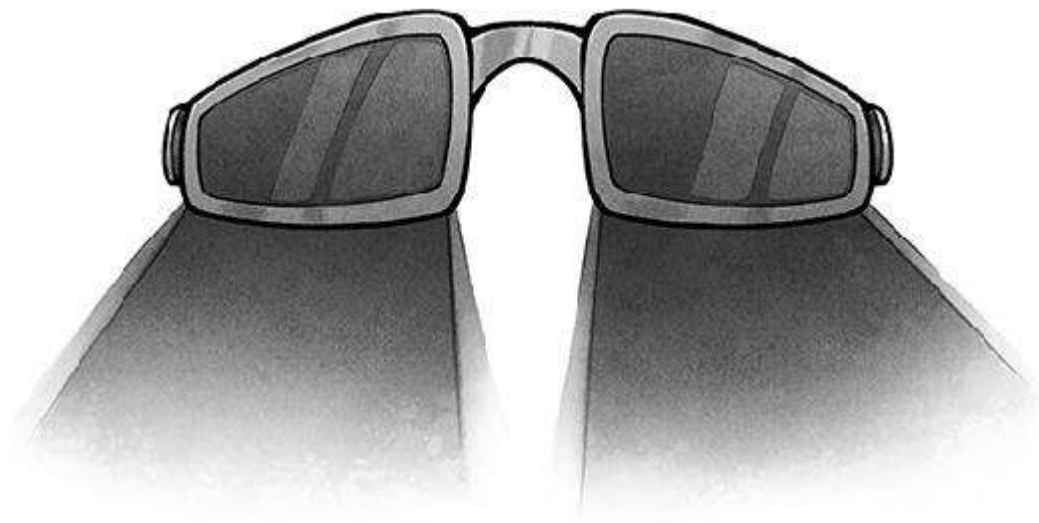
39. Y, en efecto, parecía capaz de adraular cuando había peligro mucho antes que yo.

40. Que es una forma rebuscada de referirse a disparar como locos y confiar en que el enemigo se asuste y se esconda en vez de devolver el fuego.

41. Y también atraer el fuego.

## Capítulo

Alice



Considero mi deber educaros e instrueros a vosotros, mis lectores, sobre la vida y sus misterios. Supongo que esto tiene una importancia particular para mis lectores de las Tierras Silenciadas, que sufren la opresión de los Bibliotecarios. ¡Muchas veces ni siquiera saben qué no saben!<sup>42</sup>

A veces lo que os enseño está relacionado con la tecnología, los Reinos Libres y los secretos de los Bibliotecarios. Pero a veces es importante impartiros lecciones generales sobre la vida. Estoy seguro de que

apreciáis toda la reflexión, el trabajo y la investigación necesarios para transmitir las enseñanzas más significativas, informativas y, sobre todo, importantes que puedo.

La gente es repugnante.

No, en serio. Damos bastante asco. Siempre estamos sorbiéndonos los mocos, tosiendo, trasegando, eructando, haciendo ruido al comer cosas y..., bueno, y haciendo otros ruidos. Lo hacemos tanto que, para no explotar de pura vergüenza por todo ello, hemos desarrollado la capacidad de pasar por alto esos sonidos no verbales. ¿Queréis que os lo demuestre? Probad el siguiente experimento, totalmente científico y relevante. Acercaos a hurtadillas a alguien<sup>43</sup> que esté despierto pero haciendo algo en silencio, como leer un libro o armar una bomba apocalíptica.

Cuando estéis cerca, apuntad todos los ruidos raros que hagan. Adelante. Redactad una lista y luego entregádsela cuando se den cuenta de que estáis a su lado. Os garantizo que os agradecerán muchísimo que les abráis los oídos a todos los sonidos raros que emiten.

Hasta puede que hagan algunos ruiditos nuevos mientras leen la lista.

Dif, mi abuelo y yo salimos al centro de la calle abierta, a una distancia segura de la barricada.

Yo dejé escapar un ruidito ahogado.

Dif dio un chillido de emoción y empezó a correr en círculos. Obedeciendo a regañadientes las órdenes de Himalaya, yo me puse a dar saltitos y hacer aspavientos.

El abuelo gruñó, mirando hacia arriba. Por encima de nosotros, un escuadrón de cazas bibliotecarios surcó el cielo y no dudé ni por un momento de que nos hubieran visto.

Desde la barricada, Himalaya nos levantó el pulgar.

Reconozco que ahí tuve un instante de duda. Quizá fuese mi naturaleza cobarde haciéndose notar. O quizá fuese la idea de que me hicieran estallar, que es una forma de morir que figura en mi lista de formas de morir que no parecen demasiado divertidas.<sup>44</sup>

Durante un segundo, dudé de Himalaya. ¿Y si en realidad era una Bibliotecaria malvada? ¿Y si aquello era su forma de ocuparse de los Smedry de una vez por todas?

Los aviones rugieron sobre nuestras cabezas, de vuelta hacia nosotros.

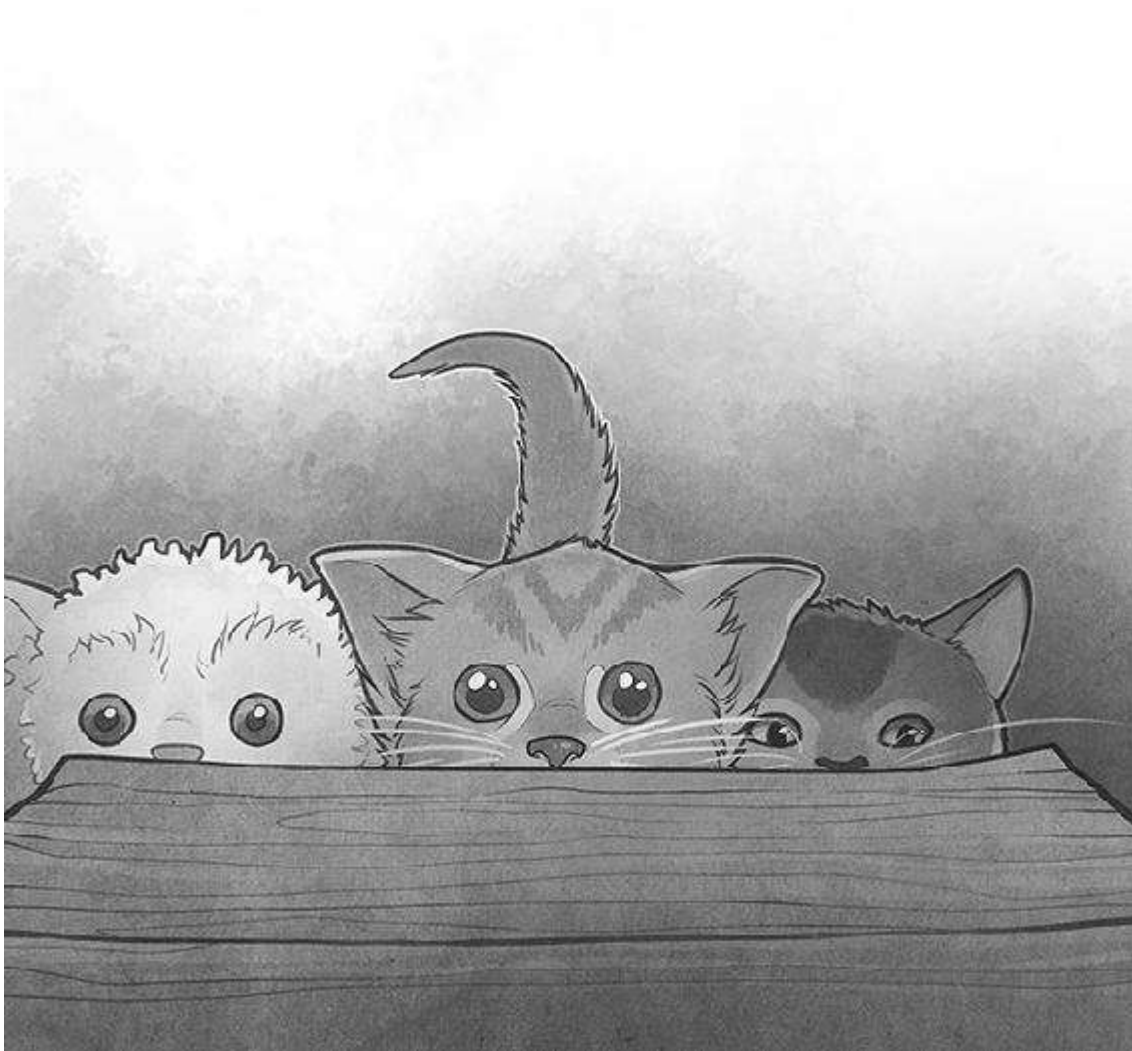
Se me escapó un gemido.

Cayeron las bombas. Y no eran bombas normales y corrientes, no. Estaban cubiertas de pinchos, pintadas de negro puro y, si me hubiera fijado bien en ellas en vez de montar en pánico, habría visto que tenían pintadas con plantilla las letras: DESTRUYESMEDRY 2300. Himalaya nos había contado que las había visto sujetas bajo las alas de los aviones; eran armas diseñadas con el objetivo concreto de aniquilar a miembros de mi familia. Provocarían una explosión concentrada en el punto de impacto, creando una columna de lava que se alzaría treinta metros en el aire y excavaría la misma distancia hacia abajo.





Veréis, a esas alturas, los Bibliotecarios ya habían comprendido que no había exageración posible a la hora de atacar a mi familia. Igual que, tras descubrir que hay una plaga de gatitos en el sótano, decides que lo mejor es quemar tu casa entera, los Bibliotecarios consideran que merece la pena provocar algún daño colateral<sup>45</sup> si así se puede matar a un Smedry.



Lo cual, por supuesto, era justo lo que queríamos. Esas bombas abrirían un bonito túnel que llegaría hasta la Sumoteca. Solo había un problema: el detallito de que nosotros estábamos entre las bombas y el suelo.

Di un gáñido mientras las bombas caían zumbando hacia nosotros y los Bibliotecarios de Himalaya vitoreaban. El primo Dif se sonó la nariz. (Me doy cuenta de que esto último no tiene gran relevancia, pero en los capítulos sin un diálogo como debe ser, te fijas en toda clase de cosas

nuevas.) Me aparté, raspando las suelas contra el asfalto y preguntándome cómo íbamos a salir de aquella.

Por delante de nosotros, Himalaya nos apremió por gestos. ¿Estaba vocalizando la palabra «Talentos»?

Himalaya no sabía que los Talentos no funcionaban.

Eso... iba a ser un problema.

Mientras nos apartábamos, mi abuelo dio un grito triunfal y sacó las lentes de soplatormentas que había usado para controlar el viento cuando estábamos volando. Sonrió de oreja a oreja y apuntó con las lentes directamente hacia el suelo que teníamos debajo.

Las lentes liberaron una ráfaga de viento. Una ráfaga de viento fuerte de verdad, porque, como me había comentado, yo no era el único cuya capacidad con las lentes estaba experimentando una extraña mejoría. El viento rugió embravecido, nos levantó a todos por los aires y nos dispersó como hojas secas.

Las bombas impactaron.

—¡Aj! —hizo Alcatraz.

«¡PUM!», hicieron las bombas.

—Gromf —hizo Draulin.

—¡Yuju! —hizo el abuelo.

—Uf —hizo mi madre.

«Caporch»,<sup>46</sup> hizo el suelo.

«Mu», hace la vaca.

—¡Yaaaaaaa! —hizo Dif.

—¡Aj! —hizo Alcatraz de nuevo.

Rugir, hizo el viento.

«Toc», hizo mi cabeza cuando me empotré contra un edificio. Yo hice un quejido bastante particular mientras caía hacia el suelo.

Al poco tiempo, Draulin me dio un golpecito con la puntera de su bota.

—¿Ummm? —preguntó.

—Ble —dije yo, sintiendo náuseas. La ráfaga de viento del abuelo me había sacado de la zona de peligro, pero no había sido una experiencia agradable. Di un gemido mientras me levantaba con dificultades.

Delante de mí, la calle había quedado reducida a un enorme agujero ardiente. Las zonas quemadas del suelo crepitaban con suavidad. Ante mis ojos, los revolucionarios de Himalaya salieron de debajo de los escombros o aparecieron de detrás de cascotes, muchos de ellos con aspecto aturdido. Vieron el agujero abierto y soltaron una sucesión de gritos de batalla, sacaron panfletos con una mano y ametralladoras con la otra y se abalanzaron hacia el hueco.

Mi equipo, algo desmejorado, se reunió al borde del agujero. Todos parecíamos vivos, aunque con Draulin nunca se puede estar seguro: supuse que en cualquier momento podía convertirse en un tronco al que se le daba muy bien fingir.

Señalé el agujero.

—¿Ummm?

—¡Ummm! —replicó Dif, masticando una chocolatina que había encontrado entre los escombros.

El equipo de Himalaya tendió cuerdas y empezó a bajar por el agujero haciendo rápel. Me incliné para mirar la negrura. Era un hueco profundo, muy profundo. Me pareció ver unos pequeños fuegos al fondo. ¿Serían los restos de la explosión?

Respiré hondo, así una cuerda —a una con nudos que habían tendido para mí— e inicié el descenso al interior de la Sumoteca.

42. Será porque no leen las suficientes notas a pie de página.

43. A ser posible, un hermano.

44. La lista también incluye: decapitación, ahogamiento, caer a mi muerte, que me disparen, que me apuñalen, que me devore un ñu, que me devore un tú, que me devore cualquier otra cosa, ataque al corazón, cáncer, muerte por innecesarios cortes hechos por hojas de papel, arder, pelota-de-golf-en-la-caritis, caer en el sol, pillar la malaria, ser obligado a ver demasiados culebrones coreanos, accidente de coche, que me atropelle un autobús, disentería, tuberculosis, consunción (por si son cosas distintas), que me caiga un piano encima, que me obliguen a retroceder en el tiempo y matar por accidente a mi propio tatarabuelo en una escena de acción de ciencia ficción llena de clichés, que me aporree un tyrannosaurus rex asilvestrado, mordedura de serpiente, S.M.S.A. (Síndrome de Muerte Súbita de Alcatraz), la peste, asfixia, combustión espontánea, zombis, ser pisoteado por un elefante, comer rocas, que me coman unos rocs, que me dé un puñetazo The Rock,

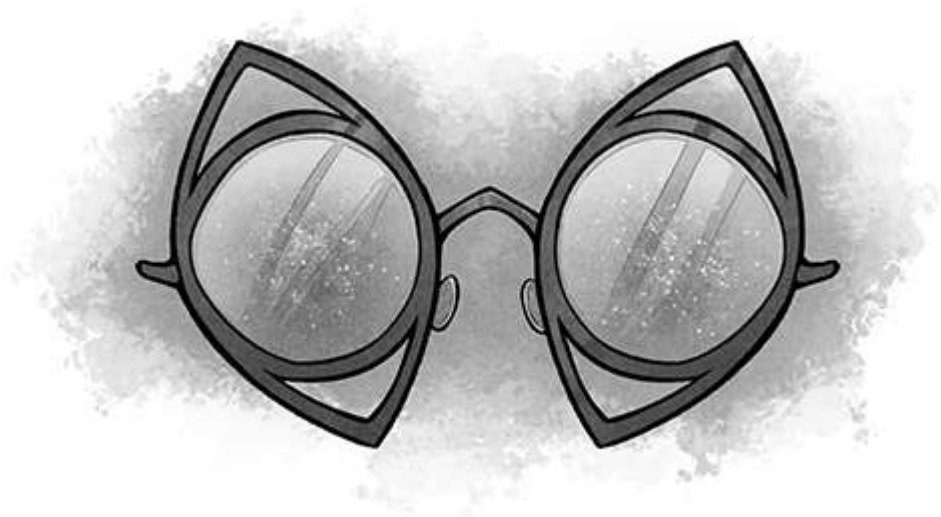
invasión mongol, invasión alienígena, invasión de gatitos, envenenamiento, fuego compacto, flechazo en la rodilla, descuartizamiento, ahorcamiento, crucifixión, ser arrojado a los leones, cualquier otra cosa que los romanos hicieran a la gente, comer demasiados caramelos de menta, entrar en Harlem llevando una camiseta de Kinesiología Kañera Karl de desafortunado diseño, navajazo, avería de ascensor, muerte térmica del universo, almendras, electrocución, apnea, correr con tijeras en la mano, ingesta accidental de granada, que me absorba un tornado, Avada Kedavra, pleito de J. K. Rowling, golpe de stick de golf, golpe de golf de Sting, que me caiga un relámpago, envenenamiento por radiación, apoplejía, detonación accidental de osito de peluche, ser devorado por una novela rosa animada, arenas movedizas, diarrea explosiva, en realidad cualquier tipo de diarrea, parásitos, diabetes, hipertensión, turbobabosas a cohete, beber pintura, zapatos de cemento, muerte por hormigas, muerte por migas, sarampión, inanición, deshidratación, accidente en el circo y meter sin querer algo de metal en el microondas.

45. Léase: «Hacer arder hasta los cimientos el centro de nuestra ciudad por accidente.»

46. Que es el sonido del hormigón al partirse por la explosión de una bomba, por supuesto.

Capítulo

Marco



Llegados a este punto, es necesario que os haga una advertencia.

Os he hecho muchas trampas, queridos lectores, durante la producción de estos cinco volúmenes de mi autografía. He sido engañoso, manipulador y hasta mezquino. Pero todo ha sido en nombre de un bien mayor: demostraros, en vez de limitarme a deciros, la clase de persona que soy.

El final está aquí. Esta vez no me estoy andando con chorradas. Esta vez no estoy mintiendo. No llegaréis al final de este libro y me

encontraréis diciendo: «¡Que no, que era broma!» Esto es el final de verdad.

Y al final, fracaso.

Sé lo que os está pasando ahora mismo por la cabeza. Esperáis algún tipo de giro o redención. Estáis pensando: «¡Venga, Alcatraz, con la de veces que nos has engañado hasta ahora! No pienso picar de nuevo. Sé que al final, en realidad, triunfarás.»<sup>47</sup>

Me he esforzado mucho para inculcaros esa actitud. En realidad, comprendí desde el principio que la mejor forma de engañaros era ser sincero. Sería lo último que esperaríais de mí.

Quiero que os sintáis como yo, que conozcáis el mismo dolor que yo.

Es la única manera.

Descendí hacia el fondo agarrado a la cuerda. En esos momentos, caer treinta metros a un agujero humeante en pleno centro de Washington D.C. no estaba en mi lista de formas poco divertidas de morir, pero la añadí a toda prisa por si acaso. Esa y que me arrancaran la cabellera, ya que parece que se me debió de olvidar por algún motivo.

Cuanto más descendía, más lejano veía el cielo. Me sentí como si estuviera abandonando un dominio, el mundo racional, y pasando a otro. A un mundo más oscuro y profundo. Una vez más, estaba entrando en una biblioteca.

Las tropas de Himalaya y Folsom se me habían adelantado y ya empezaba a oír disparos abajo. Al cabo de un tiempo, crucé un anillo de cristal fundido y acero, el escudo que había mencionado Shasta, y entré en la Sumoteca.

Era como una pequeña ciudad establecida en una caverna enorme de techo muy alto. Me quedé colgando por encima de todo ello, anonadado. Me sonaba un poco haber aprendido que Washington estaba construida en terreno pantanoso, o algo por el estilo, pero saltaba a la vista que había sido una mentira de los Bibliotecarios, teniendo en cuenta aquella majestuosa caverna de piedra. Era tan amplia que no alcanzaba a discernir sus límites, demasiado oscuros.

La luz llegaba de miles de antorchas encendidas abajo, algunas en manos de Bibliotecarios, a los que distinguía como figuritas bajo mis pies. El suelo de la caverna estaba atestado de edificios, la mayoría bajos, aunque también había algunos bastante altos. Los edificios, negros y sombríos, daban sensación de antigüedad y se alzaban a distintos niveles dentro de la caverna, algunos en afloramientos rocosos que brotaban del irregular piso cavernoso y otros levantados en el centro de fosas, bajo los primeros.

Entre los edificios, la caverna estaba surcada de oscuras pasarelas de piedra. Las recorrían Bibliotecarios vestidos con túnicas negras y rojas, como las que podrían encontrarse en las rebajas de La Vieja Sastrería y Cuchillería del Sectario Malvado™.

Cerca del centro de la caverna, a poca distancia de mí, se elevaba sobre los demás edificios una alta torre. Era como un pico de roca natural, rodeado de escalones y con la cima plana.

Estaba coronado por lo que parecía ser una pila de libros viejos.

No le presté demasiada atención y seguí descendiendo mientras mi abuelo y Draulin bajaban por sus propias cuerdas. Al fondo, las tropas de Himalaya aseguraron nuestro punto de descenso. Muchos Bibliotecarios que había cerca se dispersaron, metiéndose en los numerosos edificios pequeños que había en la caverna. Mientras seguía bajando, pude ver el interior de uno de ellos: sus paredes estaban cubiertas por completo de estanterías.

Archivos. Tenía sentido. Sin embargo, mientras me acercaba al suelo pude echar un vistazo al interior de unos pocos más, y me sorprendió ver que algunos no contenían libros, sino estantes y más estantes repletos de los objetos más extraños. Pilas de monedas, montones de envoltorios y hasta hileras de cajas de cereales. Por lo visto, los Bibliotecarios coleccionaban cualquier cosa que estuviera escrita. Quizás estuvieran intentando recrear Alejandría.

Por fin llegué al fondo, con los brazos doloridos. Draulin se dejó caer a mi lado, con aspecto de no haber sufrido lo más mínimo por el trabajoso descenso. Dichosos caballeros. El abuelo llegó al suelo, se limpió la frente y alzó los brazos para ayudar al primo Dif, que sudaba a mares y parecía algo desmejorado después de haber descendido por la misma cuerda que el abuelo.

Habíamos caído dentro de la zona asegurada por los revolucionarios Bibliotecarios de Himalaya, que seguían disparando a los soldados de los Bibliotecarios. Había otros Bibliotecarios buenos arrojando folletos para distraer a los Bibliotecarios con pinta de sectarios que aún quedaban en el interior de nuestro perímetro, buscando cobertura.

Corrí hacia Himalaya, dejando atrás a un grupo de Bibliotecarios sectarios que se habían aglomerado justo más allá de la puerta de un archivo pequeño. Parecían absortos por completo en un puñado de folletos.

—¿Deberían preocuparnos? —pregunté.

—¡Qué va! —dijo Himalaya—. He cambiado una palabra en cada folleto, así que se pasarán como mínimo una hora discutiendo sobre la forma correcta de archivarlos.

—Buen truco —dije, metiéndome unos cuantos folletos en el bolsillo. Su título era: Cómo dejar de ser malvado en 615 cómodos pasos.

Los Bibliotecarios se disparaban entre ellos, convirtiendo la zona en una tormenta de balazos. Al bajar por el agujero, a un rebelde se le había caído un cajón, que se había abierto y había desperdigado ositos de peluche de varios colores por el suelo. Corrí hacia ellos, cogí tres, tiré de sus pasadores y los arrojé uno tras otro a grupos de soldados enemigos que se aproximaban.

Draulin me lanzó otro osito y los dos nos refugiamos junto a mi abuelo, que estaba agachado contra una pared.

—Vaya, vaya —dijo el abuelo, mirando por toda la inmensa caverna—. Este sitio es tal cual me lo imaginaba. ¡Por la noble Novik! He soñado con colarme en este sitio, ya lo creo que sí.

—¿Por qué no están resistiéndose mucho? —pregunté mientras señalaba hacia los Bibliotecarios. Los malvados no parecían estar lanzando una ofensiva tan potente como habría esperado. Sí, había disparos dirigidos a nosotros, pero no explosiones.

—No querrán dañar las cosas que guardan en esos archivos —dijo Draulin.

—Podría ayudar a que Himalaya y su equipo resistan aquí —sugerí.

—Sí, pero ¿cuánto tiempo? —dijo Draulin—. Señor Smedry, ¿ha pensado en cómo vamos a encontrar a alguien entre todo esto?

Asentí con la cabeza, de acuerdo con ella. El lugar era enorme y mi padre estaba dentro, en alguna parte. En teoría. Al respecto, solo contábamos con la palabra de mi madre. Había usado las lentes de buscaverdades para confirmar que no nos mentía, pero ¿y si estaba equivocada y punto?

—Tenemos que hablar con tu madre —dijo el abuelo, con cara de inquietud. Quizás estuviera planteándose las mismas dudas que yo—. Decía que podía encontrarlo.

—Metámonos en un archivo de estos —dije, arrojando mi osito—. Será más fácil charlar si no tenemos que preocuparnos por las balas.

Draulin hizo señas a Dif y Shasta, que acababan de llegar al suelo, y los cinco entramos en una de las salas de archivo con aspecto de casetas. En su interior había estantes y más estantes llenos de libros de recetas, temblando unos contra otros en respuesta al tiroteo de fuera. Quedaban unos cuantos sectarios con túnica acurrucados en una esquina, pero les tiré un puñado de folletos para tenerlos entretenidos.



—Muy bien —dijo mi abuelo—. Shasta, ¿qué propones?

—Encontrar a Attica —respondió mi madre—. Estoy segura de que está aquí. Este lugar acoge una de las mayores colecciones de textos en el idioma olvidado que existen. Cuando averiguemos dónde los guardan los Bibliotecarios, lo encontraremos a él.

—Seguro que no es tan sencillo —objeté—. Porque a ver, ¿cómo ha podido colarse aquí? ¿Cómo está evitando que lo atrapen los Bibliotecarios? Si ha entrado aquí, estará escondido. ¿Por qué crees que podremos encontrarlo nosotros, si ellos no pueden?

Draulin me miró y parpadeó, como estupefacta.

—¿Qué pasa? —le solté.

—Mis disculpas, señor Smedry —respondió ella—, pero esa última frase se ha limitado a ser un análisis sólido y razonable de nuestra situación, lleno de observaciones meditadas e importantes preguntas que deben plantearse.

¿Eso era... un cumplido?

—Claro que —añadió Draulin— una persona responsable de verdad se habría planteado esas preguntas antes de dirigir un precipitado asalto a la fortaleza bibliotecaria más poderosa del mundo. Poquito a poquito, supongo.

—Muy bien —dijo el abuelo, dando una palmada—. ¿Y dónde están los textos en el idioma olvidado?

Mi madre se encogió de hombros.

—Ni idea. Es la primera vez que entro aquí, ¿recuerdas?

Una explosión sacudió el suelo. Eché un vistazo al exterior. Por desgracia, parecía que los Bibliotecarios habían enviado a unos enormes Animados —hechos por completo de viejas novelas rosas— a atacar nuestra posición. Los ositos de peluche arrojadizos redujeron a los tres primeros a remolinos de trozos de papel, pero seguían llegando más, y los Animados tienen una resistencia sorprendente.

—¡Himalaya! —llamé.

La Bibliotecaria se tomó un momento para hacer una pose dramática con la capa y la falda de cuero antes de venir con nosotros. Codearse con los Smedry afecta así a la gente.

—Tendríais que iros a hacer lo vuestro —nos dijo, echándose al hombro su ametralladora—. Nos meteremos en un edificio de estos y

contendremos a los bibliodenitas. Supongo que podremos resistir bastante, pero, si esto se prolonga demasiado, sacaré a mi gente de aquí. Tenemos arpones con ganchos, así que deberíamos poder retirarnos por el mismo agujero.

—Tenemos que encontrar el archivo de textos en el idioma olvidado —dije—. ¿Alguna idea?

—Esos no los he visitado nunca —respondió ella—, pero estamos hablando de Bibliotecarios. Tiene que haber un catálogo aquí dentro, en alguna parte. Si lo encontráis, os llevará a la caverna con los libros en el idioma olvidado.

—Vale —dije—, pues habrá que... Un momento, ¿has dicho «la caverna con los libros»? Te refieres a un edificio dentro de esta caverna, ¿verdad?

Himalaya se echó a reír.

—¿Crees que esto es toda la Sumoteca? ¡Ya os había dicho que se extiende por debajo de todo el centro! Esto no es más que el núcleo. Hay cavernas a centenares, aunque la mayoría son pequeñas, apenas con el espacio justo para un subapartado, excavadas a lo largo de pasillos en la roca.

Genial.

—¿Qué dices, abuelo?

—¡Que nos separemos, por supuesto! —exclamó el abuelo—. En dos grupos, buscaremos el doble de rápido.

Buscar el doble de rápido en el infinito tampoco parecía que fuera a llevarnos a ninguna parte, pero aun así era probable que el abuelo tuviera razón.

—Me llevo a Dif y a Draulin —dije, después de considerar mis opciones con reparo.

—Yo voy contigo —dijo mi madre.

—Pero...

—He venido aquí a petición tuya, no de él —insistió Shasta, con una mirada torva a mi abuelo—. Que Leavenworth vaya por la derecha. Su grupo será solo de dos personas, así que lo lógico es que una sea la caballero.

—Bien —dije yo.

—Señor Smedry —dijo Draulin—, recomiendo encarecidamente no separarme de la prisionera.

—¿Y eso? —preguntó Shasta—. ¿No quieres dejar pasar otra oportunidad de darme un puñetazo rastrero?

El suelo tembló por otra explosión.

—Tenéis que decidir deprisa —dijo Himalaya.

Miré a los ojos de mi madre y luego saqué unos anteojos del bolsillo. Sabía que algunas de las palabras que había dicho hasta el momento no eran mentiras, pero puede haber mucha diferencia entre «objetivo» y «cierto».

De modo que alcé la lente de formador.

Mi abuelo cogió aire de golpe. Pasó la mirada de mí a Shasta. Mi madre no dijo nada, y di por hecho que conocía el propósito exacto de aquellas gafas. Sabía muchas cosas. Ojo, no tantas como fingía saber, pero como fingía saberlo absolutamente todo, «no tantas» seguía abarcando mucho terreno.

Apunté con la lente y le insuflé un fogonazo de energía. Como se me había advertido, empecé a brillar. La cúpula de la ciudad, diseñada para impedir que se utilizaran las lentes para cambiar de apariencia y entrar, hizo visible mi uso de una lente, en ese caso la que me permitía ver el corazón, el alma y los deseos más íntimos de alguien.

El alma de mi madre se abrió a mí.

El aire que la rodeaba pareció distorsionarse y evaporarse con una llamarada, revelando la imagen de ella en el centro de una calle pacífica. A un lado tenía una hilera de casas de barrio residencial, todas con cristales relucientes y juguetes en los porches.

En la acera de enfrente se alzaban castillos de los Reinos Libres, con brillantes portones y preciosos enladrillados. Todo parecía en una paz absoluta salvo mi madre, que estaba de pie ante una corta columna de piedra. Le llegaba por la cintura y mi madre estaba apoyada contra la parte de arriba, apretando con las manos para contener una negrura que parecía querer aflorar por el centro de la columna.

Mi madre se afanaba empujando, manteniendo la oscuridad en el interior. De pronto oí una vocecilla que lloraba y vi cómo mi madre volvía la cabeza, para mirar a un niño que había en la calle con los brazos abiertos. Mi madre extendió una mano hacia él y la negrura empezó a burbujear en torno a la otra.

Dio la espalda al niño y siguió trabajando, esforzándose para mantener contenida aquella oscuridad. Y durante todo el tiempo, el niño lloraba y llamaba a su madre...

Me di cuenta de que estaba temblando, así que me quité de un tirón la lente del ojo y di media vuelta. El condenado trasto no funcionaba. ¿No debía enseñarme lo que más anhelaba mi madre en la vida? Estaba claro que aquello era cómo se veía a sí misma, como una figura solitaria intentando defender la paz, contener la destrucción y la oscuridad a costa de todo lo demás.

Pero eso no era más que su opinión. No era la única que estaba luchando. Ni mucho menos. Podría haber dedicado un poco de tiempo de su vida a alguien más. ¿De qué servía salvar el mundo si dejabas abandonados a quienes más te necesitaban?

Shasta no me ofreció ningún consuelo. Se quedó cruzada de brazos, evitando mi mirada, como si la incomodara.

Guardé la lente con un gesto brusco. En fin, el abuelo ya había dicho que podía ser impredecible. Al menos, tenía mi respuesta. La lente me había mostrado un mundo en paz, con las Tierras Silenciadas y los Reinos Libres conviviendo. Era lo que quería mi madre, un mundo en el que todos pudieran vivir sus vidas sin más. Seguía siendo terrible, ya que, en su visión, los Bibliotecarios seguían gobernando medio mundo.

Pero al menos sabía cuáles eran sus prioridades.

El abuelo vino hacia mí y me rodeó los hombros con un brazo. Yo era más alto que él. No siempre había sido así, ¿verdad?

—Fuerza, chaval —dijo con suavidad.

El edificio volvió a sacudirse. Ah, es verdad. En plena batalla. Colándonos en la Sumoteca. Compuse el semblante, asentí a mi abuelo y me volví hacia los demás.

—Yo iré con mi madre y el primo Dif —dije—. El abuelo Smedry irá con Draulin.

—¡Vamos para allá, pues! —exclamó el abuelo—. ¡Hacia la victoria!, chaval, ¿tienes todavía ese teléfono que te ha dado Kaz?

Hurgué en el bolsillo y lo saqué. Se había roto en alguna de mis distintas caídas.

—Vaya, hombre —dijo el abuelo, y me entregó el suyo.

—Pero entonces tú...

—Nosotros podemos comunicarnos usando lentes de mensajero — afirmó el abuelo—. Esto es por si necesitas llamar a Kaz o a la fuerza rebelde que se queda aquí.

Cogió otro teléfono, el de Draulin, y se lo lanzó a Himalaya.

—¿Y si necesitas hablar tú con ellos? —pregunté.

—Te llamaré a ti —repuso el abuelo en tono despreocupado.

—Informadme cuando sepáis qué tal van las cosas —pidió Himalaya, mientras se guardaba el móvil en el bolsillo—. Y yo os avisaré si mi gente tiene que retirarse.

Se alejó a zancadas para seguir dirigiendo a su grupo.

—¡Allá vamos, pues! —dijo el abuelo.

—¿Tú por la derecha y yo por la izquierda? —le pregunté.

—Claro —dijo, y entonces me agarró por el antebrazo, me miró a los ojos e inclinó una vez la cabeza—. Buena suerte, chaval.

Hablo mucho de mi abuelo en estos libros. Explico lo impulsivo que era, hasta rayando en la imprudencia. Me extiendo sobre la fuerza de su personalidad y sus actos, en ocasiones muy extravagantes.

Pero no toméis por tonto a mi abuelo. Quizá su sabiduría no resultase evidente, pero jamás he conocido a un hombre mejor que él. Mientras me deseaba buena suerte, y mientras lo miraba a los ojos, caí en la cuenta de una cosa.

—Estás asustado —le dije.

—Aterrorizado —respondió—. Los Bibliotecarios no van a quedarse quietecitos tras su derrota en Mokia. Las facciones más belicosas propondrán con más fuerza una invasión a gran escala de los Reinos Libres, y tu anuncio les dará el impulso que necesitan.

—Entonces, ¿la hemos cagado? —pregunté.

—Claro que no —dijo el abuelo—. Hemos luchado, hemos bregado y hemos hecho lo que teníamos que hacer. Pero, en fin...

—¿Qué?

—Dejémoslo en que tenía un motivo para estar tan a favor de apostar el todo por el todo con una infiltración en la Sumoteca. Cruzamos aguas peligrosas, chaval. Aguas pero que muy peligrosas. Y sin Talentos para

mantenernos con vida. —Respiró hondo—. Pero tú no agaches la cabeza. Todavía podemos salir de esta. Tú encuentra a tu padre y deténlo.

Fruncí el ceño.

—Hablas como si tú no fueras a buscarlo.

—Ah, no, tendré los ojos abiertos, claro —respondió él—. Pero quizá mi camino me lleve en otra dirección. ¡Estamos en la Sumoteca! ¡Por el balante Bear! Nunca voy a tener una oportunidad mejor de sabotear la infraestructura bibliotecaria. Yo voy a destruir este lugar, si puedo. ¡Vamos a tocarles la carita!

—¡Abuelo! Esto es la historia de la familia.

—Bueno, pues cuando escribas esta parte, que todo el mundo crea que dije algo más digno, en plan: «¡Enviémoslos al infierno!»

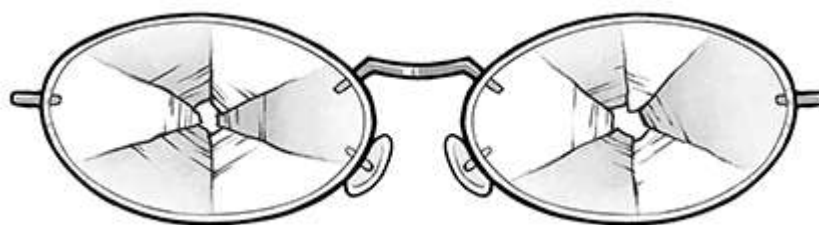
Mirándome con los ojos brillantes, me dio un apretón en el brazo.

Y con eso, nos separamos.

47. Y quienes no estéis pensando eso, estáis pensando: «¡Eh, eso no es lo que estaba pensando!» ¿Lo veis? Tengo unos poderes telepáticos que no veas.

## Capítulo

Melissa



Bueno, ese último capítulo ha salido un poco engreído, ¿verdad? La culpa es de la ausencia relativa de notas al pie.<sup>48</sup> En recompensa por haber sido buenos chicos / chicas / robots y haberos leído todo ese galimatías, voy a explicaros los nombres de los capítulos. Para que luego no digáis que nunca os doy nada.<sup>49</sup>

Veréis, los capítulos tienen los nombres que tienen para llamar la atención sobre un problema cada vez más acuciante en la literatura: la falta de respeto por los capítulos y sus propios deseos individuales. ¿Qué os parecería a vosotros si, en vez de tener nombre, os asignaran un número basado en vuestro orden de creación? ¿Qué diríais si, en lugar de Samantha, Didyeridú o cualesquiera que sean los nombres ridículos que se usen hoy en día en las Tierras Silenciadas, os hubieran llamado «Engendro Humano Número Ciento Ocho Mil Catorce Millones, Cuatrocientos Ochenta Mil Dos»?

Sospecho que no os haría gracia. Pues a los capítulos tampoco se la hace. Nunca se les permite ser ellos mismos, ¿sabéis? Siempre son

«Capítulo Uno», o «Capítulo Veintisiete», o «Pero Bueno, ¿Cuándo Va A Terminar Esta Idiotéz De Libro?».

Para resaltar este problema, he permitido que los capítulos se pongan el nombre que quieran. (Todos menos el capítulo Cuatro; me planté cuando insistió en que quería cambiar la efe por una te.)

Salí lanzado al meollo del tiroteo, seguido de cerca por Dif y Shasta. La fuerza de Bibliotecarios buenos había retrocedido casi hasta el edificio donde habíamos mantenido nuestra conferencia improvisada. Habían tenido bajas; la batalla era real. No entraré en detalles sangrientos, pero no era bonito.

Furioso, saqué la lente de llenavergüenza y apunté con ella a un grupo de monstruosos Animados que se aproximaba. Empecé a brillar y la lente escupió un rayo de energía.

Fallé y mi rayo alcanzó el suelo de piedra de la caverna.

«¡Ay, porras! ¡Soy la peor zona de suelo que ha existido jamás! Esa persona de ahí acaba de hacerse daño en el dedo del pie por culpa de un trozo de roca irregular que tengo. ¡Y no me han fregado bien! Van a mancharse los pies cuando caminen sobre mí, y...»

¡Pum!

«Tampoco está mal», pensé mientras caían flotando trocitos de papel en llamas, en los que había escritas descripciones de corsés. Una parte de mí estaba admirada. Bastille las había pasado canutas al enfrentarse a una de esas criaturas, y yo acababa de derribar a todo un grupo. Fallaba algo muy gordo con mis poderes de oculantista. O sea, fallaba para bien, sí, pero la lente que me guardé en el bolsillo estaba tan caliente que en ella se podría haber freído un huevo.<sup>50</sup>

La explosión que había provocado armó tal revuelo que mi equipo pudo escabullirse del campo de batalla por un callejón que había entre dos edificios de archivos.

—¡Bueno, primo! —dijo Dif—. ¿Qué clase de alocadas y bombásticas diabluras tienes planeadas para nosotros?

—Encontrar a mi padre —respondí, mirando a Shasta—. ¿De dónde sacamos un catálogo de este lugar?

—Esa información la tendrán solo los Bibliotecarios más importantes —respondió ella—. Si esta se parece a otras bibliotecas de alto nivel, llevarán encima una cosa llamada autenticador. Les dará acceso a las salas importantes y probablemente también incluya un plano y copias de los catálogos locales.



—Entonces, tenemos que robar un trasto de esos —dije, frotándome la barbilla—. O convencer a un Bibliotecario de que nos lleve donde queremos ir.

—¡Eso, eso! —exclamó Dif—. Y de camino haremos alguna tontería muy inesperada, ¿verdad? ¡Y luego, más adelante, de pronto resultará que tenía todo el sentido del mundo!

¿Por qué lo había incluido en mi equipo, que no me acuerdo?

—¿Los Bibliotecarios inferiores no necesitarán el catálogo? —pregunté mientras avanzábamos por el callejón—. ¿Cómo saben dónde tienen que ir si no?

—Los Bibliotecarios inferiores —dijo mi madre— están asignados a un edificio pequeño de estos y se pasan la vida entera trabajando en él, añadiendo objetos nuevos cuando se los llevan y diseñando nuevos métodos de ordenación cuando no tienen nada mejor que hacer. No van a conocer el catálogo completo de la Sumoteca, porque es algo sagrado que está muy por encima de ellos. Y me extrañaría mucho que llevaran autenticadores que nos abran puertas cerradas.

Me estremecí, pensando en lo que sería pasar toda la vida atrapado en una sala pequeña, lejos del sol, haciendo un trabajo insignificante y repetitivo. Sería... bueno, sería como cualquier otro empleo, supongo.<sup>51</sup> Pero la verdad es que las túnicas molaban mucho.

Túnicas...

Al final del callejón, doblé la esquina y llevé a los demás al interior de otra sala de archivos. Esa estaba llena de estantes y más estantes de las cartas con las reglas impresas que vienen en las barajas. No estaban las cartas de jugar, ojo. Solo las de las reglas.

Aquel lugar era más raro que un mamífero doméstico verde de la especie *canis lupus*.<sup>52</sup>

Dentro había un puñado de Bibliotecarios sectarios con túnicas. En vez de encogerse en un rincón, aquellos estaban trasladando fajos de cartas con toda la calma del mundo y sosteniendo cada una de ellas frente a la llama de una vela para inspeccionarla.

—Catalogan las cartas según sus pequeñas variaciones en translucidez —nos explicó mi madre—. Es la escala Rayuela-Vindaloo.

Fui hacia los Bibliotecarios y me puse mis lentes de oculantista, para darme un aspecto tan amenazador como pudiera.

—Damas y caballeros, voy a necesitar que todos los presentes se quiten la ropa.

Los Bibliotecarios siguieron trabajando, pero el primo Dif se encogió de hombros y empezó a desabotonarse la camisa.

—Tú no —le dije.

—Pero de tus palabras se deduce que...

—Ejem —dije en voz más alta, sacando mi lente de llenavergüenza y dando un paso hacia los Bibliotecarios que trabajaban—. ¡No me obliguéis a usar esto!

Apenas me dedicaron una mirada fugaz.

—Son archivistas, Alcatraz —dijo mi madre, adelantándose por un lado—. Estás haciendo las amenazas incorrectas; a esta gente le preocupa poco su seguridad personal.

Cogió una carta de reglas de una mesa y la acercó a una vela.

—¡No! —gritó una Bibliotecaria—. ¡Solo se imprimieron un millón setecientas mil sesenta y tres iguales que esa! ¡Es irremplazable!

—Además —añadió otro—, esa tiene una manchita en la parte izquierda. ¡Es un error de imprenta!

—Túnicas —dijo mi madre—. En el suelo. Ya.

Obedecieron a toda prisa. Bajo las túnicas oscuras, llevaban ropa sorprendentemente normal: pantalones de vestir, blusas o polos. Elegante pero informal. De repente, imaginé cómo debía de ser la vida de esos Bibliotecarios, que por lo demás eran gente normal y corriente de las Tierras Silenciadas. Por las mañanas, darían un beso a sus parejas y cogerían el coche para ir a trabajar en un búnker subterráneo secreto, donde se dedicarían a ordenar naipes todo el día para una secta de Bibliotecarios malvados.

Nos pusimos las túnicas por encima de la ropa.

—Oye —me dijo una Bibliotecaria—, tú me suenas de algo. ¿Eres de la sección siete, Guardianes de la Norma?

Resultaba perturbador que la Bibliotecaria fuese una jovencita, no mucho mayor que yo. Siempre había visualizado a los Bibliotecarios como gente supervieja. De treinta y tantos o así.

Seguí a lo mío mientras la chica me inspeccionaba. Quizá mi cara supusiera un problema, ya que más o menos había aparecido en todas las superficies de cristal del mundo.<sup>53</sup>

—¡Ya lo tengo! —dijo la chica bibliotecaria—. Nos conocimos en el baile y quema de infieles de las Navidades del año pasado, ¿verdad?

La miré y ella se dio golpecitos con el dedo en la barbilla, hasta que de pronto palideció.

—Oh —dijo, y entonces pareció comprender por qué queríamos robarles la ropa—. ¡Oh!

Mi madre le atizó un buen golpe. Le dio un puñetazo en la cocorota que la dejó inconsciente. Eso por fin hizo que los demás Bibliotecarios empezaran a preocuparse por su seguridad y salieron por pies, para esconderse detrás de las estanterías.



—¡Madre! —exclamé.

Shasta se encogió de hombros.

—Más vale prevenir. Vámonos.

En

realidad, no podía quejarme —a fin de cuentas, estábamos en guerra—, pero seguía pareciéndome poco apropiado. La chica bibliotecaria era, a grandes rasgos, una civil.

La túnica que me había puesto no era de mi talla, pero daba igual porque a los Bibliotecarios tampoco les venían bien. Cuando salimos de la sala, estábamos disfrazados de rechupete.<sup>54</sup>

De vuelta en la caverna principal, nos escabullimos con las cabezas gachas, haciéndonos pasar por Bibliotecarios que huían del tiroteo. El grupo de Himalaya se había retirado al interior de un edificio y luchaban con ahínco, aislados y atrapados. ¿Cómo podrían escapar? ¿Se convertirían en nuevas víctimas de la imprudencia de los Smedry?

Quizá fuese la forma en que el primo Dif avanzaba a saltitos, ansioso por seguir con la infiltración, pero de pronto nos vi como debían de vernos los demás. Siempre metiéndonos en jaleos, armando gresca y luego escapando solo porque nuestros Talentos nos salvaban la vida. Normal que Draulin protestara tanto.

Cruzamos la caverna principal de la Sumoteca sin levantar las cabezas. Era un lugar de lo más enrevesado, con pasillos de piedra que se elevaban por el aire y formaban puentes que envolvían los edificios de archivos más pequeños. Todo daba sensación de natural, como si la piedra hubiera crecido así por casualidad, aunque el resultado general era demasiado impresionante para ser producto del puro azar. (Un poco como mi ego.)

—Entonces, tenemos que encontrar a un Bibliotecario de alto nivel —susurré a mi madre. Cuidé muy bien de que no se me levantara la capucha de la cara, para que nadie más pudiera identificarme.

—Parece nuestra mejor opción.

—Tendría que ser fácil.

—¿Lo ves claro?

—Lo veo claro.

—Yo no lo veo.

—¡Yo os veo a vosotros!

Los dos nos quedamos mirando a Dif.

—Es verdad que os veo —dijo Dif, taciturno, mientras cruzábamos el arco de un puente de piedra que nos llevaba más al fondo de la caverna. A mi derecha, aquella torre ahusada, la que había visto al descender desde la calle, se alzaba hacia el techo. Tuve un escalofrío al verla y aparté la mirada.

Cuando nos aproximamos a la pared exterior de la caverna, empecé a ver los túneles laterales que había mencionado Himalaya. Eran amplios y grandiosos, excavados en la roca a partir de la caverna principal. Por ellos entraban y salían Bibliotecarios como hormiguitas: muchos parecían seguir con sus trabajos habituales a pesar de la batalla.

Tenía la corazonada de que debíamos salir de la caverna principal. Allí había demasiados peones haciendo trabajos normales. Si queríamos encontrar a Bibliotecarios como Blackburn o La Que No Puede Ser Nombrada, tendríamos que buscar las zonas más exclusivas. A las personas importantes no les gusta que las obliguen a relacionarse con sus inferiores.<sup>55</sup>

Me desvié hacia un túnel lateral. Mi madre dio un bufido, ya que acababa de volverse en el sentido opuesto.

—Debería dirigir yo la marcha —me dijo—. Tú no sabes dónde vas.

—Ni tú tampoco. Has dicho que era la primera vez que estabas aquí.

—Conozco la arquitectura general bibliotecaria.

—Entonces, ¿dónde tenemos que buscar?

—Aquí dentro no encontraremos a ningún oculantista oscuro ni a Guardianes de la Norma de alto rango —dijo mi madre—. Tendremos que buscar en sitios más aislados, más exclusivos.

—Como, por ejemplo, ese túnel al que os estaba llevando.

Mi madre hizo rechinar los dientes.

—Qué insufrible eres —dijo.

—Con lo requetebién que me criaste. ¿Quién iba a decirlo?

—Eso ha estado fuera de lugar —me dijo—. Si vamos a trabajar juntos, salta a la vista que tenemos que establecer algunas normas de mínimos.

—La edad mínima para votar está fijada en los dieciocho años, según la Vigésimosexta Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos —afirmó Dif, levantando un dedo.

—No esa clase de normas de mínimos<sup>56</sup> —le espetó mi madre. Me miró—. Norma número uno: tú y yo tenemos que al menos intentar llevarnos bien.

—Puedo aceptarla —repuse.

—Bien. Norma número dos: no obedezco tus órdenes.

—Genial —dije—. Por la presente, te ordeno que sigas respirando.

—Qué inaguantable eres.

—¿Eso era la norma número tres?

—Era una ley universal —replicó mi madre, echando los brazos al aire—. Puedes meterte conmigo por cómo hice de madre si quieres, ¡pero al menos intenté evitar que ocurriera esto!

—Y yo lamento mucho decepcionarte<sup>57</sup> —dije.

—Pero —siguió diciendo mi madre— tampoco sé qué me esperaba, con el padre que tienes.

—Dudo de que haya heredado mis características más molestas al cien por cien de él.

—Ten por seguro que lo hiciste, pequeño chucho cruzado.

—¿Cruzado? ¿Como diciendo que soy un mestizo de linaje cuestionable?

Mi madre se quedó callada un momento.

—Vaya. Sí.

—Norma número tres —dije—: es insensato difamar el linaje de alguien cuando, en realidad, figuras en dicho linaje.

—Puedo aceptarla —respondió mi madre—. Norma número cuatro: jamás se puede mencionar esta conversación, ni mi parte en ella, a nadie.

—Norma número cinco —añadió Dif—: aunque creas que no va a hacer ruido, nunca hay que soltar ventosidades en una estancia ocupada, a no ser que la música esté muy alta. Más vale prevenir.

Los dos lo fulminamos con la mirada.

—Eso lo aprendí por las malas, creedme.

—Norma número seis... —empecé a decir.

—Espera, no —interrumpió mi madre—. No pensarás dejar eso como la norma oficial número cinco, ¿verdad?

—¿Crees que es falsa?

—No, creo que es grosera.<sup>58</sup>

—Norma número seis —repetí—, decido yo cómo trataremos con mi padre. No tú.

—Esa no puedo aceptarla —dijo ella.

—Pues te aguantas. No es negociable. Si no estás de acuerdo, nos separamos aquí mismo. Dif y yo nos vamos por nuestro camino y tú por el tuyo. No voy a llevarte con él a menos que estés dispuesta a dejarme que decida yo.

—¡Soy su esposa!

—Eres su enemiga.

—Y tú también.

—No —dije, mientras girábamos entre dos pequeños edificios de archivos—. Yo aún no tengo decidido lo que soy. Como mínimo, quiero hablar con él antes de que hagamos nada.

—No puedo creerme que...

Dejó la frase sin acabar y nos detuvimos en seco. Habíamos caminado hacia el túnel que salía de un lado de la cámara, pero no habíamos reparado en el enorme grupo de soldados bibliotecarios que estaba reuniéndose allí, contra la pared de la caverna.

Una Bibliotecaria alta y vestida con túnica negra nos miró. Su cabello negro como el carbón estaba trenzado bajo una redecilla plateada, y llevaba unas gafas de cerca de color rojo tenue en una cadenita al cuello. Lentes de oculantista.

La mujer sacaba al menos un palmo de altura hasta a los soldados. Piel clara. Pentalabios negro. Sí, mi madre tenía razón. Los Bibliotecarios de alto rango se reconocían a simple vista. Y lo peor era que, por lo visto, aquella era una oculantista oscura.

—Ah —nos dijo—, vosotros tres estáis sin nada que hacer. Armaos. Tenemos trabajo.

La miramos boquiabiertos.

—¡Ya! —chilló, señalando hacia una hilera de espadas apoyadas contra la pared.

Seguimos sus indicaciones de mala gana. En aquel momento, huir desobedeciendo una orden solo habría servido para echarnos encima a aquella compañía de cincuenta soldados.

—Norma número siete —murmuró el primo Dif mientras escogíamos armas—: de ahora en adelante, vosotros dos dedicaréis un poco menos de tiempo a discutir sobre quién está al mando y, ¡cristales rayados!, un poco más a fijaros en dónde nos metéis.

48. Es lo que pasa cuando te fundes toda la asignación de notas a pie de página en la primera del capítulo.

49. Bueno, está claro que ya os he dado un montón de cosas en el transcurso de esta serie. Aunque reconozco que en su mayoría tienen que haber sido dolores de cabeza.

50. «¡A la basura vas! Eso te pasa por decirme tu fecha de caducidad.»

51. Excepto el de domador de leones. Pero dicen que, en ese trabajo, las horas extras son mortíferas.

52. Os ha tocado buscarlo, ¿a que sí?

53. Ups.

54. La única forma de hacerlo mejor habría sido ponernos tetinas enormes alrededor de las cabezas, círculos de goma en las cinturas y cadenitas para no caernos del cuello.

55. Por ejemplo, ¿cuántas veces me habéis visto haciendo giras de presentación de mis libros?

56. Estáis siguiendo los juegos de palabras de este capítulo, ¿verdad? Bueno, si los veis demasiado rebuscados, tranquilos, que enseguida llega un chiste de pedos.

57. ¡Menuda porquería de arte! ¡No es nada artístico! Y encima, su madre huele mal.

58. ¡Como si eso nos hubiera parado los pies alguna vez! ¿Recordáis el incidente del culo del cerdo?



## Capítulo

13



Quizás os hayáis dado cuenta de cómo he usado los dobles sentidos en el capítulo anterior. En fin, lo he señalado con bastante descaro, así que, si no habéis reparado en ello, es porque no estáis prestando atención al leer. En ese caso, lo que tendríais que hacer es ¡¡¡¡¡AAAAHHHHH!!!!

¿Despiertos? ¡Bien! Ahora, los que estuvierais echando una cabezadita volvéis a leer ese último capítulo, porque me ha quedado muy ocurrente y no quiero que os perdáis nada de él. Los demás, hablemos de juegos de palabras.<sup>59</sup>

Los juegos de palabras son sin, duda, la forma más elevada de genialidad literaria que puede exhibir un escritor. Shakespeare usaba juegos de palabras, y todos sabemos que fue el inventor de todas las palabras del idioma inglés. Antes de ese tío, todos hablábamos francés o

algo por el estilo. (Lo que debió de ser muy inconveniente, ya que Francia, en realidad, no existe y su idioma tampoco. Así que supongo que todas las interacciones personales se parecerían a lo que visteis en el capítulo Alice. Podéis empezar a temblar horrorizados por la idea.)

Sí. De modo que voy a daros un consejo. Usad muchos juegos de palabras al escribir. Así, cuando alguien se queje de que vuestro libro no es lo bastante divertido —o de que divague demasiado con explicaciones sin sentido de técnicas de escritura—, podéis señalar vuestro uso brillante de los juegos de palabras para demostrar sin lugar a dudas que ese alguien es un salvaje ignorante, o lo que sea.

Nos alineamos con los demás Bibliotecarios, llevando con torpeza espadas y escudos, aún disfrazados con nuestras túnicas. No éramos los únicos Bibliotecarios inferiores que había reclutado la oculantista oscura: más de la mitad del grupo reunido llevaba túnicas que les quedaban mal, como las nuestras, y eran la clase de personas que parecían más dotadas para corregir usos indebidos de la coma que para extirpar los bazos de sus enemigos.

Eché un vistazo a mi madre, que había quedado dos filas por detrás de mí cuando los Bibliotecarios formaron en hileras para marchar. Con gesto nervioso, se bajó más la capucha sobre la cara; yo no era el único reconocible de nuestro equipo. Dif hizo lo mismo a mi derecha, pero él no me preocupaba demasiado.

¿Tenía alguna lente que pudiera sacarnos del apuro? Busqué a tientas en el bolsillo de mi túnica, donde había guardado las lentes. Tenía la lente de formador, las de buscaverdades, las de mensajero, las básicas de oculantista y la de llenavergüenza. No iba a ponerme a hacer estallar a gente con la última —demasiado pringoso— y las demás serían demasiado lentas para darles un uso práctico. Usar cualquiera me delataría ante la oculantista oscura.

«No es lo único que podría delatarme», comprendí inquieto, con otro vistazo a las gafas de cerca que colgaban del cuello de la mujer. Si se las ponía, me vería brillar como un árbol de Navidad: los oculantistas eran fáciles de detectar por otro que los buscara.

Todos mis instintos me urgían a apartarme de esa fila militar y esconderme. Pero al mismo tiempo, su líder era justo lo que estaba buscando, una Bibliotecaria de alto nivel con acceso a las partes más ocultas de la Sumoteca. Lo que de verdad tenía que hacer era encontrar la forma de inhabilitar a los otros cincuenta soldados, capturar a esa mujer e intimidarla para que me proporcionara el catálogo.

Claro que sí. Pan comido.<sup>60</sup>

Por suerte, la oculantista oscura no se puso sus lentes. Nos llevó a paso rápido por el perímetro de la caverna principal. Eché una mirada a Dif, o mejor dicho hacia donde creía que estaría Dif. En su lugar había un

Bibliotecario joven y desmañado, con espinillas y aparato en los dientes. Pero también capté el atisbo de una túnica oscura de Bibliotecario ondeando al agacharse a un lado del edificio junto al que pasábamos.

¡Cristales rayados! ¿Cómo había podido escapar Dif tan fácilmente? ¿Había sido cosa de su Talento? Quizá lo fuera, porque no recordaba haberlo visto marcharse. Seguía teniendo una conversación pendiente con él sobre eso. Si lograba descubrir por qué el suyo funcionaba y los demás no, quizá pudiera deducir qué estaba ocurriendo.

Volví a mirar a mi madre, que seguía en su hilera. Estaba observando a la oculantista oscura, quizá pensando, como yo, que sería una oportunidad perfecta para obtener la información que necesitábamos. Eso suponiendo que no acabáramos obteniendo también un montón de «ser asesinados» que no necesitábamos.

«Soy una túnica terrible —susurró una voz en mi mente—. Tengo manchas de mostaza por todo el dobladillo. Ay, ¿por qué no puedo estar más limpia?»

Me quedé con el pan abierto. Hurgué en el bolsillo, buscando mi lente de llenavergüenza.

—Vamos a luchar contra esos intrusos —dijo el chico que andaba a mi lado.

Di un respingo. ¿Me lo había dicho a mí? Pero no. Un Bibliotecario más mayor que iba a su lado respondió:

—Me extrañaría. Tengo un primo que trabaja de archivero en las latas de refresco, allí cerca, y dice que están apartando a los subalternos. Algo de que están usando armas literalógicas.

Busqué a la desesperada en el bolsillo mientras mi túnica seguía hablando, cada vez en tono más avergonzado. Rocé una lente con los dedos y noté que estaba tibia.

Se había activado sin una orden directa mía. Yo aún no brillaba, lo que era bueno, pero que la lente estuviera actuando por iniciativa propia se me antojó un precedente muy, muy malo.

—Seguro que nos han reclutado para hacer algo con esos fantasmas —dijo una mujer que teníamos detrás.

—¿Los... fantasmas? —preguntó el chico a mi lado—. Eso son solo rumores.

—No —replicó la mujer, y pareció regocijarse al decirlo—. ¿No te has enterado? Están enviando a iniciados a la Biblioteca de Alejandría y

obligándolos a renunciar a sus almas a cambio de libros, y luego los traen de vuelta para interrogarlos sobre lo que han aprendido.

—No es eso —dijo el Bibliotecario más mayor—. Han encontrado una forma de transportar hasta aquí los libros de la Biblioteca de Alejandría sin que nadie tenga que tocarlos. Usan algún tipo de robot al que los viejos espectros no saben reaccionar, así que no pueden castigar a nadie por trasladar los volúmenes.

Estupendo. ¿Bibliotecarios muertos vivientes, también? La infiltración se ponía cada vez más divertida. Me enlacé con mi lente de llenavergüenza y la obligué, con esfuerzo, a apagarse. Mientras se enfriaba al tacto, dejé escapar un suspiro de alivio. Que mi túnica explotara de repente conmigo dentro parecía una forma muy ridícula de morir. La añadí a mi lista.<sup>61</sup>

—Pues... —dijo el Bibliotecario joven, y tragó saliva—. Pues yo sigo pensando que los fantasmas son rumores.

—Piensa lo que quieras, Kyle —repuso la mujer—. Sigue siendo verdad. —Alguien me dio un golpecito en la espalda—. Y tú, ¿qué? ¿Tú los has visto?

—Estooo —dije—, no, no los he visto.

El joven miró hacia mí y escrutó en el interior de mi capucha, que se me había subido un poco.

—Oye, tú no eres de nuestro sector.

—La oculantista los ha reclutado a él y a su equipo en el último momento —explicó el Bibliotecario mayor—. ¿Qué sois, correcartas?

—Sí —dije—, pero soy nuevo.

—¿Hicimos la formación juntos? —preguntó el joven—. Me sueñas de algo...

Ay, pan.

—Sí, exacto —dije yo—. Pero me sacaron enseguida del entrenamiento.

—Yo...

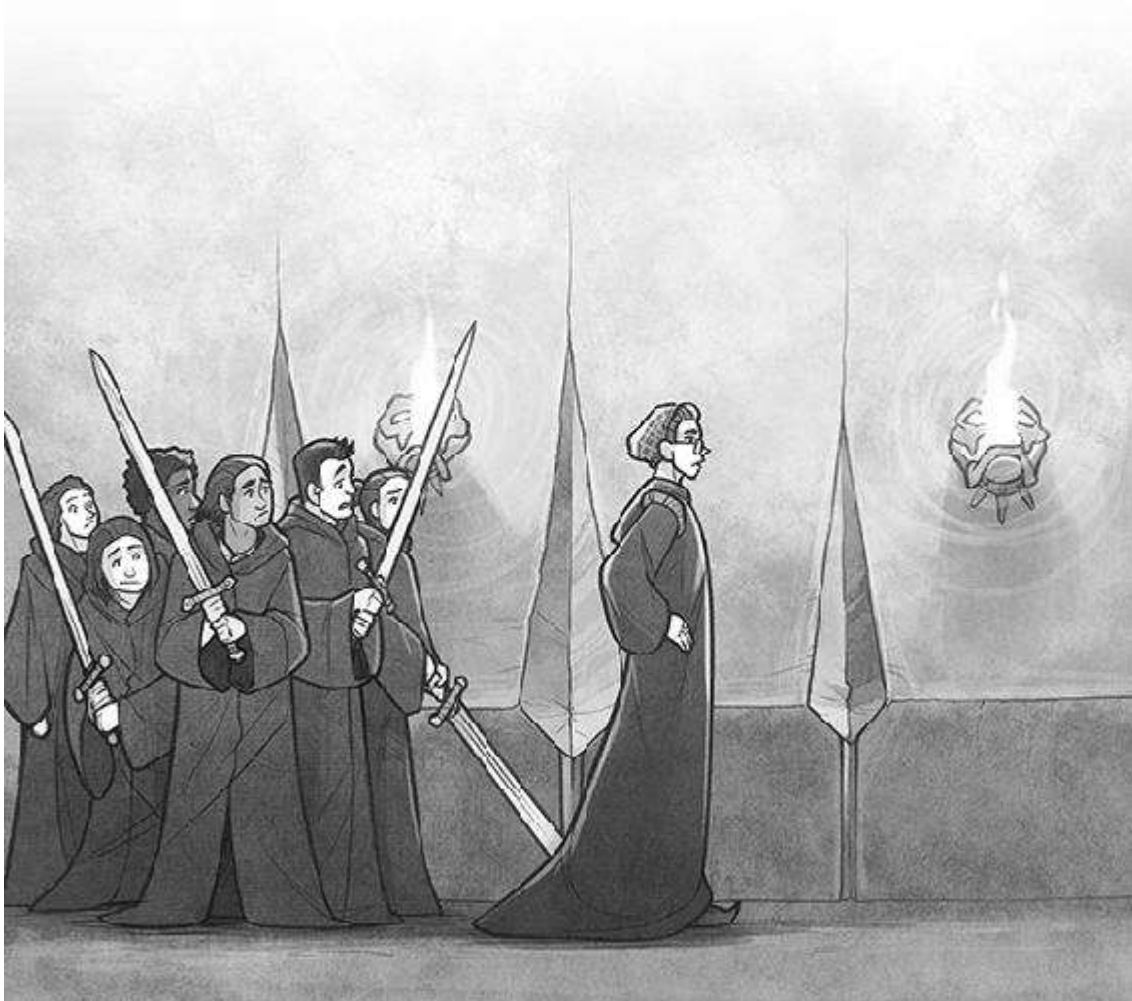
—¡Eh, los de atrás! —restalló la oculantista desde el frente—. ¡Silencio!

Nunca me había alegrado tanto de que me hiciera callar una Bibliotecaria. Por suerte, el joven pareció perder el interés en interrogarme, y fue poniéndose más nervioso a medida que nos

aproximábamos a un gran túnel lateral que, a diferencia de los demás, no tenía un flujo de gente entrando y saliendo.

Nuestro grupo se detuvo frente a la boca de ese túnel: un profundo pasadizo de roca, de cuyas paredes pendían lámparas de aceite con forma de calaveras de metal, con el fuego saliendo de sus bocas puestas del revés. Miraban al techo con las cuencas muy abiertas, como almas condenadas.<sup>62</sup>

Desde el fondo del pasadizo llegaban unos rugidos bestiales. Unos chirridos terribles, además de golpes y el raspar de garras contra la roca. Los Bibliotecarios que tenía alrededor se apiñaron más y sacaron las espadas. Había unos cuantos soldados bibliotecarios de verdad, hombres corpulentos con pajaritas, tirantes y camisas de cuadros que a duras penas contenían sus músculos, apostados justo al principio del túnel. No daba la impresión de que fuese a tocarles a ellos luchar contra lo que hubiera allí dentro: la oculantista oscura se había molestado en reunir tropas prescindibles.



—Muy bien, escuchad —nos dijo la mujer—. Necesitamos que hagáis un pequeño reconocimiento. Entrad, descubrid qué está haciendo ese ruido y volved para informar. Si me traéis su cabeza, tendréis una generosa recompensa.

Un nuevo rugido resonó por la galería, como el de un león al ser devorado por un dragón en un concierto de heavy metal. Pasara lo que pasase, no podía permitir que me enviaran a combatir contra aquello. Tenía que hablar con la oculantista oscura, sacarle la información que quería y...

Y di un salto al ver que se había puesto sus lentes de oculantista para mirar por el oscuro túnel. Al parecer no vio nada interesante con las lentes, porque se volvió con pereza hacia nosotros para darnos otra orden.

Se quedó a media palabra al verme.

Me bajé la capucha para ocultar mi rostro, salí de mi hilera y fui a zancadas hacia la cabecera del grupo, arrastrando el espadón que me habían asignado como arma. Mi madre había avanzado unas filas para mirar por el pasadizo y, cuando pasé junto a ella, me susurró:

—¿Qué estás haciendo?

No había tiempo para explicaciones. Me planté delante de la oculantista oscura.

—Creo que estoy donde no debo —dije, poniendo la voz rasposa—. Estaba cumpliendo otra misión cuando me has incorporado a tu equipo. He venido por curiosidad, pero ahora tengo que irme.

—¿Quién eres? —preguntó la mujer con brusquedad—. Demasiado poder... ¿Qué lentes posees?

Extendió el brazo hacia mi capucha, para quitármela y revelar mi cara.

Se lo aparté de un manotazo.

—Vengo con la autoridad del Escriba en persona, y domino un poder que va más allá de tu imaginación. No necesitas saber más.

—¡El Escriba! —exclamó la mujer. Miró a sus otras tropas y luego me susurró—: ¡Por fin! ¿Dónde había ido el señor Biblioden? ¿Qué ha estado haciendo? ¡Hace semanas que no lo vemos en la Sumoteca!

Tragué saliva. Así que era cierto. Alguien que afirmaba ser Biblioden había estado en la Sumoteca dirigiendo a los Bibliotecarios.

—No es asunto tuyo —siseé.

—Te ha otorgado lentes —dijo la mujer—. ¿Su plan está funcionando, entonces?

—Eh... —¿Qué plan?—. Claro. Por supuesto que sí. Mi formidable poder debería ser demostración suficiente para alguien como tú.

Me analizó, entornando los ojos, y confié en que la penumbra le impidiera verme el rostro bajo la capucha.

—Formidable poder —repitió ella.

—Ajá.

—¿Eres más fuerte que yo?

—Sin la menor duda.

—Excelente —dijo la Bibliotecaria, señalando al interior del túnel—. Entonces podrás ocuparte tú de eso.

—Estooo... No, estoy ocupado. Muchas cosas que hacer. Necesito que me indiques dónde queda la sala de textos en el idioma...

—Si de verdad te envía el Escriba —me interrumpió—, conocerás el Código de Irrevocabilidad.

—Eh...

—Y dado que hay textos valiosos en esa dirección —siguió diciendo ella—, sabrás que tienes que ir a rescatarlos. Por el juramento que hacemos todos los Bibliotecarios.

Puso cara de satisfecha, como si hubiera ganado la discusión. Cosa que posiblemente fuese cierta, del mismo modo en que es fácil ganar cualquier discusión que se tenga con un cacho de carbón. No tenía ni la menor idea de lo que significaba lo que me acababa de decir.

Pero no parecía quedarme mucha elección.

Resonó otro rugido por el túnel.

—Tengo que llegar a los textos en el idioma olvidado —insistí, obstinado.

—Yo te llevaré —respondió la Bibliotecaria—, cuando se haya anulado la amenaza inmediata. —Dio un paso atrás y se volvió hacia sus tropas—:

Por lo visto, tenemos un voluntario para afrontar el peligro en solitario. Qué pena que los demás no vayáis a poder participar.

—Vaya —dijo un Bibliotecario en tono de decepción—. ¿Está segura de que no podemos ir también y...?

Dio un gañido cuando los demás lo derribaron al suelo y unos pocos se amontonaron encima de él.

—Olvide lo que acabo de decir —llegó una vocecilla desde el amontonamiento, que a todas luces pertenecía a otra persona imitando al primero—. Nos parece bien esperar. Encantados de que la oportunidad sea para otro. No somos nada egoístas.

Todo el mundo me miró. En el grupo, mi madre negó con la cabeza y se llevó una mano a la frente.

—Claro —dije yo—. Iré yo solo a enfrentarme a ese horror inenarrable. Vuelvo enseguida.

Los Bibliotecarios siguieron mirándome, expectantes. De modo que, con un suspiro resignado, me interné yo solo en el túnel, arrastrando mi espada demasiado grande tras de mí.

59. Y para los que preferís los chistes de pedos, un «juego de palabras» se define como una afirmación jocosa en la que dices una cosa pero te refieres a otra.

60. Para quienes leáis este libro en los Reinos Libres, es una frase hecha de las Tierras Silenciadas que, más o menos, significa: «Esto va a ser muy fácil, solo que lo más probable es que lo esté diciendo con sarcasmo, así que no va a ser fácil ni de lejos.» No tengo ni idea de por qué aparece el pan, aparte de que el pan es genial, así que ¿por qué no debería aparecer? En serio, debería haber más frases hechas con pan.

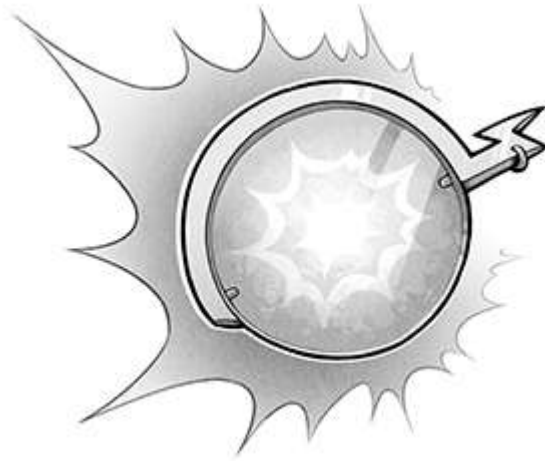
61. Además, no quería coger costumbre de vaporizar mi propia ropa. Pongo el límite en una vez por serie.

62. Los Bibliotecarios tienen un don para la decoración dramática. Colinabo.



Capítulo

Shu Wei



Ya no falta mucho.

No paro de devanarme los sesos buscando formas de ralentizar el relato. He cambiado de opinión. En vez de traerme ese bocadillo, quiero que vayáis a buscar una novela de fantasía épica de las gordas. O un diccionario. Me sirve cualquier tocho aburrido con muchas palabras que cueste una eternidad de leer.

¿Lo tenéis? Bien. Ahora atizadme en la cabeza con él. A lo mejor, si me provocáis una conmoción, me olvido de lo que viene dentro de unos pocos capítulos.

Avancé despacio por el pasadizo, acercándome cada vez más a aquellos sonidos espantosos. ¿Sería el fantasma del que habían hablado los Bibliotecarios? Sonaba demasiado estrepitoso para serlo, pero ¿qué sabía yo?

Otra oleada de rugidos furibundos inundó el túnel. Mis pasos, que ya eran lentos, se volvieron más y más reticentes. Aquí tenéis a vuestro auténtico «héroe», mis queridos lectores. Ese es mi auténtico yo. Mucho fanfarroneo, mucho hablar sin parar de ser un Smedry y embestir a las bravas, pero, cuando tenía que enfrentarme a un peligro real, estaba aterrorizado.

Soy un cobarde.



Oí llegar unos pasos en la piedra por detrás y, agradeciendo cualquier excusa para apartar la mirada de la oscuridad que tenía enfrente, volví la cabeza. ¿Estarían llegándome refuerzos?

No, era solo Dif.

Correteó por el pasadizo hacia mí una silueta larguirucha y con capa, que solo pude identificar por su altura. Varios Bibliotecarios lo llamaban a voces, gritando: «¡Qué falta hará!» y «¡Deja que se coman primero a ese otro tío!». Pero, como buen Smedry, Dif no les hizo ningún caso y llegó hasta mí, sonriendo de oreja a oreja bajo la capucha.

—¡No iba a dejar que te divirtieras tú solo, primo! —exclamó—. ¿Por qué arrojar a un Smedry al abismo si se puede arrojar a dos?

De pronto, sentí una abrumadora sensación de alivio, y de afecto, por mi primo. Era un tipo muy excesivo, pero había venido conmigo cuando nadie más había estado dispuesto. Y, además, era de la familia. Yo ya tenía decidido que mi sitio era cualquier lugar en el que hubiera otro Smedry. Solo tenerlo cerca ya me dio fuerzas, me animó a volverme de nuevo hacia la oscuridad y afrontarla con paso firme.

—Dime, ¿qué crees que será? —preguntó Dif—. ¿Un supertejón enfurecido? ¿Draco-zombi-thulhu? ¿Luchadores profesionales viendo programas matinales en la tele? ¿Un nido de cocodrilos mutados a los que han alimentado con sangre Smedry, entrenados para liberarlos un día y que arranquen la piel de nuestros huesos y trituren nuestros cráneos a dentelladas?

Otro rugido hizo temblar las paredes.

—No me estás tranquilizando nada, Dif —murmuré.

—Lo siento.

Nos habíamos alejado lo suficiente de la entrada del túnel para perder de vista al grupo de Bibliotecarios que esperaban atrás. Pero antes de llegar a la fuente de los sonidos, el suelo terminó en un inmenso precipicio que cruzaba un largo puente de cuerda. No cabía duda de que los rugidos llegaban desde el otro lado.

—¿Por qué narices hay una fosa en medio del túnel? —pregunté.

—Ah, los Bibliotecarios siempre están construyendo cosas como esta —dijo Dif, subiendo al puente de cuerda—. Pozos sin fondo en el centro de

las habitaciones, túneles y galerías que no dan a ninguna parte y tal. Creen que da un aire más malvado a todo.

Vi como empezaba a cruzar el puente, que tenía un leve vaivén por un viento suave que llegaba de alguna parte. Las paredes de los lados tenían relieves que representaban a Bibliotecarios arrodillados ante una figura que solo pude suponer que sería Biblioden. El techo también estaba abierto, igual que el suelo, y las paredes se perdían en la penumbra. ¿Allí arriba no debería haber estado la superficie? ¿Washington, D.C.? No vi ni un atisbo de luz del sol.

Subí muy poco a poco al puente. ¿Por qué no había añadido a mi lista «Morir por caer de un puente de cuerda a un precipicio sin fondo»?



¿No sería un final adecuado? Tanto trabajo, tantos libros, solo para al final resbalarme, caer y morir.

Fin.

Aunque habría sido una broma buenísima que gastaros, no fue lo que ocurrió.<sup>63</sup>

Aparté a un lado mi cobardía y, con mucho cuidado, seguí a Dif por el puente que se balanceaba. Entreoí una especie de «zuf-zuf-zuf» que llegaba de abajo. Costaba distinguirlo entre tanto rugido, pero se hizo nítido después de reparar en él.

Me detuve en el puente y miré hacia las profundidades. Aunque la única luz procedía de aquellas diminutas lámparas de aceite en las paredes,

me pareció captar el tenue destello de algo que giraba muy al fondo. Allí el viento era más fuerte; había algo empujando el aire hacia abajo.

—¿Ventiladores? —pregunté, mirando a Dif.

—Será su sistema de ventilación —dijo, haciendo un gesto teatral con la mano—. ¡Esto es un archivo! Los túneles necesitarán unos ventiladores bien potentes para llevar aire seco a las salas y que las cosas no cojan moho.

Asentí con la cabeza, pensando en lo enorme que debía de haber sido la empresa de construir aquel lugar. El hueco abierto que teníamos encima era una entrada de aire, y los ventiladores de abajo hacían pasar el aire al sistema de ventilación.

Dif retrocedió unos pasos para quedarse a mi lado sobre el puente. Se asomó —demasiado, en mi opinión— para mirar al fondo de la fosa.

«Madre mía —pensé—, a Bastille no le gustaría nada este sitio.» Tiene una cosilla con las alturas. Y, cuando digo «cosilla», me refiero a «pavor increíble y espeluznante». Creo que es porque aún no ha descubierto la forma de apuñalar a las alturas.

Otro rugido pareció sacudir el puente entero.

—Bueno, y ¿cómo vamos a ocuparnos de lo que sea que hay delante? —preguntó Dif.

—Aún llevo esta espada —dije, levantando el trasto.

—¿La has usado alguna vez?

—Qué va.

—Perfecto. Mucho más dramático. —Dif puso una auténtica sonrisa Smedry y se inclinó más sobre el vacío—. ¡Hala! Mira esas tallas de la pared.

Si Dif creía que la espada era buena idea, lo más probable era que fuese una idea terrible. De modo que hurgué en el bolsillo de mi túnica y saqué unas lentes. Eran mis lentes de buscaverdades, las que había dejado atrás Alcatraz I para que yo pudiera distinguir las mentiras de las verdades.

—Tendré que usar lentes contra el monstruo, sea cual sea.

Y después de eso, las usaría sobre mi padre. Con mis lentes de buscaverdades, podría conocer a ciencia cierta sus intenciones.

—¡Guau! —exclamó Dif, corriendo en la otra dirección para señalar la pared opuesta—. ¡Por allí hay más murales!

Y, al pasar, me dio un golpe involuntario en la mano.

Las lentes de buscaverdades se me escaparon de entre los dedos.

Di un grito y caí de rodillas sobre el puente inestable. Intenté alcanzar mis lentes, pero rebotaron en un listón de madera y cayeron del puente. Las vi rodar en el aire, precipitándose como una gota de lluvia solitaria hacia abajo, abajo, abajo en la negrura.

Oí un tenue crujido cuando dieron contra las enormes aspas del ventilador.

Me quedé arrodillado, con los ojos como platos, presa de una apabullante sensación de pérdida. ¡No, esas lentes no! Eran... eran...

—¡Oh! —dijo Dif—. ¡Cuánto lo siento! —Se arrodilló junto a mí y escrutó la oscuridad de abajo—. Podemos recuperarlas, primo. Cortemos las cuerdas del puente y caigamos agarrados a los listones de madera. No, no es lo bastante largo. Usemos las cuerdas del puente para descender... hasta unas aspas mortíferas en rotación que probablemente hayan destruido ya las lentes de todas formas...

Se le cayó el alma a los pies.<sup>64</sup>

Me quedé un rato buscando las lentes con la mirada, pero sabía que ya no podíamos hacer nada. Más adelante, cuando hubiéramos terminado lo que veníamos a hacer, podría intentar descender para recuperar las esquiras y que mi abuelo pudiera volver a forjar las lentes.

—De verdad que lo siento muchísimo —dijo Dif—. Esto... esto no ha sido nada propio de un Smedry, ¿verdad? O sea, sí que ha sido espontáneo, pero... —Torció el gesto.

Al instante, me enfurecí con él. Hasta lo odié. Luego pensé en todas las cosas que yo había roto en mi vida, en todos los errores que había cometido. Con gran esfuerzo, me tragué la irritación, me puse de pie y le tendí la mano para ayudarlo a levantarse.

—No pasa nada —dije—. Todos la fastidiamos alguna vez.

Se le iluminó la expresión y asintió con entusiasmo. Era una persona ferviente. También era un payaso, pero en fin, él no había sido el que avisó por accidente al mundo entero de que planeaba colarse en la Sumoteca.

—Vamos —dije, echándome la espada al hombro y dando zancadas por el puente—. Ya me he hartado de preguntarme qué clase de monstruo letal espera para devorarnos.

Al llegar al otro lado, me alivió pisar suelo firme otra vez. Había un túnel más amplio y con salas a ambos lados, y al mirar en una vi estantes y más estantes repletos de libros. Al parecer, las casetas de la cámara central albergaban sobre todo objetos como latas de refresco y placas de matrícula, mientras las cámaras más profundas, como aquellas, contenían los libros de verdad.

Los sonidos habían pasado a sonar muy próximos. Avancé poco a poco, con la espalda contra la pared, hacia una puerta que había a mi izquierda. Ajá. De ahí salía el ruido.

Miré a Dif y los dos respiramos hondo. Nos abalanzamos al interior de la habitación, yo espada en mano, él con los puños alzados, como dispuesto a dar una soberana tunda al draco-zombi-thulhu, fuera lo que fuese.

Pero lo que teníamos delante era un enorme tyrannosaurus rex con sangre goteándole de los dientes.

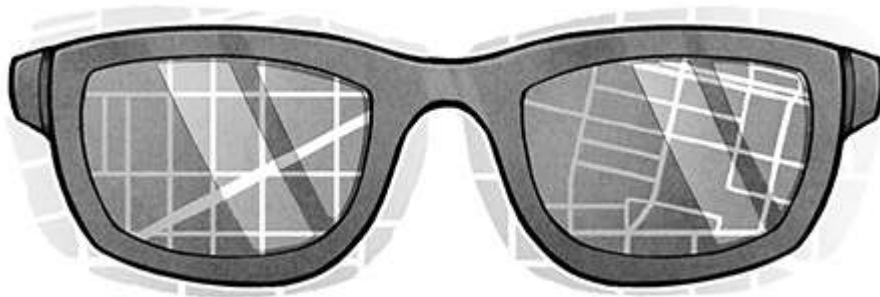
—Ah —dije, relajándome al instante—, menos mal.

63. No es que tenga gran cosa que decir aquí. Solo me ha parecido que necesitaba una nota al pie. Así que, esto... ¿Qué tal la familia?

64. Aquí no voy a hacer ningún chiste. Sería demasiado evidente. Hay que ser taimado con ellos.

## Capítulo

15



Estaba yo pensando...

Quizá mi vida sí que sea una fábula, como las que escribía Esopo. Sus textos tenían como propósito hacer advertencias. Contaba una historia entretenida que, al final, transmitía una enseñanza. Por eso todos sus animales terminaban devorados, destrozados, decapitados, aplastados o defenestrados.<sup>65</sup>

Mi vida no es solo una historia, pero que todos estos sucesos tuvieran lugar de verdad no significa que no podáis aprender alguna cosa. Ahora me resulta evidente. ¡Quizá todo esto sí que tenga algún sentido! ¡Se supone que debéis aprender algo de ello!

Nunca dejéis que vuestros capítulos elijan sus propios nombres. Lo vuelve todo terriblemente confuso.



El dinosaurio volvió a rugir, echando la cabeza atrás y haciendo temblar las paredes con la ferocidad de su ira.

—¡Saludos, Alcatraz! —exclamó un pterodáctilo<sup>66</sup> que estaba sentado frente a una mesita en la estancia. Llevaba chaleco y pantalones y daba sorbos a una tacita de té.

—¿Qué hay, Charles? —dije, indicando a Dif por gestos que entrara y luego asomándome para confirmar que no hubiera Bibliotecarios cerca —. ¿Qué le pasa a Douglas?

—¡Me he mordido el labio! —dijo el tiranosaurio.

—¿En serio? —pregunté mientras dejaba la espada junto a la puerta y sacaba un pañuelo del bolsillo—. <sup>67</sup> ¿Y por eso tanto jaleo?

—No le dediques la menor atención, amigo mío —me dijo Charles, el pterodáctilo—. <sup>68</sup> La cuestión se reduce meramente a que tiene un umbral del dolor muy bajo... ¡y una gran propensión a armar un tremendo alboroto!

—Eso es de una injusticia supina —afirmó Douglas—. ¿Has visto estos dientes que tengo? ¡Morderme el labio no es ninguna nadería, pardiez!

En realidad, era pequeño para ser un tiranosaurio. Apenas era más alto que un ser humano adulto, pero aun así tuvo que inclinarse para que pudiera limpiarle la sangre de los dientes.

Había otros dinosaurios sentados a la mesa con Charles. Ya conocía a Margaret, la dinosauria ornitópoda, además de a Charles y a Douglas, de mi primera incursión en una biblioteca junto a mi abuelo. Al que no conocía era al cuarto del grupo, un dinosaurio que tenía cuatro cuernos pero también una cara larga y puntiaguda. Estoy bastante convencido de que el traje formal con falda significaba que era hembra, pero nunca había visto su especie en un libro de texto.

Dif contempló a los dinosaurios con un gesto despectivo que vi cómo intentaba disimular cuando lo miré de reojo. Al igual que Bastille, no parecía tener muy buena opinión de ellos. Por mi parte, yo me alegraba mucho de encontrar caras amistosas, aunque fueran reptilianas, en lugar de alguna espeluznante monstruosidad ansiosa por beberse mi alma.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —pregunté—. ¿No aprendisteis la lección la última vez?

A los Bibliotecarios les gustaba matar dinosaurios y poner sus huesos en museos.

—Somos investigadores sobre el terreno —repuso Charles, indignado—. No podemos llevar a cabo nuestro importante trabajo en una universidad polvorienta.

—Las bibliotecas polvorientas son mucho mejores —convino Margaret, la dinosauria ornitópada.

—Y además —añadió el T. rex—, ¡no íbamos a dejar que vinieras aquí tú solo, amigo mío!

Solté un gemido.

—Entonces, ¿también habéis visto mi discurso?

—«¡Es el momento de que dejéis de lloriquear —citó Charles a viva voz—, y o bien me ayudéis o bien al menos os quitéis de en medio!» Muy dramático. Tienes a todos los Bibliotecarios exaltados.

—Sabían que venía a por ellos —dije con un suspiro, y me senté con los dinosaurios para comer unas pastas parecidas a galletas de estilo inglés.<sup>69</sup>

—Sí, sí —dijo la no-triceratops—, pero no es eso lo que ha alterado tanto a los Bibliotecarios. No ha sido solo tu llegada, sino tu discurso. ¿No te das cuenta de lo que has dicho? ¡Ha sido increíble, extraordinario, espectacular!

Los dinosaurios me miraron expectantes. Con un poco de suerte, los Bibliotecarios de fuera del pasadizo creerían que estaba luchando allí dentro, o algo parecido. En aquel pasillo concreto, no parecía haber ningún archivista de momento.



—Tu discurso —me apuntó Charles—. Lo de: «Yo sé algo que los Bibliotecarios no.» ¡Están volviéndose todos locos intentando averiguar qué es!

—Me refería a mi determinación —dije—. Era una metáfora, en plan: «Soy más fuerte de lo que creen.» —Levanté los hombros. En realidad, no recordaba muy bien lo que había dicho; me había salido y punto.<sup>70</sup>

—Bueno —dijo Douglas, dejándose caer al suelo junto a la mesa, cerca de mí—, pues ellos, sin duda, creen que te referías a algo concreto. ¡En cualquier caso, no podíamos permitir que sucediera todo esto sin involucrarnos!

—Vale, digo yo que nos vendrán bien todos los soldados que haya disponibles —repuse.

—¿Soldados? —preguntó Charles, el pterodáctilo.

—Militantes —explicó la no-triceratops—. Combatientes, luchadores, guerreros.

—Sé lo que significa, Mary —dijo Charles—. Expresaba mera sorpresa. Estooo... No somos precisamente muy belicosos, Alcatraz.

—Pero acabáis de decir que...

—Hemos venido —dijo Margaret, levantando su taza— porque esta es una oportunidad fantástica para estudiar la reacción al estrés extremo de los habitantes de las Tierras Silenciadas.

—¿Sabes la inconmensurable cantidad de artículos que podemos escribir sobre esto? —preguntó la dinosauria de cuatro cuernos—. ¡Ensayos, disertaciones, tratados!

—¿Un asedio a la sede de los Bibliotecarios? —dijo Charles—. ¿Miembros de la familia Smedry correteando por la Sumoteca en un intento de derruirla hasta los cimientos? Esto es oro puro.

—Maravilloso —apostilló la no-triceratops—, admirable, fascinante, excepcional.<sup>71</sup>

—Vaya —dije yo—. Esperaba que fueseis a ayudar.

—Bueno —dijo Charles—, Douglas se ha comido la sección eme del archivo de ficción. Eso quizá siembre un poco de caos.

—De verdad —protestó Douglas—, ¿chispitas? ¿Es que esa mujer no ha conocido nunca a un muerto viviente?

—Alcatraz —intervino Dif—, tendríamos que volver. La oculantista oscura podría enviar a alguno de esos pobres desgraciados de fuera a buscarnos. —Había rechazado la silla que había apartado para él y estaba de pie junto al umbral, cruzado de brazos.

—Sí, vale —dije, levantándome—. ¿Vosotros podríais armar jaleo aquí durante unos minutos, para que parezca que estoy peleando con vosotros?

Los dinosaurios se quedaron callados.

—¿Te refieres a... actuar? —preguntó Margaret.

—¡Interpretar! —exclamó la no-triceratops—. ¡Fingir, representar!

—No las tengo todas conmigo —dijo Charles—. ¿Alguien de aquí ha ido a clases de teatro?

—¿Cómo? —saltó Douglas—. ¿Y mezclarnos con esos cretinos malolientes del Departamento de Humanidades?

—Por favor —supliqué—. Los Bibliotecarios tienen que creer que he destruido al monstruo que hubiera aquí. Si no, vendrán a echar un vistazo y os descubrirán.

Los dinosaurios suspiraron y se pusieron en pie.

—De acuerdo —dijo Margaret—, aunque me desagrada interferir con el entorno del experimento social que nos estás proporcionando, joven Smedry.

Se miraron entre ellos un momento.

Y entonces se pusieron a rugir. Me sorprendió la ferocidad con que lo hicieron y retrocedí, trastabillando y abriendo enormemente los ojos. Por mucho que hubieran protestado, no tardaron en meterse en sus papeles, chillando, bramando y armando un escándalo que casi me dejó sordo como un pan.<sup>72</sup>

Fui hacia Dif.

—Será mejor que esperemos —le dije, levantando la voz para hacerme oír sobre el barullo—. Que supongan que estamos luchando.

Asintió, tapándose las orejas y fulminando con la mirada a los dinosaurios. Cristales rayados, les tenía incluso más ojeriza que Bastille. Negué con la cabeza y decidí dedicar unos minutos a ver qué había en aquella sala del archivo. Estaba repleta de hileras e hileras de libros, todos los cuales parecían ser biografías de taquígrafos. No tenía ni idea de que la gente escribiera biografías de taquígrafos, y mucho menos de que hubiera las suficientes para llenar docenas y docenas de estantes. Si os soy sincero, casi ni sabía lo que es un taquígrafo.

Los Bibliotecarios lo tenían todo limpio como una patena, pero no daba la impresión de que alguien hubiera leído jamás ningún libro de aquellos. Tenían los lomos demasiado perfectos, las páginas demasiado impolutas. ¿Qué sentido tenía todo aquello? ¿La información no estaba para usarse?

Al fondo de la sala encontré una mesita con una silla al lado, colocadas como renuente concesión a la idea de que, algún día, alguien podría entrar allí y mancillar esos libros leyéndolos. En la pared de detrás

había un espejo y me miré en él, sin la capucha, revelando mis rasgos juveniles.

Mi vida reciente había sido una sucesión de desastre improbable tras desastre improbable, y me pregunté si seguiría siendo así en adelante. ¿Qué pasaba con el colegio? No es que me hubiera gustado demasiado el colegio, ojo, pero estaba bastante seguro de que me quedaban cosas por aprender.<sup>73</sup>

Miré mi reflejo mientras los dinosaurios seguían con su batalla a mis espaldas.

Entonces, el yo del espejo se marchó.

Ahogué un grito y salté atrás, con la mano metida en el bolsillo para sacar una lente. ¿Sería una trampa de los Bibliotecarios? Pero no... De pronto, el espejo mostró otro lugar, uno muy parecido al que había creído ver en el escaparate de la calle.

Columnas blancas, calles empedradas, estatuas y fuentes...

«Incarna», pensé. El reino del pasado remoto donde habían tenido su origen tanto la dinastía Smedry como los Talentos. Era un poco como Grecia, pero con ropa más molona.<sup>74</sup>

En el espejo, Incarna ardía en llamas.

Me acerqué al espejo y levanté los dedos hacia él. Tenía el cristal frío al tacto, pero tuve la sensación de que debería quemarme. La versión fantasmal de mí recorría las calles y mi punto de vista lo seguía, revelándome un paraíso en ruinas. Las llamas devoraban edificios que, al estar hechos de piedra, no deberían haber ardido.

Algún tipo de sacudida hizo que todo temblara y un edificio próximo se derrumbó con una nube de polvo. El fantasma lo atravesó, como si no le afectara toda aquella destrucción.

«Estoy viéndolo con mis propios ojos —comprendí—. El día en que cayó Incarna.» Habían escapado refugiados con vida, algunos de los cuales llegaron a Alejandría, donde más tarde mi tatarasupertatarabuelo había muerto y recibido sepultura.

Él había culpado a los Talentos. ¿Era eso lo que había acechado en mi interior? ¿El poder de destruir ciudades? ¿Continentes? ¿Civilizaciones?

¿Por qué narices me daba la sensación de querer recuperar el mío?

El Alcatraz del espejo se había ido ensombreciendo hasta casi convertirse en humo. Se movía por la ciudad en llamas, acercándose a una zona donde el calor era tan intenso que los edificios se fundían. Se

disgregaban, con grandes piezas cayendo al rojo vivo. Por delante, una luz refulgente se proyectaba hacia el cielo.

Fruncí el ceño, apretándome contra el cristal. ¿No me... no me sonaba esa luz de algo?

—¿Primo?

Di un salto del susto y me volví para encontrar a Dif detrás de mí, mirándome con la cabeza echada a un lado. Los dinosaurios seguían con su batalla ficticia, ahora chillando de lo que parecía dolor y sin parar de lanzar muebles contra las paredes.

—Hala —dije—, sí que se lo toman a pecho.

—Todos tenemos un lado salvaje —respondió Dif—. Algunos lo entierran más profundo que otros. ¿Por qué estabas mirando ese espejo?

Me volví de nuevo, pero el cristal había vuelto a la normalidad y mostraba solo mi cara.

—Yo... —dije, y negué con la cabeza—. ¿Sabes qué clase de cristal es ese?

—¿El oculantista no eres tú?

Pues claro. Seré idiota. Saqué mis lentes de oculantista y miré el espejo, pero no percibí ningún brillo en el cristal. No tenía nada de especial.

Guardé las lentes.

—¿Estás bien, primo? —me preguntó Dif—. O sea, ya sé que en teoría somos todos raros y locuelos, pero no sabía que llegaríamos al punto de enrollarnos con espejos.

—No estaba «enrollándome» con él.

Detrás de nosotros, Douglas vociferó algo sobre un fuerte hecho de corsés, no sé qué más sobre un silencio arrollador y luego soltó una ristra de «¡Oh!» como si cantara en una boy band. Por último, se dejó caer al suelo.

—Dif —dije—, ¿estás seguro de que tu Talento sigue funcionando?

—Funciona —me aseguró él—. Lo he usado fuera, cuando nos han metido en ese grupo de Bibliotecarios.

De modo que así se había podido escabullir.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha hecho el Talento?

Dif se encogió de hombros.

—Dímelo tú. Estabas mirándome cuando lo he usado.

—¿Ah, sí?

Asintió con la cabeza.

—Pues no recuerdo nada.

—Ya pasa, con mi Talento —dijo Dif—. Y dime, ¿cuándo vas a usar tú el tuyo? La verdad, llevo bastante tiempo queriendo ver en acción el Talento de Romper.

Me sorprendió, pero entonces caí en que no habíamos llegado a explicarle la situación, o al menos no directamente.

—Rompí los otros Talentos —le dije, mientras volvíamos entre los estantes hacia los dinosaurios.

—Venga ya, ¿en serio? —preguntó, siguiéndome.

—Sí. El mío no funciona, ni tampoco el del abuelo y el de Kaz. Estoy pensando que, a lo mejor, lo que hice estuvo contenido. No sé, que quizá solo perdiera los Talentos la gente que tenía cerca, ya que el tuyo aún funciona. —Negué con la cabeza—. Cuando salgamos de aquí, tendremos que ponernos en contacto con los demás Smedry, a ver si sus Talentos funcionan o no.

Dif asintió, en apariencia pasmado por la información que acababa de recibir. Fui hacia los dinosaurios. Douglas, el tiranosaurio, estaba con la espalda contra el suelo y los bracitos alzados al aire.

—¿Cómo he estado? —preguntó.

—Perfecto —le aseguré, recogiendo la espada que había dejado junto a la puerta—. Seguro que los Bibliotecarios están horrorizados. Con un poco de suerte, cuando volvamos con ellos, nos llevarán donde queremos ir.

—¿Hace falta que volvamos con ellos, primo? —preguntó Dif—. Podríamos seguir internándonos en la Sumoteca desde este lado.

—No tendríamos ni idea de adónde vamos.

—Ah, tampoco estés tan seguro —dijo Dif—. Creo que ya empiezo a familiarizarme con este sitio. Además, ¿tan complicado puede ser? ¡Lo construyeron los Bibliotecarios, que todos sabemos que no son precisamente listos!



—No los subestimes —repliqué—. No hay motivo para ser imprudente.

—¿Cómo? —dijo, confuso—. No creía que necesitaríamos motivo.

Ayudé a Douglas a levantarse, tarea que se me hizo cuesta arriba, ya que aunque era un T. rex pequeño, debía de pesar como un cachicillón de kilos.<sup>75</sup>

—¿Seguro que no quieres que nos escabullamos por detrás? —insistió Dif, señalando con el pulgar por encima del hombro.

—Bastante seguro —dije, y miré a Douglas para dirigirme a él—. Y ahora, me temo que voy a tener que pedirte que te vuelvas a morder el labio...

65. ¿Cómo? ¿No habéis oído la fábula de la rata a la que arrojaron por una ventana? Es muy popular entre los perezosos lanudos marinos.

66. Je, a la primera. ¿Quién lo iba a decir?

67. Todos los buenos esmóquines llevan uno incorporado.

68. Esto ya es más normal.

69. Sí, los dinosaurios son ingleses. O mejor dicho, los ingleses hablan como los pueblos del norte de Nalhalla, donde está la mayoría de las ciudades de dinosaurios. Por eso, si te los encuentras, te parecerá que suenan y actúan como británicos. Al contrario que los Smedry, que en general sonamos y actuamos como volcánicos.

70. Sí, soy consciente de que ese discurso se considera uno de los más influyentes de la historia. Al contrario de lo que afirman los libros de texto, no dediqué tres semanas a prepararlo. Lamento destruir cualquier ilusión que pudierais haberos hecho sobre mí. Pero si habéis llegado a estas alturas de mi autobiografía, supongo que ya debéis de haberlas defenestrado hace mucho.

71. ¿Habéis descubierto ya qué clase de dinosaurio es?

72. Vale, es posible que la palabra «pan» no funcione como reemplazo en todas las frases hechas. Supongo que era solo una idea a medio cocer.

73. ¿Cómo iba a escribir arrogantes notas a pie de página para todo si no sabía todo lo que se podía saber?

74. Llevaban alerones en las togas y gafas de sol.

75. Bastille se empeñó en que lo investigara, así que, para que conste, solo pesa 0,33 cachicillones de kilos.

## Capítulo

16



Sí, en el capítulo anterior he mencionado a Bastille.<sup>76</sup>

Eso debería reducir un poco la tensión para lo que queda de libro. A fin de cuentas, si me está hablando en el futuro donde escribo estas novelas, está claro que tiene que curarse, ¿verdad?

Sí. Bastille está recuperada.

No es ella quien muere en este libro.

Regresé al puente de cuerda cargando con una espada manchada con la sangre de Douglas. (Porque, en efecto, no exageraba: la mordedura de labio en un T. rex puede ser alucinante en flujo hemorrágico.) Dif me alcanzó y empezamos a cruzar el precipicio en silencio.

Había Bibliotecarios agrupados en torno al final del puente. Habían ido acercándose muy poco a poco, con la oculantista oscura en ultimísimo lugar, para ver qué pasaba. Me detuve en el centro del puente y sostuve en alto la espada ensangrentada, provocando un murmullo generalizado en el grupo de Bibliotecarios.

Muy por debajo, el ventilador hacía «zuf-zuf-zuf».

Entonces hizo «zufzufzufzuf».

Y por último hizo algo parecido a: «¡ZUFZUFZUFZUFZUF VAYA TELA AHORA SÍ QUE VAMOS A TODA CAÑA COLEGA!»

Por algún motivo, el ventilador había escogido ese preciso momento para poner la directa. Era una toma de aire para el sistema de ventilación, lo que representaba que hacía entrar el aire y lo empujaba por toda la Sumoteca. Lo que significaba que de pronto me vi en pleno vórtice de viento, que soplaba desde arriba e intentaba arrancarme del puente y arrojarme contra las aspas.

Grité, asustado, y solté la espada para agarrarme fuerte a los dos lados del puente. Dif me imitó, mirándome con expresión sorprendida.

Un momento. Podía verle la expresión. El viento le había quitado la capucha. Y por tanto... sí, la mía también.

Miré hacia los Bibliotecarios. Ellos me devolvieron la mirada.

Entonces la oculantista oscura dio un chillido de terror y salió por piernas hacia la boca del túnel. Los demás Bibliotecarios la siguieron, dejando atrás una figura solitaria que puso los brazos en jarras.

Dif y yo nos valimos de pies y manos para cruzar el puente, que tenía un balanceo muy peligroso. Por suerte logramos llegar, aunque, tal y como pisamos roca, el puente dio unos violentos bandazos que terminaron por destruirlo.

Tragué saliva mientras veía cómo el remolino absorbía los listones de madera. Miré a Dif, que parecía patidifuso.<sup>77</sup> Estaba claro que ese ventilador tenía una avería de las gordas.

Fuera del túnel de viento que había justo encima del ventilador, el aire ya no tiraba tanto. Aun así, cruzamos el pasadizo para alejarnos del ruido.

—¿Sabes? —dijo mi madre, mirando en la dirección por la que habían huido los Bibliotecarios—. Eso ha sido de lo más injusto.

—¿Eh?

—¿Por qué tú sí que les das miedo? —preguntó, cruzando los brazos y dando golpecitos con el pie en el suelo—. ¿Sabes lo mucho que me he esforzado en granjearme una reputación temible? ¿Y yo les doy igual pero salen corriendo al ver a un adolescente con el pelo mal cortado? Qué incordio.

—Eres una madre espantosa. Te das cuenta, ¿verdad?

—Ya te hornearé galletas o lo que sea para compensártelo —dijo Shasta. Vaciló un momento—. Es una cosa que hacen las madres, ¿verdad?

—¿No lo sabes?

—No tuve tiempo de estudiar para el puesto —dijo Shasta—. De verdad, lo normal sería darnos un manual<sup>78</sup> de instrucciones o algo.

Bueno, el caso es que el plan no había funcionado. No solo había perdido mi espada ensangrentada, con lo que molaba, sino que los Bibliotecarios habían huido.

—Y ahora, ¿qué? —pregunté mientras nos deteníamos en el túnel.

—¿Eh? —dijo Shasta.

—Esa oculantista oscura iba a llevarnos a los textos en el idioma olvidado.

—¿Por qué habría querido hacerlo? —preguntó Dif.

—Creía que yo estaba al servicio del Escriba —expliqué—. Le he dicho que me enviaba él.

Dif dio un respingo.

—¿Qué?

—Sí —dije—. La oculantista quería comprobar si era tan poderoso como decía, así que me ha enviado a matar al monstruo.

—Dinosaurios —dijo Shasta con desdén—. No puedo creer que nadie se haya dado cuenta. ¿Es que nadie de aquí ha oído a un tiranosaurio teniendo una rabieta?

Porras. Esperaba que creyera que había hecho algo increíble.

—Bueno, la oculantista oscura ya no está, así que no puede llevarnos al archivo del idioma olvidado. Tendremos que empezar de cero.

—Sí —dijo Shasta—. Podríamos hacer eso. O podríamos usar esto.

Nos enseñó un aparato pequeño, parecido a un teléfono móvil.

—¿Eso es...?

—¿El autenticador de la oculantista oscura? —dijo Shasta—. Sí.

—Así que se lo...

—Se lo he birlado —dijo Shasta—. ¿Qué pasa? ¿Creías que iba a quedarme aquí perdiendo el tiempo y componiendo una balada épica, o algo así? Gracias por la distracción, por cierto.

—Perfecto. ¡Encendámoslo!

Mi madre se lo guardó en el bolsillo.

—¡Espera! ¿Qué haces?

—Vamos a repasar un poco esas normas —dijo, mirándome a los ojos.

—No son negociables.

—¿Ah, no? Lástima. —Empezó a alejarse.

La agarré por el brazo.

—Enciende ese cacharro.

—¿O qué, Alcatraz? ¿Estás dispuesto a hacerme daño para conseguir lo que quieres? ¿Crees que de verdad podrías lograrlo si decidieras intentarlo?

Miré a Dif, que se encogió de hombros, como diciendo: «Ya te he recomendado que nos escabulléramos los dos solos.»

Devolví la mirada a mi madre, apretando los dientes.

—¿Qué quieres?

—Cuando encontremos a tu padre —dijo—, tendrás ocasión de hablar con él. Podrás intentar que entre en razón. Pero si no te hace caso, yo me encargaré de él. De cualquier forma necesaria.

—No. No podemos...

—¿Qué te crees que hemos venido a hacer aquí, niño? —me espetó—. ¿A qué estamos jugando? ¿Llevas tanto tiempo con ese necio de tu abuelo que has perdido la capacidad de ver el mundo como tiene que ser?

Retrocedí un paso, sorprendido por el arrebató.

—¡Hemos venido a detenerlo! —gritó—. ¡A eso hemos venido! Aunque nos desgarré por dentro, vamos a detenerlo. ¿LO HAS COMPRENDIDO?

—Yo...

¿Lo había comprendido?

¿Para qué otra cosa estábamos allí? ¿Qué pasos estaba dispuesto de verdad a dar?

—Siempre que yo pueda hablar con él primero —dije a regañadientes—. No tomarás ninguna... medida hasta que yo termine y te dé el visto bueno.

—Bien —dijo mi madre—. Pero solo cedo porque espero, aunque no debería, que te escuche a ti cuando nunca quiso escucharme a mí.

Mi madre pulsó algo en el autenticador e hizo que liberara un haz de luces que compusieron un conjunto tridimensional de cuadrículas de color rojo brillante en el aire. Representaban todos los pasadizos, archivos y cámaras de la Sumoteca. Proyectado así, el lugar se parecía mucho a un hormiguero, con infinitos túneles y escondrijos.

Localicé nuestro punto de entrada, cercano al centro de la cámara principal y fácil de reconocer por la torre alta y estrecha, coronada por un altar.<sup>79</sup>

Desde allí, seguí nuestro recorrido en el mapa hasta localizar la cámara del ventilador. Había varias indicadas en el mapa; ¿estarían soplando todos los ventiladores con tanta potencia? Incluso a la distancia que guardábamos, la corriente de aire se notaba fuerte. Aquel lugar era gigantesco. Entrecerré los ojos, leyendo etiqueta tras etiqueta en el aire. ¿Cuánto tiempo seguiría siendo seguro quedarnos allí de pie? ¿Y si...?

—Ahí está —dijo Dif, señalando una etiqueta—. Textos en idioma olvidado. Autenticador de nivel malva requerido.

—¿Y... cuál tenemos nosotros? —pregunté.

—Gutagamba —dijo mi madre.

—¿Que es...?

—Suficiente para que entremos —respondió ella.

Asentí con la cabeza, aliviado, y memoricé el camino entre nuestra posición y el archivo. Tendríamos que regresar a la cámara principal y

coger una rama distinta de pasadizos. Estaba prácticamente encima de otro túnel de viento.

—Vamos —dijo mi madre, haciendo ademán de apagar el autenticador.

La detuve, levanté la mano y volví a trazar el recorrido. Me había fijado en otra cosa de ese mapa. Nos quedaba casi de camino...

De pronto el autenticador refulgió y la imagen proyectada ganó mucho brillo. Retrocedí. ¿Lo había provocado yo, de algún modo? ¡Pero si ni siquiera lo había tocado!

Mi madre desactivó el aparato, con gesto irritado.

—Está caliente —protestó mientras se lo guardaba en el bolsillo—. ¿Qué le has hecho?

—¡Nada! —dije. Pero no había tiempo para argumentar mi inocencia, porque tenía un plan. Muy parecido al plan anterior.

Pero con un desvío rápido.

Eché a correr. Shasta rezongó y me siguió, seguida a su vez por Dif. Salimos a la caverna principal, con sus amplios puentes de piedra y sus centenares de casetas-archivo. Un gran agujero en el techo dejaba entrar la luz en una columna dorada, cerca del centro.

En la lejanía resonaban los disparos: el equipo de Himalaya seguía luchando, menos mal.

Giramos a la derecha. Los Bibliotecarios de la caverna principal corrían como pollos sin cabeza, dando gritos. Algo los había hecho montar en pánico, por lo visto. La mayoría habían contemplado la explosión del techo y la consecuente invasión con nada más que un interés pasajero. ¿Por qué estaban tan preocupados de repente?

Bueno, así por lo menos no daba la nota si avanzaba al trote. Quizá nos haría parecer atareados y nadie volvería a reclutarnos para un equipo masacramonstruos.<sup>80</sup>

Mi madre me alcanzó mientras trotábamos.

—¿Qué está pasando?

—No tengo ni idea. —Busqué en el bolsillo de mi túnica y saqué el teléfono.

Se me hacía raro usar una cosa tan ordinaria, pero era lo que había. Solo tenía tres números guardados en la memoria. Llamé al más reciente. Sonó varias veces antes de que respondiera Himalaya.

—¿Sí? —dijo entre resuellos.

—¿Habéis hecho alguna cosa? —le pregunté.

—¿Aparte de tener que retirarnos al segundo piso de nuestro edificio? —dijo ella. Oí disparos por la línea—. Esto no va bien, Alcatraz. Tardarán poco en arrollarnos.

—Entendido —respondí—. Tendríais que salir de ahí. No creo que nos hagáis falta ya como distracción.

—Ya —dijo Himalaya—. Hablando del tema...

Me estremecí.

—Han soltado un equipo bibliotecario en el techo del edificio donde estamos refugiados —siguió diciendo Himalaya—. Y han apostado francotiradores en el de al lado. No hay forma de que podamos volver a la superficie usando los ganchos. Esperaba que tuvieras algún tipo de plan para sacarnos. Aquí estamos acorralados.

¡Cristales rayados!

—Pero esa distracción del viento nos ha venido muy bien —añadió Himalaya.

—¿El viento? —pregunté.

—Sí —dijo ella—. El sistema de ventilación está soltando aire en el archivo a una potencia endiablada, tanto que hasta ha volcado unas estanterías cerca del conducto de nuestro edificio. Está desperdigando montones de información cuidadosamente catalogada de una forma por completo aleatoria, descuidada y desorganizada...

Casi pude oír cómo se crispaba a través de la línea telefónica.

—No hace falta que lo reorganices todo ahora mismo, Himalaya —dije, mientras nos cruzábamos con unos Bibliotecarios que se dirigían ansiosos hacia un archivo en cuyo interior se vería un minirremolino haciendo girar papeles en el aire. Bueno, al menos ya sabía por qué se habían vuelto tan locos.

—Lo sé, lo sé —repuso—. ¡Pero es que no sabes lo desordenado que está! A lo que iba: está distrayendo a mi gente, pero no menos que a los Bibliotecarios de fuera. Si estamos vivos, es solo porque no dejan de marcharse grupos de enemigos para ayudar a recoger un archivo u otro.

—Algo es algo.



—Alcatraz —dijo Himalaya en voz más baja—. Hay otra cosa. He tocado un trozo de cristal de protector que tenemos. Lo hemos traído para escudarnos, pero se le ha acabado la arena brillante enseguida. Alcatraz... cuando lo he tocado... ha empezado a brillar.

Me quedé helado.

—Tú no eres oculantista.

—No, nunca lo he sido. Ni Folsom tampoco. Pero él también puede hacer brillar el cristal. ¿Qué significa?

Significaba que no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Al parecer, no éramos solo el abuelo y yo quienes hacíamos que el cristal actuara raro. El efecto se multiplicaba con nosotros, pero si también les estaba pasando a Himalaya y a Folsom...

—Alcatraz, por favor —me dijo ella—. Tengo que volver al combate, pero si puedes hacer algo para ayudarnos a salir, te lo agradeceríamos mucho.

Más gente que dependía de mí. Noté un nudo al fondo del estómago mientras Himalaya colgaba. Habían acudido la Guardia Aérea de los Reinos Libres, la resistencia bibliotecaria y hasta Charles y sus amigos, todos porque habían creído en mi discurso. Yo era el rostro visible de aquella rebelión, por improvisada que fuese.

¿Y cómo diantres iba a salvarlos? La mayoría de los días, apenas creía poder salvarme a mí mismo.

Llegamos al túnel que nos llevaría a los archivos del idioma olvidado y nos internamos en él. De nuevo, nuestra única luz pasó a ser la de las lámparas con forma de calavera que había en las paredes. El pasillo daba una sensación callada, casi solemne, comparada con la confusión de fuera.

—El Escriba —dije, devolviendo el móvil al bolsillo y mirando hacia mi madre—. Esa oculantista oscura me ha confirmado que hay alguien usando ese nombre. ¿Sabes qué aspecto tiene? A lo mejor, podríamos confirmar si es Biblioden que ha regresado o solo alguien que se ha puesto el título.

—Complicado —respondió mi madre—. Ni siquiera tenemos retratos suyos, o al menos no que enseñen los jefazos bibliotecarios. Pero... Alcatraz, dudo mucho de que cualquier otro Bibliotecario se asignara ese título. Tenemos que aceptar la posibilidad de que Biblioden haya encontrado la forma de volver a la vida. O eso, o que no llegó a morir de verdad en un principio.

Me gustaría hacer una pausa aquí para soltar algo ingenioso.

Me gustaría, pero no puedo porque, la verdad, ahora mismo no me siento nada ingenioso. Así que lo que haré es rellenar con la llamada de apareamiento del perezoso marino lanudo:

«Venga, te invito a una pizza.»

Ah, qué animales tan majestuosos.

Llegamos a una intersección en el túnel. El viento soplaba más fuerte desde el ramal izquierdo, que era hacia el que giró mi madre. La dirección en la que estaba el archivo que buscábamos.

Sin embargo, yo giré a la derecha.

—¿Alcatraz? —llamó mi madre, deteniéndose aún en la intersección, aunque Dif me había seguido de inmediato. Al cabo de un tiempo, oí sus pasos corriendo hacia mí pasillo abajo.

Por lo que recordaba del mapa, solo tenía que contar cuatro salas de aquel pasadizo para llegar donde quería. Al hacerlo, me decepcionó encontrar una puerta de acero con el cerrojo echado, bloqueando el paso. Por suerte, cuando mi madre se acercó, al lado de la puerta una luz se puso en verde. El autenticador tenía la categoría suficiente para permitirnos la entrada.

—¿Qué es esto? —preguntó Dif.

—¿Laboratorio químico y almacén médico? —dijo mi madre, leyendo las palabras talladas sobre la entrada en un idioma críptico que no logré descifrar—. ¿Para qué vienes aquí?

Puse la mano en la puerta y respondí:

—Porque tengo a una amiga en un coma inducido por Bibliotecarios, y este es exactamente el tipo de sitio donde guardarían la cura.

76. Ha sido en una nota a pie de página. Así que, si no las estáis leyendo, os la habréis perdido. Igual que os estáis perdiendo esta ahora mismo, por lo que puedo decir de vosotros lo que quiera, ya que no lo vais a ver. Pero entonces, ¿qué gracia tiene?

77. Palabra, por cierto, un poco estúpida. Porque, a ver, ¿es que hay algo que sea patinitido? Suena a rollo matemático.

78. ¡Salud!

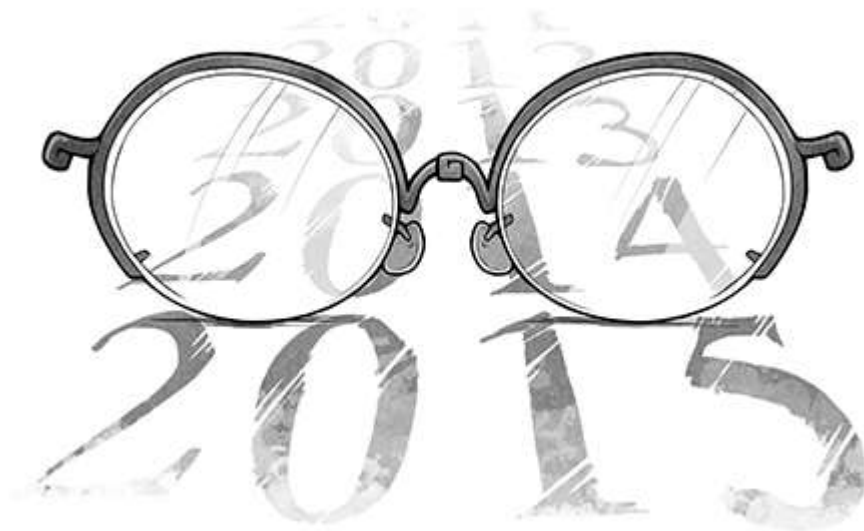
79. Sí, he dicho altar. ¿Qué os creíais que era esa pila de libros que había en la cima? Sí, un altar. Hecho de enciclopedias viejas. No estoy de broma. Escribir este párrafo me ha costado un esfuerzo

sorprendente, así que voy a descansar un momento y comerme un palito de pescado para quitarme el mal sabor de boca.

80. Nunca había creído que lo vería como algo malo.

## Capítulo

17



No sé conducir. Pero si supiera conducir y este libro fuese un coche, tendría el acelerador pisado a fondo y ahora mismo iríamos a unos 350 kilómetros por hora.

He pensado mucho en estos últimos capítulos de mi autobiografía. Estáis llegando al final de nada menos que el quinto libro, el último de todos. Habéis dedicado horas y más horas de vuestras vidas a conocer mis hazañas. Todo era en anticipación de esto que viene.

Quiero que entendáis lo serio que es este momento; es más, necesito que comprendáis exactamente lo solemne que es todo esto. Y para ello, voy a hacer algo que nunca había hecho antes. Algo increíble, peligroso e inesperado del todo.

Voy a dejar que saltéis adelante.

Sí, lo sé. Hasta ahora, en todos los libros os he prohibido que mirarais lo que viene antes de tiempo. Me he burlado y he ridiculizado a quienes lo hacen. Os he dicho que nunca, nunca jamás, os saltarais páginas de un libro.

Y ahora os lo voy a permitir. Así de importante es este final. Así de peligroso es todo esto.

Pero tendremos que hacerlo de forma controlada. Al final de esta introducción, os concederé mi permiso formal para saltar al capítulo Veinte y leer los dos primeros párrafos de la página 265.

Tendréis que aseguráros de leer solamente los dos primeros párrafos, y solamente de ese capítulo. No podéis mirar nada más ni de reojo. Solo esos dos párrafos.

Ya podéis ir a leerlos en voz alta.

Abrí despacio la puerta del almacén de productos químicos y me llevé una bocanada de aire en la cara; los conductos de ventilación del interior funcionaban a toda máquina. La sala era toda de superficies lisas de metal, en contraste con el aire orgánico, a lo «caverna rocosa», que tenía el resto de la Sumoteca. Dentro se movían dos Bibliotecarios, colocando tubos de cristal en un portatubos. Llevaban túnicas blancas en vez de negras y hablaban susurrando.

—Te estoy diciendo que lo he visto con mis propios ojos —decía uno de ellos—. Estuve en la expedición a Alejandría y sé el aspecto que tienen. No sé por qué están viniendo hacia aquí esos espíritus, pero venir, vienen.

Me aparté para dejar que Dif y mi madre echaran un vistazo por la rendija.

—Tendremos que esperar a que se vayan esos Bibliotecarios —les susurré.

—No hay tiempo —dijo mi madre.

Se enderezó, abrió la puerta de un empujón y entró en la sala. Yo ahogué un gáñido de irritación y busqué mi lente de llenavergüenza. Pero no me atrevía a enfocarla hacia personas. Ni siquiera hacia Bibliotecarios. Era...

—¡Vosotros dos! —bramó mi madre—. Tenemos heridos en la caverna principal.

Los dos científicos bibliotecarios, un hombre y una mujer, dieron media vuelta, se fijaron en la túnica de mi madre y luego miraron de soslayo la luz de la pared que indicaba que tenía permitida la entrada allí.

—¿Heridos? —preguntó el Bibliotecario varón—. ¿Por qué iba a haber heridos?

—¿No habéis prestado atención? —restalló mi madre—. ¡Necios inútiles! Los rebeldes han abierto una brecha en la Sumoteca.

—¿Han causado ellos el viento? —preguntó la otra científica, señalando una pila de papeles que habían tenido que asegurar con matraces llenos de agua.

—Obviamente —dijo mi madre—. Y, además, traen armas de las nuestras, robadas del campo de batalla en Mokia, y las están usando para dejar inconscientes a nuestras tropas. Necesito la cura, incontinenti.

—¿Incontinenti? —preguntó la mujer.

—Viene del latín —dijo mi madre—. Significa que os arrancaré la lengua como no me obedezcáis AHORA MISMO.

Obedecieron, yendo a toda prisa hacia un botiquín y abriéndolo. Cuando me puse a su lado, mi madre se cruzó de brazos y enarcó una ceja. Quizá no tuviera muy buen concepto de sus habilidades maternas, pero tenía que reconocer que poseía una envidiable capacidad para salirse con la suya. La gente acostumbraba a hacer lo que les decía, aunque fuera solo porque su presencia era tan repulsiva que querían librarse de ella cuanto antes.

—Vamos a necesitar mucho más que una ampolla —dije.

—No os hará falta —dijo la mujer, destapando la que había cogido—. Esto está superconcentrado. Les sorprendería lo mucho que pueden hacer unas gotitas de nada. Solo hay que sostenerlo bajo la nariz del sujeto y, cuando huelen los efluvios, despiertan.

La ampolla dejaba escapar un nítido aroma a canela. No parecía peligroso inhalarlo. Mi madre me miró y asentí con la cabeza. Como mínimo, sería suficiente para Bastille.

—Nos lo llevamos —dijo mi madre, extendiendo un brazo.

—No se nos permite perder de vista los superproductos químicos de nivel ocho —objetó la mujer, volviendo a tapar la ampolla.

Mi madre le lanzó una mirada asesina, pero la científica se mantuvo firme.

—Bien —dijo Shasta bruscamente—. Llévalo al sanctasanctórum central, cerca del altar. Administradlo a cualquiera que haya caído.

—Estooo —dijo la mujer, incómoda—. ¿Ahí es donde está peleando todo el mundo?

—Eso he dicho.

—Pero yo soy científica.

—No te preocupes —dijo mi madre—. Puedes llevarte a tu colega. Estoy segura de que no os pasará nada si vais los dos.

Tras un breve duelo de miradas, la mujer se vino abajo y asintió con la cabeza. Los dos científicos se marcharon, huyendo de la mirada furibunda de mi madre como si los hubiera pillado comiendo manzanas en el Jardín del Edén.

Cerré la puerta cuando hubieron salido y corrí hacia el botiquín del que habían sacado la ampolla. Estaba cerrado con llave. Intenté forzarlo, renegando en voz baja. Estaba todo hecho de metal y sujeto a la pared. Iba a hacerme falta una palanca para abrirlo.

—Estamos perdiendo tiempo —dijo mi madre, cruzando los brazos.

—Mis amigos cuentan conmigo —musité.

—Tus amigos no son tan importantes como el destino del mundo.

—En eso tengo que estar de acuerdo —dijo Dif—. Por increíble aunque irresponsablemente impulsivo que haya sido esto, primo, no podemos quedarnos aquí mucho más.

—Un minuto —dije mientras cogía un destornillador de una mesa cercana e intentaba usarlo para hacer palanca y abrir el botiquín.

Menuda ridiculez. Allí estaba yo, intentando romper algo. Y fracasando. ¿Cuántas veces me había ocurrido en la vida? Ciertamente, mi Talento a veces lo había roto todo menos lo que yo quería, pero durante los últimos meses junto a mi familia, había aprendido a controlarlo. Había dejado de romper cosas por accidente. Había canalizado mis poderes, como me había enseñado el abuelo.

Y ahora... nada. Me alarmó lo incapaz que me sentí de repente, lo imposible que me resultaba superar aquella laminilla de metal y su estúpida cerradura. A los pocos minutos de esforzarme en vano, sintiéndome objeto de las miradas de mi madre y Dif, dejé el

destornillador en la mesa metálica con un golpe que resonó por toda la estancia.

¡Si había una cosa que en teoría era capaz de hacer, era romper cosas! Fue como si me faltara una parte fundamental de mí mismo. ¿Era así como se sentían mi abuelo y los demás? Yo, hasta cierto punto, había disfrutado de la pérdida de mi Talento; al fin y al cabo, no hacía tanto tiempo que lo había considerado una maldición, más que un superpoder.

Me volví para mirar a los otros, para suplicarles que me ayudaran a abrir el botiquín, y entreví mi reflejo en una vitrina cercana. Me estaba observando, y no se movió cuando yo lo hice.

—Eres él, ¿verdad? —pregunté al reflejo—. ¿El Talento?

—¿Alcatraz? —dijo mi madre.

No le hice caso y miré a mis propios ojos en el cristal de la vitrina. La figura negó con la cabeza.

Hice una mueca. Ya me lo esperaba, pero aun así hice una mueca.

—¿Qué eres, entonces? —exigí saber.

La figura vocalizó unas palabras. Soy tú.

—Rompiás cosas —dije—. Lo rompías todo. Eso no era yo. Yo no quería.

¿No querías?, preguntó el reflejo. ¿No querías apartarlos a todos? ¿No querías estar solo?

—Eh...

¿Qué soy para ti?, vocalizó la figura. Casi podía oírlo. ¿Algo que controlar, que embotellar, que utilizar? ¿Y luego descartar?

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté, plantándome enfrente del cristal—. ¿Por qué me dejaste salvar Mokia y luego te marchaste?

Tal vez, vocalizó el reflejo, estaba harto de que me echaran la culpa de cosas de las que no soy responsable.

Miré el cristal y noté lágrimas cayendo de las comisuras de mis ojos. Mi madre se acercó a mí, titubeante, como si se dispusiera a ocuparse de un animal salvaje. Me tocó en el brazo.

—Alcatraz, ¿te encuentras bien?



—No —le espeté, y devolví mi atención al botiquín. Puse las manos sobre el metal e intenté convocar el Talento. Traté de alcanzarlo, me esforcé en asirlo.

¡Qué cerca estaba! Solo un centímetro más...

Se negó.

Pero mi túnica empezó a hablarme otra vez.

«¡No puedo creer que dejara caer la capucha justo en el peor momento! —sollozó—. ¡Lo he echado todo a perder!»

Y si os parece que ya van demasiados objetos inanimados parlantes, permitidme que os recuerde que sois vosotros los que estáis hablando con un libro.<sup>81</sup>

La lente de llenavergüenza. Solté un improprio y la saqué del bolsillo, pero la noté ardiente al tacto. Me abrasó los dedos y la solté. Rebotó, cayó plana al suelo y liberó un rayo visible de luz directo hacia arriba.

«Tío, qué techo más horrible soy...»

«No puedo creer que lo último que le dije a Bastille fuera una queja porque se suponía que tenía que protegerme —pensó una parte de mí—. Qué vergüenza.»

Oh, oh.

—¡Salid! —chillé a los otros, y entonces volví a coger el destornillador, me agaché y traté de inclinar la lente hacia el botiquín.

«Increíble —dijo el botiquín—. No puedo creer que pillara los dedos a esa científica tan mona. Y, además, en menudo momento, ¿eh? Estábamos los dos aquí dentro, solos, y voy yo y, y... ¡No lo soporto!»

No. No podía destruir el botiquín. Si lo hacía, se romperían las ampollas. De modo que incliné la lente hacia un punto cercano de la pared. También era una posibilidad remota, pero me sentía más cómodo con ella.

«Soy la peor pared del mundo —dijo la pared—. No hago otra cosa que mirar a las otras paredes. ¿Ellas podrán ver las manchitas que tengo? ¿Por eso no me hablan? ¡Oh!»

«Le fallé —pensé—. He fallado a todo el mundo...»

Una sección de la pared explotó mientras la hoja de mi destornillador se fundía. Como había deseado, la pared liberó el botiquín metálico al quebrarse. Logré atraparlo y tenía la parte de detrás abierta. Del

interior saqué un gran frasco de un líquido del mismo color que el que nos había enseñado la científica en la ampolla.

«Soy el peor suelo que ha existido jamás.»

«¡Qué mesa tan lamentable estoy hecha!»

«Lo he fastidiado todo —pensé—. Se me dan tan mal estas cosas que hasta podría explotar...»

Me lancé hacia la puerta, protegiendo el frasco con un brazo mientras en el almacén empezaban a explotar cosas con lluvias de chispas. El techo, las mesas, las paredes. Sus estallidos compusieron una cacofonía atronadora.

Pero sobreviví.

Aunque seguía acechándome una sensación residual de vergüenza, me había alejado lo suficiente. Solo me quedó la imagen de una gran columna de luz que lo consumía todo en aquella sala.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó mi madre.

—Las lentes están haciendo cosas raras conmigo —dije, poniéndome en pie con esfuerzo.

—¿Eso es lo que tú llamas «raro»? —casi gritó, mientras la sala entera se derrumbaba sobre sí misma.

Aturdido, metí la mano en el bolsillo. Se me habían caído las lentes de buscaverdades al ventilador, así que ya solo me quedaban mis lentes convencionales de oculantista y las lentes de mensajero. Bueno, y la lente de formador que me había dado mi abuelo.

—Venga —dije, con el gran frasco de antídoto en la mano—. Vámonos.

No hubo ninguna queja, y Dif me levantó el pulgar. Al parecer, consideraba lo que acababa de verme hacer suficientemente «locuelo» e «inesperado». Saqué las lentes de mensajero y me las puse mientras corríamos túnel abajo.

—¿Abuelo? —dije al activarlas. Sofiqué la preocupación de que me harían brillar; con un poco de suerte, todo el mundo supondría que era un oculantista oscuro.

—¡NO HACE FALTA QUE CHILLES, CHAVAL! —bramó en respuesta la voz de mi abuelo.

—Yo no estoy chillando, tú sí.

—DEBE DE SER POR CÓMO ESTAMOS SOBRECARGANDO LAS LENTES AHORA.

—Digo yo que sí —convine, quedándome atrás de Shasta y de Dif. Esa descarga de llenavergüenza me había dejado muy tocado—. Hemos descubierto dónde guardan los textos en el idioma olvidado y estamos yendo hacia allí.

—¡POR LA REANIMADORA ROWLING! ¡YO TAMBIÉN VOY PARA ALLÁ! ¿HAS ENCONTRADO UN AUTENTIFICADOR?

—Eso y el antídoto para los mokianos. Nuestro autentificador se lo hemos quitado a una oculantista oscura. ¿Y tú?

—ENGAÑANDO A UN BIBLIOTECARIO DE LOS QUE MANEJAN LOS SISTEMAS DE VENTILACIÓN DE AQUÍ. JUSTO ANTES DE TRABAR ESOS TRASTOS A PLENA POTENCIA.

—¿Eso lo has hecho tú? —dije.

—HE PENSADO QUE PONDRÍA TODO ESTO PATAS ARRIBA. LOS BIBLIOTECARIOS NUNCA RAZONAN BIEN SI TIENEN LOS LIBROS REVUELTOS.

Decidí no mencionar que los ventiladores casi me habían enredado a mí también.

—¿Y ese es tu plan para destruir este sitio? ¿Los túneles de viento?

—BUENO, ESO... —dijo el abuelo— Y ACTIVAR EL MECANISMO DE AUTODESTRUCCIÓN DE LA SUMOTECA.

Me quedé plantado en el sitio.

—¿El qué?

—NO TE PREOCUPES —repuso el abuelo—. LO HABRÁN DESARMADO ANTES DE QUE ESTALLE. AÚN NO HE CONSEGUIDO NUNCA QUE UN TRASTO DE ESOS EXPLOTE DE VERDAD, PERO AL MENOS PONDRÁ HISTÉRICOS A LOS BIBLIOTECARIOS DE ALTO NIVEL Y PUEDE QUE NOS LOS QUITE DE ENCIMA. NOS VEMOS EN EL ARCHIVO DEL IDIOMA OLVIDADO.

Asentí. Por delante, mi madre se había detenido en el amplio túnel y volvía la vista hacia mí con insistencia. Allí el viento era bastante fuerte. No como para llevársete volando, pero quizá sí para llevarse a tu hermanito muy pequeño.

Seguí avanzando, sintiéndome agotado. Quizá fuesen las secuelas de la lente de llenavergüenza, pero tuve la repentina y casi abrumadora

intuición de que aquello iba a terminar igual que en Mokia. Quizá detendríamos a mi padre, pero ¿qué pasaba con salvar a mis amigos? ¿Qué pasaba con Himalaya y Folsom, y con todos los que estaban luchando en aeronaves sobre la ciudad? ¿De qué servía «ganar» si toda la gente que me importaba terminaba muerta por lograr esa victoria?

Saqué el teléfono y llamé a Kaz.

—¡Al! —dijo al descolgar. Se oían explosiones al otro lado de la línea—. Por favor, dime que ya no te falta mucho ahí dentro.

—¿La batalla no va bien?

—Podría decirse así —dijo Kaz, y soltó una maldición. Se quedó callado unos segundos—. Ha ido por un pelo. Vamos a tener que retirarnos pronto. Y Al, está pasando una cosa muy extraña.

—¿El cristal hace cosas raras cerca de ti?

—¡Sí! ¿Cómo lo has sabido? Cuando pulso botones del panel de mandos de cristal, los activo todos. Casi me ha costado la vida. Tengo que dirigir la nave con toquecitos delicados. No sé cuánto tiempo aguantaré antes de que algo salga muy, muy mal.

—Vale —dije—. Quiero que te retires. Pero antes necesito que hagas una cosa muy loca.

—¿Cómo de loca?

—Loca que no veas.

—Me vale. ¿Qué es?

—Necesito que te lances en picado por el agujero que hemos hecho hacia la Sumoteca —expliqué—. Himalaya y Folsom están ahí dentro con un equipo de soldados, y los tienen acorralados. Quiero que poses a Pingüinator, los recojas y escapéis.

—Tenías razón —dijo él—. Es una cosa muy loca. Lo haré.

—Cuando los tengas a bordo, retiraos.

—¿Y tú?

—Tengo otra forma de salir —mentí.

No quería que muriera nadie más por las idioteces que yo había dicho a los monarcas. El abuelo, Dif y yo tendríamos que buscarnos nuestra propia salida. Los Smedry siempre escapaban de esa clase de aprietos, ¿verdad?

—¿Alguna novedad sobre devolver los Talentos? —preguntó Kaz.

—Todavía no.

—Lástima. Tengo todo el rato la sensación de que casi puedo hacer funcionar mi Talento.

Colgó y le envié en un mensaje el número de Himalaya, y luego envié otro a ella diciéndole que se preparara para la llegada de Kaz. Se me hacía bastante raro estar utilizando de nuevo la tecnología; no dejaba de temer que el teléfono se derritiera entre mis dedos, o que me hablara, o algo.

Mi madre y Dif aflojaron el paso por delante de mí. ¿Ellos también podrían alimentar el cristal? Quería poner a prueba la teoría, pero vacilé, pensando en qué pasaría si daba a mi madre esa información.

«El autenticador —pensé—. Se le ha descontrolado en la mano, sin que yo lo tocara. Podría estar interfiriendo ella con el cristal que lleva.»

Más preguntas. Notándome exhausto y confuso, alcancé a mis compañeros ante una puerta doble metálica. Las luces que tenía a los lados estaban en verde. Podíamos entrar.

Eso si de verdad queríamos hacerlo. Lo cual era discutible, ya que, al abrirse las puertas, vi que la mayor parte del suelo faltaba.

Sí, faltaba. Lo único que se parecía a un suelo era una larga pasarela que llevaba desde nuestra puerta a una plataforma que había en el centro de la sala. En la plataforma se alzaba una caseta, parecida a los archivos de la cámara principal. Dentro se veían estanterías.

Aparte de eso, la estancia era un pozo. Llegaba de abajo un familiar «zuf-zuf-zuf». No había techo, sino solo una abertura larga y oscura como la de la anterior toma de aire que había visitado. El viento llegaba furioso desde el túnel superior, atraído hacia abajo por otro enorme ventilador de los que usaban los Bibliotecarios para distribuirlo por toda la Sumoteca.

—Ventilador —dije—. ¿Construyeron el archivo de idiomas olvidados sobre un precipicio mortal?

—Los Bibliotecarios —respondió mi madre— tienen más en común con los Smedry de lo que ningún bando quiere reconocer. Los dos sois capaces de deslomaros solo para añadir un mero efecto teatral a lo que hacéis.

Me estremecí, pero no podíamos hacer otra cosa que cruzar aquella pasarela. Al menos, parecía más robusta que el puente de cuerda. Mi madre abrió el paso, seguida por mí y con Dif en la retaguardia. No

había barandilla y, aunque la pasarela medía casi metro y medio de ancho, me sentí como un funambulista, con el viento removiéndome el pelo y la ropa, consciente a cada paso del riesgo de caer hacia aquellas aspas de ventilador.

Nunca me había alegrado tanto de entrar en una biblioteca como cuando bajé de aquella pasarela y me metí en el espacio de la pequeña cabaña, donde (por suerte) el viento era mucho menos intenso. El lugar parecía desierto. Estaba iluminado por luces eléctricas en las paredes y surtido con centenares de textos en el idioma olvidado, muchos de los cuales estaban en papiros enrollados.

—Vacío —dijo Dif, con los brazos en jarras—. ¿No teníamos que encontrar aquí a tu padre?

—Ah, está aquí —dije yo.

—¿Dónde? —preguntó mi madre.

—Lleva puestas lentes de disfrazador.

—¿No estabas prestando atención? —me soltó mi madre—. La Sumoteca tiene medidas establecidas contra esas cosas. Cualquiera que use lentes para hacerse pasar por otro, brillará.

—No, si ya lo sé —repuse—. Attica cuenta con ello, ya que le viene bien para el disfraz. ¿No es así, padre?

Algo se movió al lado de una estantería, saliendo de su escondite. Era una silueta fantasmagórica y resplandeciente, con sus espectrales vestiduras colgando hechas harapos. Llevaba puesto un monóculo.

Era un Conservador muerto viviente, un Bibliotecario de los que merodeaban por Alejandría. O alguien vestido igual que ellos.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó el fantasma con la voz de mi padre.



81. Porque estáis leyendo esto en voz alta, ¿verdad? A ver, estoy seguro de que en algún momento os he dicho que lo hagáis con estos libros.

## Capítulo

18



Los Bibliotecarios tenían miedo de un fantasma —le dije—. En concreto, de uno del tipo que había en Alejandría. ¿Y quién mejor para imitarlos que el único hombre que se unió a ellos y luego escapó? Además, si las defensas bibliotecarias van a hacerte brillar, ¿por qué no incorporar eso a tu disfraz?

Me encogí de hombros. Yo lo veía lógico.



—Así me gusta —dijo mi padre, mientras la imagen espectral desaparecía, reemplazada por su auténtico aspecto. Attica Smedry era un hombre alto y apuesto, con demasiada sonrisa en la boca. Llevaba un par de lentes y un elegante traje de los Reinos Libres que, en mi opinión, se parecía mucho a un pijama.

Cuando estuve con mi padre en Nalhalla, se apresuró a camelarse a toda persona que consideraba importante.

La definición no me incluía a mí.

Quizá sea esa la moraleja de estos libros. Puede que vosotros, lectores, os llevéis como el perro y el gato<sup>82</sup> con vuestros padres, pero lo más seguro es que ni por asomo os vaya tan mal con ellos como a mí. Por lo menos vuestra madre no pertenece a una secta malvada que ha conquistado medio mundo, y por lo menos vuestro padre no intenta destruir el otro medio sin darse cuenta.

—Es... es un buen disfraz, Attica —dijo mi madre—. Los Bibliotecarios que te hayan visto habrán pensado: «¿Qué hace un Conservador de Alejandría flotando en nuestras salas?», en vez de sospechar que eres un espía. Han perdido el tiempo resolviendo el enigma equivocado. Al hacerte notar, tus auténticos motivos se han vuelto invisibles. Brillante, como de costumbre.

—Gracias —respondió mi padre.

Shasta metió la mano en el bolsillo de su túnica y sacó una pistola.

—¡Madre! —grité—. ¡Las normas! ¡Tu promesa!

—Las promesas no significan nada —replicó— cuando está en juego el destino del planeta.

—Ese argumento ya es viejo, Shasta —dijo mi padre, separando las manos a los lados—. Y estoy aburrido de oírlo. Esto no va a destruir el mundo; simplemente destruirá a los Bibliotecarios.

—¿Talentos de los Smedry? —preguntó ella—. ¿En manos de todo el mundo?

—Igualdad —dijo mi padre.

—Fama para ti.

—No seas mezquina —le soltó mi padre—. Esto acabará con el control de Biblioden. ¿Los Bibliotecarios quieren hacer creer a la gente que el mundo es normal y corriente? ¿Quieren mantener en secreto los Reinos Libres? Pues muy bien, a ver cómo mantienen esto en secreto. ¡Talentos para todos!

—Locura.

—Inevitabilidad —dijo él—. No puedes impedirlo, ni siquiera si me matas. Alguien averiguará cómo hacerlo en algún momento. Ya puestos, bien puedo ser yo.

—Y siempre volvemos a tu ego —afirmó ella, levantando el arma. Noté una punzada de alarma—. Al final todo se reduce siempre a eso.

Mi padre la miró a los ojos.

—Él ha vuelto, ¿sabes?

Mi madre no respondió.

—Biblioden —dijo mi padre—. Ha reaparecido. Sospecho que sabía que sus tramas tardarían siglos en dar frutos, de modo que buscó la forma de dormir y esperar, dando tiempo a su reino para que se expandiera. Ahora que tiene al alcance de la mano la victoria, el final de los Reinos Libres, ha vuelto para dar el golpe de gracia. Pues bien, yo voy a dar a la gente un arma con la que combatirlo. ¡A ver cómo les va a los Bibliotecarios cuando toda persona a la que intenten dominar tenga el Talento de Romper!

—Estás loco —susurró mi madre. Aunque sostenía la pistola con mano firme, alcancé a ver una lágrima en su mejilla.

—¡Madre! —repetí—. ¡Madre!

Me miró un instante.

—Lo has prometido —dije—. Hablo yo antes con él.

—No cambiaré, Alcatraz. Nunca cambia.

—Pero ¿de verdad quieres apretar ese gatillo sin saberlo? —pregunté—. ¿Sin darle una oportunidad más?

Mi madre titubeó un momento y luego suspiró y bajó el arma.

Un rayo de luz salió del ojo derecho de mi padre e impactó en ella, arrojándola hacia atrás. Cayó al suelo, inconsciente, y la pistola resbaló de entre sus dedos hacia la puerta.

—¡Madre! —chillé, corriendo junto a ella.

—Ah, no te preocupes —dijo mi padre con una risita—. Es solo una lente de topetador. Despertará con dolor de cabeza dentro de unas horas,

sabiendo que he vuelto a vencerla. A estas alturas, ya estará acostumbrada, sospecho.

Puse a mi madre bocarriba. Era cierto que seguía respirando, pero tenía un lado de la cara de un tono rojo brillante, como si le hubieran dado un bofetón bien fuerte.

—Vaya —dijo mi padre—. La lente está haciendo cosas raras otra vez. No creía haber enviado tanta energía a través de ella. En fin, ¡buen trabajo haciendo que bajara la pistola, hijo mío! Eso sí que ha sido funcionar bien en equipo.

¿Ahora era «hijo mío»?

—Dif —llamé—, sal fuera de la caseta y espera al abuelo. Ha dicho que venía para acá. Avísame si lo que aparece son Bibliotecarios.

—Eso está hecho —respondió Dif, y salió por la entrada de la caseta.

Mi padre seguía riendo para sí mismo mientras sacaba una pila de cuadernos escondidos detrás de una estantería.

—Shasta tendría que haber imaginado que llevaría puestas dos lentes distintas —dijo—. Lente de disfrazador en un ojo y de topetador en el otro. Anda que el truco no es viejo, aunque sea muy difícil llevar dos lentes distintas a la vez.

De mala gana, dejé a Shasta en el suelo. No era una buena madre, pero tampoco era mala persona, o como mínimo intentaba hacer lo correcto. No podía decir lo mismo con seguridad de mi padre.

—Ven, hijo mío, y deja que te enseñe lo que he descubierto.

Attica se sentó a una mesa y cambió las lentes que llevaba puestas por otro par distinto. Reconocí las nuevas. Eran lentes de traductor. El primer tipo de lentes que yo había poseído jamás, al menos si contábamos la bolsa de arena que me había llegado el día de mi cumpleaños.

—De verdad es posible hacerlo —dijo mi padre, apartando una pila de textos en el idioma olvidado y pasando páginas de sus notas. A mis ojos desnudos, parecían ser solo garabatos en una página, y ni siquiera en plan: «Está en un idioma que no conozco.» Tenían todo el aspecto de los garabatos y dibujitos que podría hacer un niño de dos años.

—Padre, no estoy nada convencido de que debamos dar Talentos a todo el mundo —objeté, mirando sus notas por encima de su hombro—. ¿Y si mi madre tiene razón? ¿Y si hacerlo provoca un desastre?

—Paparruchas —dijo mi padre—. Hijo, tienes que entenderlo. Tu madre es Bibliotecaria. En el fondo de su alma, tiene un miedo tremendo al

cambio, por no hablar de lo mucho que la aterra la idea de que la gente normal escape a su control. Por ejemplo, mira lo que te hizo en tu infancia.

«¿Y tú lo hiciste mejor, acaso?», pensé. Por lo menos ella me había tenido un ojo echado. A saber dónde había estado Attica durante casi todo ese tiempo.

—Lo que he descubierto es revolucionario —siguió diciendo mi padre—. Lo cambia todo.

—¿A qué te refieres?

Tenía que hacer que hablara, ganar el tiempo suficiente para que llegara mi abuelo. Yo me sentía inútil del todo a la hora de tratar con mi padre, pero el abuelo... sabría qué hacer.

—Está todo aquí —dijo mi padre, separando las manos—. La historia de los incarna. Cómo se dedicaron a llevar los Talentos de los Smedry al mundo.

—Esos Talentos los destruyeron —repliqué con un escalofrío.

—No fue así. —Attica se volvió hacia mí, con los ojos titilantes. En ese momento me recordó mucho a su padre—. Ahí está el secreto, hijo. Eso es lo que todo el mundo ha entendido mal. Los Talentos no fueron responsables de la destrucción de Incarna.

—Alcatraz I pensaba que sí —argumenté—. Dejó una advertencia sobre el Talento de Romper. Lo llamó... ¿«La maldición de los incarna», era?

—Alcatraz I era un pedazo de alcorneque —dijo mi padre con un gesto desdeñoso de la mano—. Odiaba el Talento, decía que lo había traicionado. Pero según estas crónicas, no era porque su Talento hubiera destruido a su pueblo: dejan claro que su furia se debía a que su Talento no había logrado salvarlo.

—No había logrado... ¿cómo?

—No estoy seguro de lo que significa —confesó mi padre, bajando la voz mientras seguía pasando páginas de sus anotaciones—. Pero estos libros no dejan lugar a dudas. Los Talentos se crearon para impedir la destrucción de Incarna, después de que el lugar ya corriera peligro. No sé en qué se supone que debían ayudar. Pero lo que sí sé es que no destruyeron a los incarna. Lo que de verdad derrumbó su civilización fue el poder. La energía.

Dejó una página a la vista y le dio unos golpecitos con las uñas antes de seguir hablando.

—La energía mueve el mundo, hijo. Petróleo, carbón, arena brillante... Los incarna inventaron cristales de todo tipo, pero sus formas de alimentar tales descubrimientos eran limitadas. La arena brillante costaba mucho de extraer. Los oculantistas eran de lo más infrecuentes, y solo podían usar lentes de tipos muy específicos y especializados. Anhelaban algo distinto, algo más. Y lo encontraron. Una fuente de energía tan inmensa que podía cargar todo el cristal que quisieran.

—¿Qué era? —pregunté, desarrollando un interés genuino.

—Algo peligroso —susurró mi padre—. Aún no sé qué era. Pero estaban decididos a utilizarlo. Consideraban injusto que hubiera tan pocos oculantistas. Querían ser todos ellos oculantistas y tener cristal para emplearlo como les diera la gana. Pero esa energía que descubrieron... no fueron capaces de controlarla. Era demasiado para ellos.

Y de repente, lo entendí.

La destrucción de Incarna.

La columna de luz.

El motivo de que pudiera alimentar el cristal tocándolo.

Y la verdad que había detrás de los Talentos. La causa de que funcionaran tan a lo loco, cuando no queríamos que lo hicieran.

—Somos nosotros —susurré—. Nosotros somos la fuente de energía.

—¿Cómo dices? —preguntó mi padre.

—Hicieron algo a nuestro linaje —dije.

La columna de luz de mi visión... era como la destrucción que provocarían unas lentes de predefuegos.

—Nos crearon —continué— para alimentar su cristal y proporcionar energía a su cultura. Pero resultamos ser demasiado poderosos, y el cristal empezó a volverse loco cerca de nosotros. Igual que está haciendo ahora. Nos convirtieron a todos en oculantistas... no, no solo en oculantistas, sino en una especie de superoculantistas, capaces de cargar cualquier tipo de cristal.

—Interesante —dijo mi padre.

—La mayoría de los Talentos imitan el poder de las lentes. ¿Y si los Talentos son fruto de lo que ocurrió cuando nos crearon los incarna? O quizá... No, padre, has dicho que su propósito era ayudar. A lo mejor nos concedieron los Talentos para que impidieran la destrucción. Como una forma de canalizar la energía.

»Tiene sentido. A Kaz y a Himalaya les está empezando a pasar también. El efecto es más pronunciado en el abuelo, en ti y en mí porque además somos oculantistas. Y oculantistas natos, con lo que ampliamos el poder que nos dieron los incarna. Alcatraz I también lo era. Y ahora que ya no hay Talentos, la fuente de energía no tiene por dónde salir. Se está acumulando, y la liberamos al tocar cristal, cualquiera de nosotros. Pero ¿cómo pudieron darnos los Talentos, en un principio?

—Interesante —dijo mi padre.

Lo miré. ¡Ni siquiera me estaba prestando atención! Estaba leyendo otra página y asintiendo distraído con la cabeza, pero no daba signos de haber oído nada de lo que le había dicho.

—Padre, ¿cómo nos dieron los Talentos los incarna?

—¿Eh?

—Los Talentos —repetí—. ¿Cómo nos los proporcionaron los incarna?

—Ah, bueno, eso tiene algo que ver con una cosa que llamaban los «poderes oscuros». Creo que puedo reproducir lo que hicieron, pero voy a tener que ir a la Aguja del Mundo. Está conectada con todos los seres vivos, ¿sabes? Así que, si llevo a cabo la ceremonia correctamente, podré usar esa conexión para enviar los Talentos al mundo. Perfecto, diría yo. Muy elegante.

—Los... poderes oscuros. ¿El adjetivo no te da ni un poco de reparo?

—¿Debería? —preguntó, distraído de nuevo.

Me aparté. Seguía sin hacerme caso, como siempre. Suspiré y me dirigí a la salida para esperar a mi abuelo, pero al momento me detuve.

Había una cosa que necesitaba saber. Busqué en mi bolsillo y saqué la lente de formador. Tenía un tacto cálido: estaba alimentándola sin querer. Nosotros éramos la fuente de energía que de algún modo habían creado los incarna. Hasta hacía poco, los Talentos habían servido para dar un uso a nuestro exceso de energía, como un tubo de desagüe para desviar el exceso de lluvia.

Alcé la lente y miré a mi padre. El abuelo me había advertido sobre ella, me había dicho que podía proporcionarme demasiada información. Información ilegítima.

La usé de todos modos, y empecé a brillar.

A través de la lente, vi lo que mi padre más deseaba en la vida. Lo vi erguido sobre un pilar, rodeado por una marabunta de gente que lo miraba con ojos de adoración. Algunos le dedicaban gritos

emocionados, otros le arrojaban regalos. Todos lo idolatraban, lo amaban.

Era exactamente lo que había esperado. Pero, en la visión, yo estaba a su derecha y Shasta a su izquierda. Sí, quizá fuesen versiones idealizadas de nosotros dos, quizás yo pareciera el niño de una teleserie de los años cincuenta, con mono y pecas, y quizá mi madre luciera un vestido alegre y una sonrisa dulce, pero estábamos allí.



Aparté la lente. No sé por qué, pero todo habría sido más fácil si su visión de un mundo perfecto no nos incluyera a nosotros. De verdad

quería tener familia. De verdad me quería con él, o como mínimo más o menos.

—Eh, Alcatraz, ven a ver esto —dijo mi padre—. Tienes que leer lo que decía Platón sobre su visita a los incarna. Es muy interesante.

Me quedé donde estaba. De repente, deseé que nunca me hubieran dado aquella lente de formador. ¿De qué me estaba sirviendo? La metí con brusquedad en el bolsillo.

—Padre —dije—, no sabemos qué efecto tendrán los Talentos en la gente normal.

—¿Cómo dices?

—¿Quieres escucharme, aunque sea solo una vez? —exclamé, cogiéndolo del brazo—. Nuestro linaje es la fuente de energía. Nosotros somos lo que crearon los incarna. Los Talentos funcionan porque les insuflamos energía, así que ¿qué pasará a la gente normal que los obtenga?

—Nosotros... somos la fuente de energía... —Mi padre puso los ojos como platos—. ¡Pues claro, ya lo creo que sí!

—No podemos seguir adelante —insistí— hasta que sepamos lo que van a hacer los Talentos a la gente normal. Tenemos que aprender de los actos de nuestros antepasados. Podemos estudiarlo, pero no podemos lanzarnos a ello sin pensar, como unos... como unos...

¿Como unos Smedry?

Mi padre torció el gesto y me arrancó su brazo de la mano.

—Suenas igualito que ella. Bueno, ya entraréis en razón los dos cuando haya terminado. Reconocerás que esto ha sido un descubrimiento increíble.

Era cierto que no había forma de que cambiara, ¿no?

—¿Hijo? —preguntó una voz.

Por fin. Me volví, aliviado, mientras entraban el abuelo Smedry y Draulin, seguidos de Dif.

—A ver —dijo el primo Dif—, ¿ya están aquí todos los que esperábamos?

—Creo que sí —respondí.

—Excelente —dijo Dif.



Y entonces, con la pistola de mi madre, disparó al abuelo Smedry en la cabeza.

82. ¿Y el pan?

Capítulo

19



No pue

De verdad que no puedo

Yo

él

...

Vale. Sí. Dif disparó a mi abuelo. A bocajarro, en la cara y con una pistola de verdad. El abuelo se derrumbó hacia atrás sin emitir un solo sonido.

Doy por hecho que creéis que esto tiene truco. Ojalá pudiera deciros algo que os dejara satisfechos.

En vez de eso, permitid que os lo aclare: la bala era de verdad. Después de tantos trucos y escarceos con la muerte, mi abuelo, Leavenworth Smedry, por fin había topado con un final que no podía impedir.

Draulín fue la primera en reaccionar. Se abalanzó contra Dif, pero por todo su alrededor llegó una ráfaga de brillantes disparos desde justo fuera de la sala, y al menos una docena de ellos la alcanzaron. Identifiqué los rayos como descargas de las armas de coma que habían utilizado los Bibliotecarios en el asedio de Tuki Tuki.

Quiero decir que una parte de mi mente los identificó. El resto de mí se quedó allí plantado como un idiota, anonadado por la repentina traición.

Mi padre estaba mucho más espabilado. Se quitó de la cara sus lentes de traductor y alzó las otras.

Dif arrancó las lentes de la mano de mi padre con un disparo casi indiferente, que hizo estallar la lente de topetador y tachonó de esquivarlas la piel de mi padre.

—Qué armas tan burdas son las pistolas ordinarias —dijo Dif, avanzando con paso firme pistola en mano. Le había cambiado la voz. Sonaba más tranquila, más directa, más suave—. Pero hay que aprovechar las herramientas que se te ofrecen.

Se detuvo junto a mí y me puso la pistola en la cabeza. Me descubrí tiritando, revelado como un cobarde de una vez por todas. Draulín había intentado detenerlo; mi padre había intentado detenerlo. Todo lo que podía hacer yo era mirarlo.

«Abuelo...»

Noté tibio el cañón de la pistola contra la frente.

—Ríndete, Attica —dijo Dif—, a no ser que quieras quedarte sin hijo además de sin padre.

—Eres un monstruo —dijo mi padre. Había levantado la mano ensangrentada para mirarla, pero la otra mano ya estaba descendiendo hacia su bolsillo, sin duda para sacar otra lente. Dejó de hacerlo cuando Dif amartilló la pistola.

Llegaron soldados y más soldados bibliotecarios por la pasarela de fuera y entraron en la sala. No eran del tipo «pajarita y gafas» que había visto por todas partes. Los que llegaron eran soldados futuristas con cascos y uniforme negro de las fuerzas especiales, como los que salen en las películas.

—Eres uno de ellos —susurré a Dif.

—He aprendido cuatro cosas después de tantos años combatiendo al clan Smedry —dijo Dif, apartándose de mí mientras varios soldados agarraban a mi padre por los brazos, lo cacheaban y le quitaban las lentes—. Una de ellas es el poder de una buena infiltración. Vosotros siempre estáis colándoos entre mis agentes y mis equipos. Y al final me dije: ¿Por qué no devolverles el favor? —Me miró y sonrió.

Y en sus ojos vi la inmensidad. Un conocimiento, una amenaza y sobre todo una profundidad superiores a cualquier cosa que hubiera habido antes en ellos.

—No —susurré—. No eres un Bibliotecario. Eres el Bibliotecario.

Biblioden el Escriba había estado entre nosotros todo el tiempo.

Un soldado se acercó a él y le hizo un saludo militar.

—Zona asegurada, mi señor.

Le tendió un saquito con todas las lentes que había confiscado a mi padre.

—Así que eres él, supongo —dijo Attica con una mueca burlona—. O afirmas ser él y estos otros te creen.

—Luché contra tu tataraloqueseatatarabuelo —replicó Biblioden, guardándose la bolsa de lentes—. Era casi tan desesperante como tú. Sabía que estabas aquí, en alguna parte, Attica. Pero ¿dónde? ¿Y cómo? Iba a dejar que te encontrara mi gente, porque estaba muy ocupado con mi trabajo en la Aguja del Mundo. ¡Pero entonces va y me cae esta oportunidad del cielo! No he podido resistirme. —Miró a mi padre—. Lo que más me fascina es que los Smedry seáis incluso peores que cuando me fui. Es como criar ratas.

—Tu supuesto Talento —dije, comprendiéndolo—. Lo elegiste a propósito porque sabías que así nadie podría demostrar que no lo tenías. Y en el puente, después de hablar con los dinosaurios, la oculantista oscura no ha huido porque me reconociera a mí... sino porque te ha reconocido a ti. Le había dicho que trabajaba para ti y ella no se lo había creído, así que cuando has aparecido le ha entrado el pánico por si te había ofendido.

Dif sonrió.

—Y me has roto la lente de buscaverdades —susurré—. Pero ¿cómo...? ¿Cómo nos engañaste para...?

—Solo tuve que engañar a tu abuelo —dijo Dif—. Eso fue hace tiempo, claro. Maté a un niño Smedry y a sus padres que vivían en las Tierras Silenciadas y, años más tarde, convencí al viejo Leavenworth de que yo era el niño, que había sobrevivido en la espesura de las Tierras Silenciadas por mi cuenta. Sobre todo lo hice para llegar a la Aguja del Mundo. ¿Quién iba a rechazar a un Smedry conocido? Y ahora... ¡en fin, quién iba a adivinar que mis esfuerzos darían este fruto!

Fue con paso tranquilo al escritorio de mi padre y extendió una mano; al instante, un soldado recogió los cuadernos a toda prisa y se los entregó.

—Gracias —dijo Dif— por reunir las Arenas de Rashid para mí. Y los códigos de los incarna, menudo enigma más frustrante. Os... agradezco todo lo que habéis hecho, ratitas. Me ha venido muy, muy bien.

Biblioden levantó el primer cuaderno de mi padre y lo hojeó a toda velocidad. Un «frus» rápido.

—Ah, ya veo.

«Se ha ofrecido él a venir —pensé, recordando que, según mi abuelo, Dif se había puesto en contacto con él—. Y no paraba de intentar separarme de mi madre. Nos la ha estado jugando durante toda la misión.»

Dif «fruseó» un segundo cuaderno a la misma velocidad y pasó al siguiente.

—Sí...

«No puede estar leyéndolos tan deprisa, ¿verdad?»

«Frus.» Otro cuaderno terminado.

Tenía que hacer algo. A mí no me habían registrado, aunque había varios soldados apuntándome con sus armas. ¿Qué tenía encima? ¿Mi lente de formador? ¿Podía utilizarla para algo? Muchas veces había resultado que las lentes raras que me daba mi abuelo, las basadas en la información, eran sorprendentemente útiles en momentos de tensión.

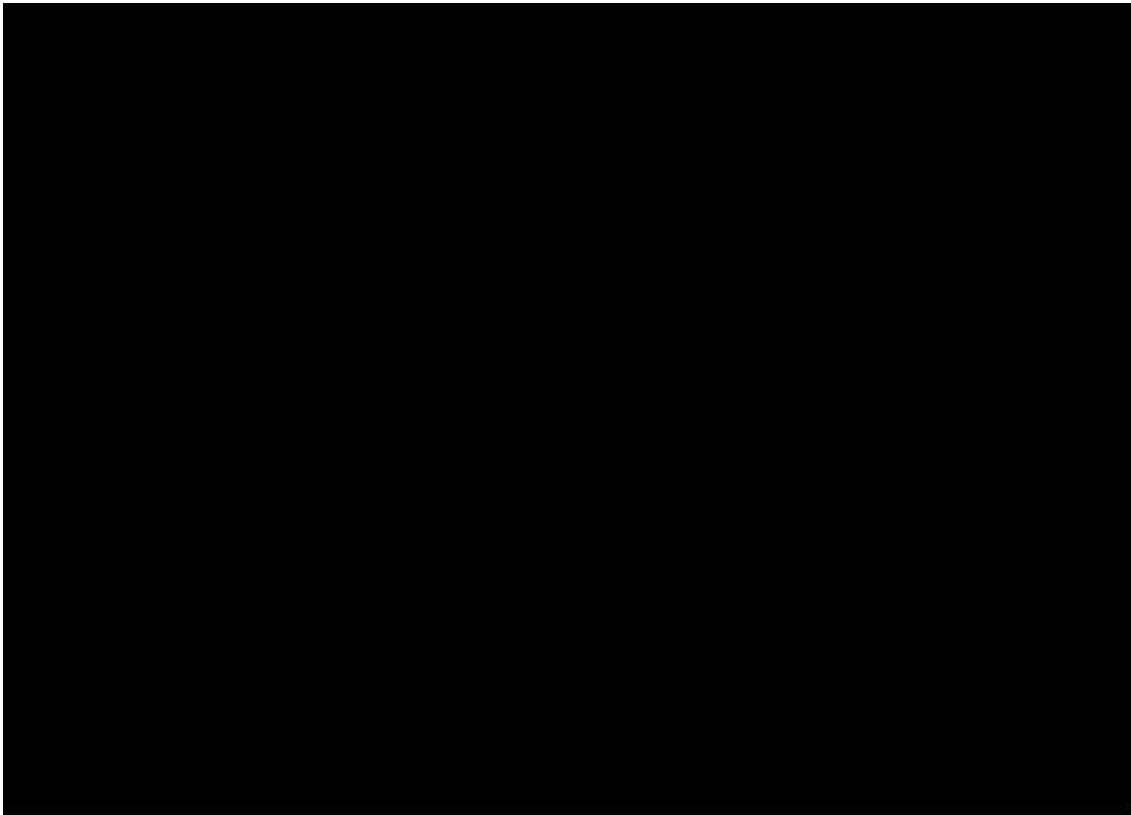
Abuelo...

«No pienses en eso —me regañé—. Podría seguir vivo.» A veces la gente sobrevivía a un disparo en la cabeza, ¿no?

Cerré los párpados con fuerza mientras Biblioden seguía leyendo a supervelocidad las notas de mi padre, metí la mano en el bolsillo y saqué la lente de formador. ¡Cristales rayados! ¡Casi estaba demasiado caliente para tocarla!

La alcé con cautela y la activé para mirar por ella a Biblioden el Escriba, para conocer sus deseos más íntimos.

Vi lo siguiente:



Oscuridad.

Una oscuridad espesa y cautivadora. Como un océano a medianoche. O como el inabarcable vacío del espacio, si se hubieran apagado todas las estrellas. Tenía algo ajeno, hueco y terrible que no logro describir, ni voy a intentarlo.

Ahogué un grito y solté la lente.

—Sí —dijo Biblioden mientras dejaba en el escritorio el último cuaderno—. Qué ganas tenía de que intentaras eso. —Sonrió.

Su sonrisa parecía carecer hasta de la más tenue brizna de humanidad. Trastabillé hacia atrás, pero topé contra un soldado que me apretó el cañón de su arma entre los omóplatos.

—Gracias —dijo Biblioden— por explicarme que los Talentos están rotos.

Hizo un gesto al soldado que estaba detrás de mí y el hombre hurgó en mi bolsillo. Sacó las lentes de mensajero y las tiró a un lado, y a continuación sacó el teléfono móvil y se lo lanzó a Biblioden. El Escriba marcó.

—Hola. ¿Primo Kaz? ¡Aquí Dif!

Su voz había vuelto a ser como era antes, toda animada y enérgica. Se me revolvió el estómago. Lo había tomado por un Smedry que se esforzaba demasiado, pero en ese momento comprendí lo que sucedía en realidad. Así era como nos veía Biblioden, y aquella caricatura exagerada era su intento de imitarnos.

Apenas alcancé a oír la voz de Kaz desde el otro lado de la línea.

—¿Dif? —respondió—. ¿Qué ocurre? Tengo al equipo de Himalaya.

—¡Aquí ya hemos terminado! —exclamó Biblioden—. ¡Ha sido una pasada! ¡Alcatraz ha usado una bombilla y dos mechones de pelo de yak para resolver el enigma!

—Suenas propio de él —dijo Kaz—. ¿Tenéis a mi hermano?

—Claro que sí, y también un montonazo de textos en el idioma olvidado. ¿Podrías esperarnos antes de despegar?

—Va a estar complicado...

—¡Pero así hacemos las cosas los Smedry! —exclamó Biblioden.

—Vale, os esperamos. Voy a... —Sonó una explosión por el teléfono—. ¡Cristales rayados! ¡Acaban de alcanzar a Pingüinator! ¡Dif, daos prisa!

—¿Kaz? —dijo Biblioden—. ¿Estás bien?

—El condenado trasto ya no puede despegar —dijo la voz de Kaz—. ¡Vamos a refugiarnos otra vez en ese archivo! Traed aquí a mi padre enseguida. Vamos a necesitar otro plan.

—Claro, eso está hecho —prometió Biblioden, y sonrió mientras colgaba—. No tenía ni que haberme molestado. El equipo de artillería ha cumplido. —Pasó el teléfono a un soldado, que a su vez lo lanzó fuera de la puerta y más allá del borde de la pasarela. Cayó hacia el esforzado ventilador de abajo.

Ni siquiera lo oí triturarse.

—Y ahora, andando —dijo Biblioden el Escriba—. Todavía queda mucho que hacer hoy.

—¿Qué planeas, tirano? —exigió saber mi padre, revolviéndose contra sus ataduras.

—¡No hace falta insultar! —replicó Biblioden—. Lo que voy a hacer es ayudarte, Attica. ¡Voy a poner tus investigaciones en práctica! Esto va a ser muy, pero que muy interesante.

Los forcejeos de mi padre fueron en vano; los soldados lo hicieron salir de la estancia. Otros dos recogieron a mi madre, y otros dos levantaron a Draulin por las axilas y se la llevaron a rastras. Dejaron el cadáver de mi abuelo allí tirado.

Draulin.

¡La cura!

Aún la llevaba, en el otro bolsillo. Pero ¿cómo narices iba a poder administrársela sin que me vieran? Me devané los sesos mientras me obligaban, a punta de pistola, a empezar a seguir a los demás por la pasarela. No había forma de llegar hasta Draulin. Había demasiados guardias entre ella y yo.

Pero quizá...

«Es una temeridad.»

Era el único plan que tenía. Y se me ocurrió, allí y entonces, que la forma de actuar de los Smedry tenía una razón de ser. No éramos imprudentes porque sí, que era la forma en que se había comportado Biblioden. Actuábamos del modo en que lo hacíamos porque no nos quedaban más opciones.

Éramos los únicos que estábamos dispuestos a asumir el riesgo.

Con la túnica azotándome por el viento, saqué el frasco de antídoto y eché a correr de vuelta a la sala con el cadáver de mi abuelo. Contaba con que los guardias no quisieran matarme, y acerté, porque uno me atizó en un costado con la culata de su fusil en vez de dispararme.



Cogí aire, dolorido, y caí de rodillas, soltando el frasco de antídoto. Rebotó una vez y luego rodó más allá del borde de la pasarela.

—¡No! —grité, intentando alcanzarlo mientras caía.

Biblioden llegó a mi lado mientras un soldado me ponía de pie.

—¿Querías dárselo al viejo abuelo Smedry? Ese antídoto no cura la muerte, niño. —Y me sonrió.

Intenté darle un puñetazo, pero uno de los guardias me agarró el brazo y me lo impidió. Biblioden asintió con la cabeza y otro guardia me quitó la túnica y la arrojó al ventilador de abajo. Me quedé con mi esmoquin.

—Afronta esto como un Smedry —dijo Biblioden, dándome una palmadita en el hombro—. Es un final adecuado.

—¿Qué...? —Di una bocanada trabajosa y me llevé la mano al costado que había recibido el golpe—. ¿Qué vas a hacer con nosotros?

—Tienes que haberlo deducido ya —repuso Biblioden, y echó a caminar por la pasarela. Los soldados me obligaron a ir tras él y vi que mi padre dejaba de luchar contra sus ataduras—. Un poder inmenso. Me preguntaba qué glorias descubriría tu padre, pero, incluso antes de leer sus cuadernos, sabía que vuestro linaje tenía algo especial. Algo que yo quería. —Me miró—. ¿Has visto alguna vez cómo se crean unas lentes forjadas con sangre?

Me quedé helado. «Oh, no...»

—Tampoco es tan malo como suena —dijo Biblioden mientras andábamos—. Pero, por lo que he leído en la investigación de tu padre, esto será una forma excelente de dirigirme a la Rueda Encarnada y suplicar sus bendiciones. Y aparte de eso... sí, creo que será posible extraer la fuente de energía de vuestro interior y usarla para mis propios fines. Según los estudios de tu padre sobre la Aguja del Mundo, podré transformar a la gente desde mucha distancia. ¿Y si convirtiera a todos los habitantes de los Reinos Libres en fuentes de poder, como los Smedry? ¿Qué haría eso a su sociedad? —Me miró con una sonrisa terrible—. Pues... que ya no haría falta una guerra, dado que los Reinos Libres sufrirían el mismo destino que Incarna. Simplemente. Dejarían. De. Existir.

Eso significaba la oscuridad. El fin de todo lo que Biblioden consideraba extraño, estrambótico o incontrolable. Me lie a gritos y me revolví, intentando escapar de los soldados que se me llevaban por el túnel.

Salimos a la caverna principal. A no mucha distancia, bañado en la luz que entraba por el techo abierto, vi el altar sobre su cima de piedra.

## Capítulo

20



Y ahí lo tenéis: así es como, por fin, terminé atado a un altar hecho de enciclopedias obsoletas. Sí, quizás exagerara un pelín con todo aquello del magma, el fuego y los tiburones, pero esa parte sí que sucedió de verdad. Estaba a punto de ser sacrificado a los poderes oscuros por una secta de Bibliotecarios malvados.

Y así fue como dispararon a mi abuelo.

Estaba allí tendido, sujeto al altar, mientras Biblioden y unos Bibliotecarios de la Orden de las Lentes Fragmentadas preparaban la ceremonia. Y no podía evitar pensar en mis padres.

¿Qué había salido mal? ¿Había sido algún hecho concreto? ¿En algún momento algo clavó una cuña entre mi padre y mi madre? En el fondo, los dos querían estar con el otro. Lo había visto. Y, sin embargo, ninguno de ellos lo revelaba.

Me pregunté qué mostraría la lente de formador si se usara en mí. ¿Qué quería yo más que nada en el mundo?

Giré la cabeza, la única parte del cuerpo que podía mover. La cima que sostenía el altar era lo bastante amplia para que cupieran varias decenas de personas, pero yo estaba cerca del borde y podía ver el suelo unos quince metros por debajo, el lugar donde, rodeados de soldados, Kaz e Himalaya resistían contra toda esperanza. Pingüinator estaba derribado cerca, con un gran agujero a un lado del casco.

Volví a mirar hacia el techo abierto, mientras Biblioden se aproximaba con paso tranquilo.

Le sonreí.

—No esperaba que sonrieras —comentó, con las manos cogidas detrás de la espalda—. La gente que espera que la sacrifiquen no suele estar muy alegre.

—Voy a derrotarte —susurré.

—Bravuconadas de los Smedry —dijo Biblioden.

—He estado en situaciones peores que esta —le aseguré—. Y siempre salgo sin un rasguño. Me saldré con la mía. Ya verás.

—En esas otras situaciones, no te enfrentabas a mí —dijo Biblioden, y se inclinó hacia mí—. ¿Comprendes lo que es tu familia, niño? Sois el símbolo de todo lo que es aborrecible en el mundo. Fingir que era uno de vosotros ha sido lo más difícil que he hecho jamás. Peor que matar a mi hermano. Peor que hundir un continente lleno de seguidores leales por la corrupción que se había extendido entre ellos. Peor que cualquier cosa.

Me asió el mentón, obligándome a mirarlo a los ojos mientras acercaba más su cara a la mía.

—Voy a deleitarme en la oportunidad de quitaros todo lo especial, interesante o particular que tengáis. Cuando termine, tú estarás muerto y el resto de tu familia será normal. Apropiado, ¿a que sí?

Me soltó y enderezó la espalda, mirando hacia mi padre, al que retenían dos soldados bibliotecarios al borde de la plataforma del altar.

—Esta ceremonia —proclamó Biblioden— es más poderosa si se realiza sobre una víctima voluntaria. Así que voy a daros una oportunidad a los dos. Cuando haya terminado, tenéis mi palabra de honor de que liberaré a uno de vosotros. De todos modos, prefiero que viva sabiendo lo que os he hecho.

¿Qué era ese aroma que traía el aire?

—Decidme, ¿cuál va a ser? —preguntó Biblioden—. ¿Cuál de vosotros vive y cuál muere? Dejaré que lo decidáis entre los dos.

—Señor —dijo un soldado—. ¿Huele eso? Es como... canela.

Biblioden se detuvo.

Por debajo de nosotros, la puerta de Pingüinator se sacudió con un sonoro golpetazo. Al momento, estalló.

En el hueco había una figura menuda con el pelo plateado. Una chica de trece años que sostenía una larga espada cristalina.

Parecía muy, muy furiosa.



—Has soltado el antídoto en el sistema de ventilación a propósito — rezongó Biblioden—. Tendría que haberme dado cuenta. Bueno, ¿qué más da? Es solo una persona.

—Se nota —dije— que nunca has tratado con Bastille cuando está de mal humor.

Los soldados abrieron fuego. Casi me dieron lástima.

Biblioden siguió observando un momento, pero por desgracia yo no tenía ángulo para ver más de lo que sucedía abajo. Se le pusieron los ojos como platos y dio un paso atrás.

—Muy bien —proclamó, mirando a los demás—. Hay que darse prisa. Roger, derriba los peldaños que suben hasta aquí. Todos los demás, empezad a disparar en esa dirección. Los Smedry tenéis que decidir ya mismo.

—Hombre —dije, sonriendo de oreja a oreja e intentando ganar tiempo—, déjame un momentito para que lo piense, ¿no?

Biblioden sacó la pistola de mi madre y me apretó el cañón contra la sien.

—¡Elegid!

Farfullé algo, intentando retrasar el momento. Pero mientras lo hacía, empecé a preocuparme. Bastille tenía mucha distancia que recorrer. Incluso si llegaba a la torre, ¿cómo iba a subir peleando hasta nosotros? Era formidable, pero no omnipotente.

—Voy a contar hasta tres —dijo Biblioden—. Uno.

Tiempo. ¡Tenía que ganar más tiempo!

—No, escucha, sé dónde puedes conseguir mucho más poder que...

—Dos.

Tenía que haber una escapatoria. Me entró el pánico. Un pánico repentino y apabullante.

—No lo hagas. Sé cosas que tú no. ¡Tengo secretos!

—Tres.

—¡Sacrifícame a mí! —gritó mi padre.

Exactamente al mismo tiempo que yo decía una cosa:

—Sacrifícalo a él.

En el fondo, en aquel momento de crisis, no quería morir. Puedo decirme a mí mismo que fue porque creía que perderían más tiempo si tenían que sacarme del altar para ponerlo a él.

Pero al final, lo que pasó fue que no quería morir.

## Capítulo

21



Me encontraron hecho un ovillo sobre la plataforma, con un altar de libros ensangrentados detrás.

Evitaré describir lo que le hicieron a mi padre. Pero su cadáver estaba en el altar.

—¿Alcatraz? —La voz de Bastille.

Miré sin ver, intentando expulsar de mi mente lo que acababa de presenciar.



—¡Oh, cristales, no! —La voz de Kaz—. Attica...

Una silueta pasó junto a mí hacia el altar. Yo no estaba mirando.

Ya había visto demasiado.

—Kaz, tenemos que irnos. —¿Draulin? Por supuesto. La habían dejado en la base de la torre, inconsciente, pero también debía de haber despertado. El antídoto...



—Alcatraz. —Bastille sonaba extenuada—. ¿Quién había aquí arriba contigo? Ha bajado una aeronave y se los ha llevado. ¿Por qué te han dejado a ti? ¿Puedes oírme?

No.

No quería oír nada.

—Levántalo, Bastille —dijo Draulin con voz severa—. Con Leavenworth y Attica muertos, Alcatraz es ahora el último Smedry de la línea directa. Tenemos que llevarlo a un lugar seguro.

—Tienen prisa en dispersarse —dijo Kaz, con una voz tensa de inquietud—. Creo que los líderes bibliotecarios no deben de haber apagado la detonación que ha activado mi padre. ¿Por qué están dispuestos a abandonar tanto? ¿La mismísima Sumoteca? Y mi hermano... ¿Se puede saber qué está pasando?

«Demasiada gente ha visto cosas raras aquí —quería susurrar—. Así que Biblioden va a sacrificarlos.»

No podía decirlo. No con el eco de los chillidos de mi padre aún en los oídos. Cerré los ojos con fuerza.

Y dejé que se me llevaran.

## Epílogo del autor

Sí, eso es todo.

He intentado prepararos. Os dije que esto era el final y que no iba a gustaros.

El dispositivo de autodestrucción saltó como una hora después de que escapáramos. La Sumoteca quedó arrasada, aunque lo hicieron pasar por un terremoto, ya que casi toda la destrucción había sido subterránea. Aun así, provocó el caos en Washington D.C., que ya estaba sufriendo por la batalla que se había librado en los cielos.

Pero los Bibliotecarios la reconstruyeron. Lo encubrieron todo con no sé qué proyecto de renovación urbana. Con gran meticulosidad, fueron entrevistando a todo el mundo para averiguar si habían visto mi discurso. Luego, los Bibliotecarios borraban el acontecimiento de sus recuerdos. Tardaron una eternidad, pero lo consiguieron.

Yo había fracasado.

Noto que queréis más. Noto que esperáis que esta historia continúe. No lo hará; he terminado. No soy ningún héroe, y ahora por fin se conoce la verdad. Para eso he escrito estos libros.

En ese momento en el que podía haberme sacrificado, les dije que se llevaran a mi padre en mi lugar. Mi padre, el hombre que podría haber detenido a Biblioden. El hombre que comprendía mejor que nadie las lentes, a los incarna y la naturaleza de nuestros enemigos.

Dejé que muriera porque era demasiado cobarde para ocupar su lugar.

Con esto, mi autobiografía concluye. No os daré las gracias por leerla. Esto era algo que necesitabais leer. Igual que era algo que yo necesitaba decir.

Por fin ha terminado.

Lo siento.

FIN

## SOBRE EL AUTOR

Brandon Sanderson es el autor ficticio de estas novelas, el pseudónimo con que Alcatraz las publica para evitar que los Bibliotecarios caigan en la cuenta de que los libros son reales. Alcatraz sabe de buena tinta que, aunque una vez existió un auténtico Brandon Sanderson, lo ejecutaron por tardar demasiado en escribir el quinto libro de una serie... y luego hacer una cosa horrible en su conclusión. Hoy en día, el título «Brandon Sanderson» se lo ha atribuido un grupo de esquivos ninjas escritores, cuyo objetivo es poseer todos los macarrones con queso del mundo.

## SOBRE LA ILUSTRADORA

Además de su trabajo como ilustradora, Hayley Lazo se ha comprometido recientemente con algunas causas altruistas, como Que Ningún Tiburón Se quede Atrás y la Iniciativa de Rehabilitación de Gatitos. Por sorprendente que parezca, aún no ha perdido ningún dedo, e insiste en que seguiría pudiendo dibujar aunque le faltaran uno o dos. Podéis encontrar sus creaciones en [art-zealot.deviantart.com](https://art-zealot.deviantart.com).

## AGRADECIMIENTOS

¡Este ha tardado mucho en salir! Os ofrezco mis disculpas por ello, además de mi más sentido agradecimiento a todos los que han ayudado a abreviar este tiempo.

En primer lugar, gracias a la gente de Tor Books, Tor Teen y Starscape Books que adquirió esta serie y ayudó a levantarla de las cenizas para volver a la vida. Susan Chang es la editora. Tenía muchas ganas de publicar esta serie desde el principio, y defiende a capa y espada desde siempre a Alcatraz y sus locuras. En su equipo de Starscape/Tor están Megan Kiddoo, Karl Gold, Victoria Wallis, Deanna Hoak y Rafal Gibek. Gracias también a Kathleen Doherty por creer en mí y hasta en mis proyectos más demenciales.

Quizás os hayáis fijado en el increíble material gráfico que trae esta edición. Estoy muy satisfecho con cómo ha quedado. Hayley Lazo se encargó de las ilustraciones interiores, y es una artista espléndida. Además, mi agradecimiento especial a Scott Brundage, que hizo la cubierta. Por primera vez, tengo la sensación de que un ilustrador de cubierta entiende de verdad los libros de Alcatraz. Sus portadas son brillantes, y se cuentan entre mis favoritas de todos los libros que he publicado jamás.

En mi equipo de Dragonsteel está Isaac Stewart, que creó el precioso mapa que viene en estas ediciones y también fue el director artístico del proyecto. Puso mucho esfuerzo de más en estos libros.

El inaugural Peter Ahlstrom hizo su habitual excelente trabajo como revisor. Lo inundé con cinco libros que había que preparar para su publicación, pero apechugó como un Smedry. Entre el resto de mi equipo están Kara Stewart, Karen Ahlstrom, Adam Horne y Emily Sanderson.

Gracias a mis agentes, Eddie Schneider y Joshua Bilmes, como siempre.

Algunos de mis lectores beta son Peter Ahlstrom, Aaron Rothman, Darci Cole, Randy MacKay, Frances Moritz, Cassandra Moritz, Gideon Roberts, Anda Jones, Caleb Jones, Hylke Damien, Kristina Kugler, Brenna Kugler, Jonas Kugler, Christine Wilkinson, Lindy Wilkinson, Emily Wilkinson, Haley Wilkinson, Audrey Horne, Ariana Horne, Jaclyn Weist, Jakob Weist, Ashley Weist, Andy Weist, Steve Weist, Briana Farr, Libby Glancy, Margaret Glancy, Jaxon Kremser, Josh Walker, Mi'chelle Walker, Mike Shaffer, Trevor Florence, Calvin Florence, Tomas Cundick, Annabel Cantor, Kacee Garner, Isaac Garner, Karen Ahlstrom e Isaac Stewart.

Muchos de los anteriores también fueron lectores gamma, además de Anna Hornbostel, Gary Singer, Louis Hill, Megan Kanne, Rebecca Arneson, Alice Arneson, Trae Cooper, Ross Newberry, Mark Lindberg, Jana S. Brown, Sarah «Saphy» Hansen, Kellyn Neumann y Bonny Skarstedt.





Sobre un frío suelo.

En una sala llena de textos que nadie podía leer.

Un anciano gimió y luego empezó a moverse.

Y se levantó hasta quedar a gatas.

Le habían disparado. La bala iba a matarlo  
algún día.

Dice que sucederá, inevitablemente. Que sin la  
menor duda, no hay forma de escapar de esa bala.

Pero puede retrasarla, y ya lleva años haciéndolo.  
Porque en ese instante de pánico, en ese momento  
en que su final era inminente, había intentado usar  
su Talento a la desesperada.

Y el Talento acudió a él.

Y el anciano llegó tarde a su propia muerte.

Alcatraz se niega a escribir nada más. Llevo meses intentando que lo haga, pero no quiere. Está comportándose como un imbécil tozudo, así que parece que tendré que tomar cartas en el asunto, como siempre.

En consecuencia, por la presente declaro que yo escribiré el verdadero último volumen. Esta historia no va a terminar hasta que yo lo diga.

BASTILLE SMEDRY

